DROSS

ESCAPE

mr̄

Escape

Escape

Dross

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Escape

Dross
Escape / Dross. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Martínez Roca, 2021.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-870-184-8
1. Narrativa Infantil y Juvenil Venezolana. 2. Ciencia Ficción. I. Título.
CDD V863.9283

© 2021, Ángel David Revilla Lenoci

Ilustraciones de tapa e interior: Claudio Aboy

Todos los derechos reservados

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Martínez Roca®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: septiembre de 2021

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

ISBN edición digital (ePub): 978-950-870-184-8

Quería dedicarle este libro a mi pez Mussolini, pero se está portando peor que nunca. Así que prefiero brindarlo a la memoria de dos grandes amigos a quienes jamás olvidaré: Cyrus y Draco.

Los extraño mucho, y sigo pensando en ellos después de tantos años.

Unas palabras para ti

Estás por leer algo que, desde que comenzaron los videos de terror, me han pedido por casi diez años: una vuelta al viejo estilo humorístico. Lo que tienes entre manos es un monumento a ello. A los videos de humor pero en formato literario.

Por esa razón, por ser literario, puedo permitirme mucha más acidez y transgresiones que cualquier cosa que se pueda subir en Internet hoy día sin que surja un maremoto de pus e indignación. No lo digo por nadie en específico ni tampoco es un palazo a ninguna tribu social o política, ¡al contrario! Lo digo por todos y todo sin distingo.

Por lo tanto, este será nuestro pequeño secreto entre gente plural e inteligente. El resto bien sabemos que no lee, por lo que estamos a salvo.

¡Ah! Este libro se divide en dos cuentos cuyas historias se desarrollan hará unos diez años a partir de la fecha en que llegó a tus manos, así que espero sepas disculpar cualquier dato obsoleto.

Un abrazo INMENSO y de corazón, espero que te guste. ¡Buena lectura!

ESCAPE DE SAN ISIDRO

I

Ninguna vida debe ser tomada a la ligera. Aquellos a quienes vemos a los ojos cuando bajamos la cabeza son seres más complejos y, aunque no lo creas, más pensantes de lo que estás dispuesto a creer.

¿Arrogancia? ¿Maldad? ¿Apatía o simple descuido? Todas estas condiciones existen en cada persona, y de hecho más de una habita en cada quien. Son como las cuatro estaciones que merodeamos en el ciclo de la vida, el cual no hay que apresurarse a entender, pero del que no hay excusas para no aprender.

Enterate y nunca olvides que aquellos a quienes el hombre ha considerado como sus mejores amigos son seres más interesantes de lo que imaginás…

Los perros, esos guardianes eternos. Centinelas por naturaleza.

Nadie lo sabe pero debería: a veces, aquel que más lo ama a uno es su perro. Muchos que han vivido junto a ellos y los han visto morir comprenden que si al final de todo hay un túnel para llevarnos a otra parte, quien nos estará esperando al otro extremo probablemente sea ese amigo fiel con quien alguna vez compartimos una parte de nuestra vida.

Y de no ser así, para muchos ese lugar no podría ser llamado cielo.

II

Los perros tienen reglas muy importantes, ineludibles e inalterables en la laguna del tiempo. Tanto es así que muchos piensan que vienen impresas en su código genético, pues cuando un perro pasa frente al hogar de otro, y este ladra, gruñe y muestra sus colmillos, nuestro amigo, a quien estamos paseando, no se enoja. No se enoja ni aunque los ladridos lo tomen por sorpresa y lo asusten porque sabe que su colega está haciendo su trabajo, cosa que respeta, admira y, más aún, espera. Tal es la vida del perro doméstico, estas son sus reglas.

Un ladrido de amenaza, un gruñido feroz lanzado tras unos barrotes que separan lo sagrado, el territorio, no son sino gajes del oficio. Y el que está afuera lo entiende: debe hacerlo. Muy en el fondo incluso se enorgullece porque se identifica.

Y como tienen un olfato extraordinario, cientos de veces más potente que el de nosotros, lo que les da un manejo de la realidad diferente, sus gruñidos amistosos son verbos y los sonidos, sinónimos; puede decirse que poseen un sistema para saludar y hablarse.

Así que ahora sabemos que cuando un perro está paseando por la calle con su amo, y le ladran desde una casa, el guardián no está buscando pelea, sino haciendo su trabajo: advertir que esa casa está cuidada. El otro, al darse vuelta y ver a los ojos a este guardián, lo saluda con un gesto afirmativo, solemne y orgulloso.

Este siempre es el caso.

Salvo una vez…

Una vez que, se cree, debió haber sido la única, la primera en toda la historia de los perros.

III

El anciano miró al cielo y suspiró. Sus pulmones no podían tomar tanto aire como antes y le pesaba. No alcanzaba ese pequeño espacio extra que hace la diferencia.

Ni en sus mejores momentos había podido respirar así cada vez que quería, pero este año podía hacerlo cada vez menos, y como tantas cosas que últimamente venían pasando, lo identificaba con el advenimiento del fin…

Se llevó la mano a la gabardina y acarició suavemente los botones, a la vez que aferraba la correa con la que llevaba a su mascota, que iba por lo menos dos metros delante de él tirando y haciéndole la vida difícil. El frío traducía su aliento en vapor.

Pasaban frente a una casa y lo de siempre sucedería: el enorme perro blanco abandonaría la esquina y vendría corriendo…

Una tormenta de ladridos feroces traspasó la reja, Draco contestó:

—¿Por qué no te vas a la concha de tu hermana?

El animal abrió los ojos como platos; el anciano seguía caminando a duras penas, ajeno al idioma canino…

—¿Pero vos te volviste loco? —contestó el perro blanco, con un gruñido.

—Loco las pelotas. Andá a ladrarle a la forra que te remilparió.

Mitad furia, mitad incredulidad, el animal se deshizo en ladridos. Se escuchó al mismo tiempo la voz del golden retriever que vivía en la casa de atrás:

—¡No le prestes atención, Tango! ¡Draco es un hijo de puta! ¡No merece ser llamado perro!

—¡Está loco! ¡Mal de la cabeza! ¡¿Qué te pasa?!

Draco replicó con desprecio:

—Andá a chupar pija.

No tardaron en pasar por la reja de otra casa. Un alaskan malamute se acercó y empezó a gruñir.

—¿Por qué no vas y te metés una manguera por el orto?

El animal entrecerró los ojos, su mirada azul se hizo más eléctrica. Obviamente tenía el disgusto de conocer a Draco…

Empezó a ladrar.

—Callate, ridículo.

—Siento pena por tu dueño —siseó, durante una pequeña pausa.

—¿Este viejo forro al que llevo?

—Sos una basura, Draco.

—Pero andate un poquito a la mierda, ¡por favor!

El «por favor» lo extendió en una larga y odiosa fila de erres.

Doblaron. El vigilante de la casita intercambió un saludo afectuoso con el anciano. No tardaron en pasar frente a una quinta; esta vez los recibió una hermosa collie de un pelaje bronce tan brillante que parecía plata.

—Andá al garaje, forra.

La dama ladró con mayor fuerza, más para no escuchar a ese ser a quien consideraba ruin que por la furia que le producía…

—Cómo jodés, negra, ¿por qué no te callás el hocico?

—¡¿Por qué no te callás vos, perro anormal?! —explotó—. ¿Es que acaso no te das cuenta de lo que estás haciendo? ¿Del pecado que cometés?

—¡Pero andá a cagaaaar, mamá!

Hubo una respuesta traducida en ladridos que no le sirvió de nada, pues desafortunadamente alcanzó a escuchar el miserable comentario final:

—Tenés esa concha más caliente que tubo de colectivo.

La pareja de perros de la otra calle, indignados, se pusieron a ladrar. Poco o nada sabían los humanos que sus canes estaban teniendo una disputa de connotaciones tan serias como para ellos lo eran la política y la religión.

Doblaron por otra cuadra, de calle estrecha y casas más pequeñas. Los perros de ambos lados hacían su trabajo, con disgusto, porque ya conocían al individuo que la atravesaba…

Se subieron sobre la vereda. El anciano estaba agotado. Intentó respirar sin éxito. Sentía los propios latidos de su corazón y, como Draco lo apuraba, se tuvo que quitar la boina por temor a que se le cayera.

Un pastor alemán muy joven y novato, nuevo en el vecindario, los estaba esperando, orgulloso, tras unas rejas verdes. Comenzó a ladrar.

—¿Por qué no vas a ladrarle así a la forra de tu dueña?

El cachorro se congeló. Su cola pasó a ser un péndulo que se meneó por inercia, su hocico quedó a medio abrir.

—¡¿QUÉ DIJISTE?!

Lo ignoró, pero la pregunta fue repetida con mayor fuerza, a la vez que se disponía a seguirlos hasta que la reja alcanzara…

—¡REPETÍ LO QUE DIJISTE!

Draco giró la cabeza.

—Que todos los perros sordos son idiotas.

El pastor se abalanzó sobre los barrotes con tal fuerza que el anciano se asustó. Desde todas las otras cuadras se escuchaba un concierto de ladridos furiosos.

El recorrido llegaba a su fin. Como era costumbre, restaba pasar por la larga reja de los Bodoni, dueños de una de las mansiones del barrio.

Los Bodoni eran una familia burguesa con un hijo que, negándose a ser menos por haber nacido con una cuchara de plata en la boca, decidía pasar sus vacaciones de la manera más salvaje: hacía excursiones a la Patagonia y navegaba en la costa de Brasil cada vez que podía. En uno de sus últimos viajes a Canadá, había conseguido traer, no sin ciertas palancas de su abnegado padre, un lobo cachorro, negro como el ónice, que en los siguientes cinco años había crecido para transformarse en la atracción de San Isidro.

El animal se acercó y miró fijamente a Draco. Sus ojos podían hacer palidecer incluso a los animales del zoológico.

—¿Qué me ves, forrazo?

Azazel no contestó.

—Estás más cagado que letrina pública. Tranquilo, flaco, que no te voy a morder.

—Te hacés el machito porque hay rejas de por medio…

—Y si no las hubiera también. Tengo una pija así de gorda.

Por supuesto, Draco hablaba figurativamente porque, como podemos suponer, estaba usando sus patas para caminar y no tenía los medios para dar una demostración.

Azazel sonrió.

—Rogale a san Roque que no te atrape, porque te voy a hacer pedazos y lo sabés muy bien.

Draco miró la vereda. Tardó un poco más de lo que usualmente acostumbraba en contraatacar…

—¿Sabés quién es puto?

La sonrisa se desdibujó del rostro alargado e intimidante de Azazel al momento que vio el lugar donde Draco señalaba con el hocico.

—El maricón pelilargo que te trajo del norte.

IV

Cuando es invierno, diez simples minutos se convierten en un plazo de tiempo crucial.

El anciano meneaba el manojo de llaves con nerviosismo… Poco después entró junto a Draco; tras ellos, el cielo se precipitaba a la oscuridad.

El suave siseo de la chimenea a gas fue bienvenida suficiente para ambos. El hombre gimió con dolor al agacharse para quitarle la correa a su perro, quien caminó hasta la alfombra y se echó; luego giró su vieja cadera lentamente y cerró la puerta. Se quitó la gabardina con dificultad y la arrojó sobre el mueble. Se acordó de pronto de que había colocado la boina en uno de los bolsillos; su gesto fue el de alguien a quien le toca hacer un trabajo penoso. Caminó con lentitud hacia su cuarto. El can no le quitó la vista.

«¿Y este viejo forro se irá a acordar de mi comida?».

Era una duda necia, porque el anciano jamás se había olvidado de su alimento ni a los ochenta y siete años cuando lo había traído a casa ni tampoco ahora, a los noventa y cuatro. Ni siquiera cuando había estado hospitalizado, tiempo en el que le había encomendado a una amiga poner en la esquina de siempre su generoso plato con carne guisada y galletas de perro.

Movió las orejas al escuchar un gemido de dolor que provenía del cuarto. Los conocía muy bien; se hacían cada vez más frecuentes. Su respuesta fue levantar la cola y echarse un pedo.

Vamos a aprovechar este momento para dar algunas explicaciones.

Para empezar, Draco es un perro rottweiler, que está algo pasado de peso. Su edad ya se sugirió sutilmente arriba.

Su carácter y forma de ser no se deben, bajo ningún motivo, a su raza; había otros rottweiler en el vecindario que se sentían especialmente asqueados y avergonzados de él, por lo que cabe afirmar que Draco es simplemente Draco.

Algo que quizá evidenciaba muy bien su aguda inteligencia es que sabía muy bien los malestares anímicos del anciano: trataba de anclarse a la vida porque le preocupaba quién cuidaría a su mascota. A Draco, por su parte, le preocupaba el tema por los mismos motivos: «*¿Quién me dará de comer si a este hijo de puta le pasa algo?».* Con frecuencia pensaba algo que iba entre las líneas de: «*Viejo de mierda, no me vayas a joder la vida ahora…*».

«Ahora» no era realmente un momento malo para Draco, pero pensaba igual desde siempre, en las buenas y en las malas. «Ahora» SIEMPRE era un mal momento.

Respiró profundamente. No eran muchas las veces que podía porque su peso se lo impedía, por lo que lamentó desaprovechar la oportunidad, pues le gustaba hacerlo delante del anciano y disfrutar de la envidia que a este le producía la buena salud de su obesa mascota.

Se limpió una cavidad entre dos dientes con la lengua y recogió un pequeño pedazo de galleta. Le recordó que tenía hambre. Miró otra vez en dirección al pasillo.

Por lo general debía estar oyendo ya la voz distorsionada de algún presentador de televisión. Antaño, el viejo usaba la TV por cable para colocar música, pero ya no trabajaba y se veía obligado a ahorrar el dinero. A Draco poco le importaba, pues siempre que él pudiera comer las mismas porciones a las que estaba acostumbrado, todo andaría bien. Sin embargo, extrañaba la música clásica, lo que en el fondo le hacía recriminar a su dueño amargamente por no seguir yendo a la tienda a vender zapatos.

Era un perro, pero entendía bastante bien por qué en casa ya no se contaba con ciertos lujos. Lo anterior, como ya se ha sugerido, eran solo pensamientos para pasar el tiempo criticando, porque los lujos del anciano le importaban poco. Los suyos, en cambio, eran otra cosa…

Se acordó nuevamente de su comida, por gordo y por costumbre, y lo que le resultaba inquietante era lo segundo, porque a la suma de cotidianidades rotas se sumó otra: el nonagenario debía haber aparecido ya por el pasillo y encendido la luz de la cocina. Draco entonces se levantaría, iría y hundiría su cabeza entre el mazacote de carne y galletas, a lo que generalmente seguía una breve caricia del hombre, que él correspondía con una mirada de odio. Esto último no era la regla; a veces estaba tan absorto que se le olvidaba hacerlo. A veces ni siquiera sentía que lo tocaban en lo absoluto…

Miró a un costado, con cara de circunstancia, y luego otra vez en dirección al pasillo. Para un perro cada segundo cuenta más que para un humano.

A Draco no le costaba mucho encontrar motivos para criticar a su

dueño; tener que levantarse a ver qué estaba haciendo sería uno extraordinario.

Emitió un gruñido y al cabo de un segundo levantó su pesado trasero de la alfombra. Se echó a andar por el pasillo.

Estaba oscuro. Caminar a través de él fue como andar por un túnel. Se detuvo tras la puerta de la habitación, que estaba entreabierta.

Adentro estaba todo oscuro, el viejo se encontraba allí, en algún lugar. Hizo el resquicio más grande empujando con el hocico…

Visto desde adentro, se veía la silueta oscura del animal, con una larga y gelatinosa sombra bajo su patas, animada por la luz lejana de la chimenea.

No hizo falta dar tres pasos para saber lo que había pasado. Quizá con sus bigotes sensibles, quizá con su olfato, quizá incluso gracias a un trabajo en equipo entre ambas cosas; sabía dónde estaban el gabinete, la mesita de luz y la cama. Cada cosa tiene volumen, y es fácil para un animal sentir lo que ha estado ahí toda la vida, pero más fácil aún le es detectar lo que no estaba antes. En el presente caso fue el cuerpo desplomado de su amo, con la mitad de la cara aplastada en la alfombra.

Se acercó lentamente y bajó la cabeza.

No le hacía falta buscar su aliento, al ser un perro podía confiar en un indicador mucho mejor: los latidos de su corazón. Latidos que no escuchó.

Así era. El anciano, su única compañía, había muerto.

Se quedó ahí, parado, en silencio…

Primero fue la sorpresa, después la aceptación. Fue entonces cuando movió la cabeza:

—¡La concha que te remilparió, viejo hijo de puta!

V

Horacio sudaba tanto que hacía rato se habían materializado sendas lunas húmedas bajo sus brazos. Si tenemos en cuenta que uno podía distinguirlas marcadas en la tela de su uniforme azul marino a las siete y treinta de la tarde, podríamos razonar que el hombre debía estar sudando a chorros. Pero si a la ecuación agregamos que hacía un frío de los mil demonios, entonces habría que suponer que en todo eso había algo raro…

Bajo una óptica completamente distinta, «algo raro» eran dos palabras que lo acompañaban desde niño. Horacio era aquel al que no se le ocurría mejor idea que esconder la bolsita de polvo pica-pica dentro de la ropa interior, lo que había concluido en que no solo la maestra se enterara de primera mano al escuchar el alarido del entonces niño, sino todo el cuerpo de profesores, la coordinadora, la directora y los vecinos más próximos a la escuela.

Horacio era aquel que de adolescente se bebía el vino a las apuradas y echaba la botella por la ventana, sin imaginar que cuando lo detuvieran los del control de alcoholemia, lo primero que harían sería mirarlo a los ojos, poner un aparatito frente a su cara y decirle: «Sople».

Horacio era ese que intentaba faltar al trabajo diciendo que tenía pendiente una operación de apendicitis cuando seis meses atrás había faltado una semana diciendo que lo habían operado de la misma cosa.

Horacio era, en definitiva, mejor descrito por su abnegado padre: un pelotudo total.

El problema era que pertenecía a la clase más peligrosa: el pelotudo que no parece pelotudo. Peor aún: un pelotudo que parece, de hecho, muy inteligente.

Tan, pero tan peligroso que hoy, a sus treinta y tantos años, había conseguido engañar a un viejo capo mafioso y convencerlo de que él era el hombre indicado para el trabajo.

El plan era el siguiente: los hombres del «Tano Metralleta»

esperarían dentro de una camioneta a seis cuadras del banco. Horacio, quien en sus propias palabras, «llevaba años trabajando como electricista» (si es que a sesenta días se le pueden llamar años), ingresaría de incógnito a la central eléctrica que alimentaba a miles de hogares y edificios de San Isidro y cortaría la electricidad en la cuadra donde estaba ubicada la pequeña sucursal de la poderosa entidad financiera. Los chicos de Metralleta entrarían como Pedro por su casa y saquearían el lugar; sin luz, sin alarmas y sin problemas.

Luego, tarde por la madrugada, a más de 150 kilómetros y doce millones de personas de por medio, dividirían el botín y a él le tocaría una jugosa porción.

No en balde Horacio llevaba buen tiempo pensando que debería poner su «brillante intelecto» al servicio de su futuro, en vez del de todas esas personas que habían pasado por su vida y que, hasta hoy —dice él—, tienen «buenos recuerdos» de él…

Se frotó su voluminoso estómago y miró de nuevo el reloj. Los nervios lo habían puesto mal, no había orinado antes de salir de casa y por la yo-no-sé-cuánta vez en su vida, se daba cuenta de que eso había sido un error. Dejaba caer el peso de su cuerpo entre un pie y el otro, ansioso por terminar el trabajo, por sellar su futuro.

Revisó su muñeca otra vez. El lema «¡Sincronicemos relojes!» había trascendido para eclipsar en el evento más importante de su vida: la hora finalmente había llegado. Aquellos fueron los minutos más largos y tortuosos de su vida.

Secó el sudor acumulado en sus cejas con la manga del uniforme, abrió el inmenso y pesado panel que tenía frente a él, y se puso manos a la obra… Y por un momento temió que lo que siempre pasaba, pasase: que sus irresponsables promesas le quedaran muy pequeñas a la realidad. Pero no, todo estaba claro, claro como el agua. Lo tomó como una señal. Creía entender el intrincado paisaje de circuitos, creía saber dónde apuntar su alicate entre la obscena cantidad de cables.

Horacio era la clase de hombre que se engañaba a sí mismo y contaba el éxito antes de tenerlo. Y por eso sonreía, porque estaba seguro de que ahora sí, ¡por fin!, el gran plan, la promesa, se iba a cumplir. Ahora sí habría frutos, ahora sí cambiarían las cosas, y por sobre todas las cosas, ahora sí…

El ser humano más cercano a Horacio era un señor a mil quinientos metros de distancia sentado en una banqueta. Tenía setenta y tantos años, y solía quitarse el aparato de audición para leer la *Selecciones* bajo la luz del farol sin que el ruido de los autos y los colectivos lo molestaran. Él escuchó la explosión.

El capitán del buque mercante que surcaba La Plata echó un vistazo

a la costa, y pensó que el destello había sido producto de su imaginación, como muchas de las bromas que solía jugarle el agua al hombre. Siguió tomando su taza de té, indiferente.

El alegre turista holandés creyó que se trataba de alguna celebración y, con un español aparatoso, le preguntó al mesonero si hoy jugaba la selección.

Pero la última gran obra de Horacio se dejaría sentir especialmente ahí, en San Isidro, lugar en el que comenzaron a apagarse por secciones los miles de luces que perlaban la noche, primero en los grandes sectores, luego en los pequeños. Casas, edificios y factorías quedaron en penumbra. El sobrino del Tano Metralleta, una de las últimas víctimas de Horacio, bajó el periódico contrariado, mirándose a la cara con los otros antisociales, quienes solo esperaban que los faros se apagaran en trescientos metros a la redonda, no que quedara a oscuras todo, incluso la autopista…

Lo que nos atañe, sin embargo, es que muchos mecanismos automáticos hicieron cortocircuito, y los portones eléctricos de incontables hogares de San Isidro se abrieron o semiabrieron, dejando libres a sus mascotas.

La voz se correría y muchos perros domésticos, insatisfechos con su situación, recordarían con cariño a «san Horacio, patrón de la libertad».

VI

Draco había dado vueltas en círculos por quince minutos. Quince minutos para él se traduce en no menos de dos horas humanas. Sus pensamientos eran como un maremoto. Observaba de cuando en cuando la heladera, esperando que se abriera sola y que la comida bajara mágicamente, pero hasta él sabía que eso era una tontería.

Tenía que buscarse otra casa, un lugar donde le dieran de comer, preferiblemente con un dueño que no fuera «un viejo malagradecido».

Y como a veces los problemas no vienen solos, sino acompañados, pasó algo que hizo que se olvidara momentáneamente de la comida: un sonido extenuado detrás de las paredes y, acto seguido, oscuridad total.

Contra todo pronóstico, el perro no entró en crisis nerviosa. Simplemente se quedó a oscuras, como si fuera uno con la casa. Seguía escuchando la chimenea a gas, y supo que podría encontrar algo de luz si quisiera. Por lo general, su olfato y su sexto sentido serían suficientes para manejarse en lugares oscuros, aunque si había un animal alejado de sus ancestros en cuerpo y alma, ese era Draco. Cualquier humano se habría aterrado de ver que tenía la suficiente inteligencia como para encender un fósforo, si dispusiera de los medios físicos para hacerlo.

El único ruido en la oscuridad fue el suave tintineo de su collar. Levantó las patas y se apoyó en el alféizar. La casa tenía solo un piso y podía salir por la ventana. Como la madera hacía años estaba hinchada, no cerraba con pestillo, y Draco recordaba que con la suficiente fuerza podría abrirla él mismo.

Por supuesto, no dejó de notar algo más extraño: no solo era su casa la que estaba a oscuras, sino todo el vecindario. Por primera vez no vio ni una luz encendida en las numerosas casas vecinas, o en la calle o en la lejanía. El mundo parecía haber vuelto a ser como era antes del tiempo.

Saltó y aterrizó pesadamente en la grama. Se incorporó, jadeando y renqueando un poco. Si alguien llevaba la culpa de eso no era su

gordura, sino por supuesto, el anciano…

Caminar por la calle se sintió extraño, por no decir insólito. Era la primera vez que lo hacía sin una correa.

Y quizá no lo sepas (Draco tampoco), pero él tiene ventajas, ventajas de las que no está consciente porque nunca había sido otra cosa que un perro; él podía escuchar, escuchar lo que pasaba tras las ventanas de las casas, incluso tras las puertas y los muros. Había confusión, indignación y sorpresa. Los humanos no habían previsto semejante apagón, ellos lo estaban sufriendo también. Se puso un poco más contento… Tal vez nunca le habían dicho que mal de muchos, consuelo de tontos.

La calle en la que vivía era quizá la más larga de todo el vecindario. Al final, el camino paralelo se convertía en la colectora.

Dobló en la esquina. Desde ahí, tenía una vista generosa de la autopista. Los autos avanzaban como mejor podían, dependiendo de sus propios faros. No iba a bajar hasta allá, sabía que era una locura. Su plan era avanzar una cuadra e internarse de vuelta en el vecindario en la próxima vereda, que era bastante más prolija y que lo conduciría a la avenida más cercana a la villa. En la villa siempre había olor a comida, y la gente solía ser más amable…

—Vaya, vaya, qué interesante pinta la noche. ¿Podés creerlo, Neptuno? ¡Mirá nada más quién está acá!

Draco iba a girar la cabeza para soltar una buena puteada a Tiburoncito, el dogo argentino que vivía en una casa cercana, y solo por suerte su mirada fue más rápida que su lengua: no le estaba hablando desde detrás de una reja, sino que estaba sentado en la grama, al lado de la vereda.

Neptuno, un staffordshire bull, se acercó, contoneando involuntariamente su cuerpo regordete.

—¡A la mierda! ¡Pero si es Draco!

Draco se detuvo, sorprendido. La sola visión de tenerlos a ambos sin barrotes de hierro en medio era la encarnación de una mala noticia. Ambos perros eran considerablemente más pequeños que él, pero lo cierto era que si se hubiera podido confeccionar un diccionario de lunfardo en versión escatológica con todas las obscenidades habidas y por haber, habría sido posible con los insultos y humillaciones que él había dedicado a Neptuno y Tiburoncito durante años, y ninguno tenía cara de haberlo olvidado.

—Che, ¿vamos a decirle a los demás que este hijo de remilputa anda suelto?

—Tengo una mejor idea, ¿qué tal si vos les avisás a los perros y yo voy a ver a Azazel? —propuso Neptuno, con malicia—. Ahora está con sus novias, pero dudo que le moleste si lo interrumpo para decirle que

Draco está acá.

—Eh, muchachos, por favor. En situaciones de crisis nos tenemos que unir…

Neptuno y Tiburoncito intercambiaron miradas brevemente, y no tardaron en echarse a reír.

—A ver, danos una razón de por qué no deberíamos hacerlo.

Draco era un rey de la elocuencia, pero francamente no se le ocurrió nada.

—Sean buenos —pidió—, quién sabe si el día de mañana sean ustedes los que estén en aprietos.

—Andá a cagar, Draco.

—Vamos, Tibu. —Arrugó la frente con indignación.

—¡Ojalá se mueran de parvovirosis, hijos de puta!

Ambos perros se alejaron por la vereda.

—¡Ya hablaremos cuando estés rodeado por todo el vecindario!

—¡Eso, eso! ¡Te haremos repetir tus propias palabras!

Draco gimió y giró con desesperación. Miró a la autopista: esa era su salvación más cercana y dudaba que lo siguieran hasta allá. La otra alternativa era tomar un camino mucho más largo y llegar a la villa, porque la ruta que él había considerado previamente sería un suicidio; hasta su reciente encuentro no tenía idea de que todos los perros andaban sueltos, por lo que quizá Neptuno y Tiburoncito le habían salvado la vida, pero Draco no iba a agradecerlo, ni siquiera tomándoselo con filosofía.

Decidir, decidir, decidir: ¿escapar y dejar su suerte al azar, o rodear todo el vecindario y llegar hasta la villa? Seguía siendo arriesgado, pero también era una fuente de comida segura. Además, los perros de allá no lo conocían…

Contaba con escasísimos segundos y lo sabía. El corazón se le aceleró más, la lengua se le aguó, y echó un nuevo vistazo a la vereda: ya no podía verlos. Una vez que consiguieran a un perro, entonces no habría marcha atrás; la voz se correría como la onda expansiva de una bomba H, uno se lo diría al otro, y otro a tres más, y después los tendría a todos tras él.

Corrió, cruzó la calle de la colectora se detuvo en la vereda como si hubiera estado a punto de caer por un barranco, miró el aglutinamiento de autos una vez más, y cambió de idea.

Se la jugaría: iría a la villa.

VII

No pudo sostener su propio ritmo por más de tres minutos. Ahora no corría, sino que trotaba, y no faltaba mucho para que, rendido, empezara a caminar. Su lengua colgaba cuan larga era.

Desde hacía rato se oía un gemido flemático que venía de su pecho. Giró su grueso cuello para mirar atrás. No había nadie, pero incluso para un perro la oscuridad contribuía a empeorar todo, más cuando se preguntaba si los ladridos que había escuchado segundos antes habían sido reales o solo producto de su imaginación.

Aquello le recordó sutilmente a las pesadillas. La mayor preocupación de un perro mimado como Draco era esa: tener pesadillas, producto de los atracones que se daba antes de ir a dormir.

Pero aquello era real, y la sola idea de ser real aumentaba su miedo hasta convertirlo en terror. Su corazón era una pelota que rebotaba con furia entre las arterias llenas de grasa.

Echó otro vistazo nervioso sobre su hombro. No había nada. El camino se alargaba en una enorme C que rodeaba el vecindario a través de una avenida que eventualmente lo llevaría a su anhelado destino.

Recordó que sería cuestión de minutos antes de enfrentar un nuevo problema: los muros y la maleza pesada se acabarían pronto, y aparecerían las calles laterales que conducían al barrio, y por ahí también podían aparecer sus verdugos. De hecho, si Neptuno y Tiburoncito hubieran visto el camino que había tomado, no estarían conduciendo a los perros al punto donde se habían encontrado, sino a uno de esos accesos o salidas. Afortunadamente, ese no había sido el caso y, con un poco de suerte, todos pensarían que Draco había decidido optar por el exilio, corriendo hacia la autopista.

Cuando vio que el cruce a una de esas calles se hacía inevitable, decidió trotar hasta la vereda más lejana y caminar lentamente.

Entre un hidrante y un cartel que señalizaba el nombre de la calle, la negrura más absoluta connotaba un suspenso siniestro. No había nada.

Soltó un suspiro de alivio y dos pedos involuntarios.

No había nadie.

Trotó de nuevo. El próximo acceso se hallaba mucho más cerca. Movió las orejas y se entregó a esos dioses en los que los perros creían pero que él había desestimado durante toda la vida.

«Por favor, que no me vea nadie; por favor, que no haya nadie; por favor que…»

Si la vida tuviera música de fondo, la suya estaría tocando la orquesta más nefasta. Estiró el cuello todo lo que pudo, y caminó todo lo lento que su paciencia le permitió. No había nadie allá tampoco.

Volvió a trotar, jadeando.

Le irritó ver que la siguiente calle se hallaba más cerca aún. Soltó un par de obscenidades a esos dioses a los que anteriormente se había encomendado…

Lo peor era que cada vez se sentía peor, como si el peligro aumentara. ¿Dónde lo sentía? ¿En su carne, en sus bigotes, en el sexto sentido? No lo sabía.

Caminó más lento que todas las otras veces, viendo con atención al lúgubre camino en medio de una calle muy pronunciada. Puso una pata al frente para empezar a cruzarla cuando tomaron por asalto el silencio:

«¡GUAU, GUAU, GUAU!».

—¡Aaaay, la concha de la lora!

Pero en el momento en que su piel se puso de gallina y sus pelos se espigaron, descubrió que venía de un perro que simplemente reclamaba a su amo que lo dejara pasar.

Maldijo y apretó la mandíbula hasta que sus encías sangraron. Cruzó la calle, y empezó a trotar de nuevo.

Entre jadeos patéticos, Draco sabía que si llegase al equivalente de los cien años humanos, jamás olvidaría este día. Miró entonces lo que bien podría ser su salvación: otro vecindario de casas enormes que se hallaba al cruzar un parque. Si tuviera una calle lo suficientemente larga adentro, podría evitar ser visto por todo lo que restara de la avenida principal, y al final cruzaría de vuelta y retomaría su camino a la villa.

Dejó caer la lengua y abrió los ojos tanto como pudo. Su expresión era semejante a la de un hombre moribundo que encuentra un oasis. Trotó entregado al alivio más grato que había sentido en toda su vida.

Durante aquella terrorífica zozobra, a Draco jamás se le había pasado por la cabeza lo fácil que habrían sido las cosas si hubiese sido un perro más amigable…

VIII

Los ojos del lobo Azazel brillaron.

Por un momento, Neptuno se arrepintió de haber ido a verlo, pero al notar que simplemente se levantaba del suelo y miraba a la luna, supo que solo se alimentaba de fantasías oscuras.

Ningún perro sentía temor alrededor de Azazel porque era un animal bastante legal: estaba claro que no mataría a menos que le dieran una buena razón. Draco le había dado demasiadas…

Pero a pesar de que el resto de los animales sabían que podían hablarle abiertamente (a veces como si fuera un perro más), eso no quería decir que no sintieran un enorme respeto por él.

Y el hecho de que Azazel no forjase su temeridad a las malas cosechaba mayor admiración aún; no solo era una máquina de matar, no solo era sabio, no solo tenía una mirada cautivadora y aterrorizante, que inspiraba miedo y seguridad a la vez, no solo era, a fin de cuentas, un lobo… Azazel era un líder nato.

Pero ahora estaban por ver su parte más tenebrosa, y por unos instantes, Neptuno se arrepintió de haber despertado semejante fuerza.

No quería decir que huiría ni bien aquel demonio empezara a correr en pos de su presa, tratando de olvidar que había propiciado el asesinato de Draco. Eso era lo más interesante: Neptuno lo seguiría, y tras él, todos los otros, ya fuera porque estaban fascinados por él, o por el instinto de seguir a un alfa natural.

IX

Draco pasó tras una valla de madera con medio cuerpo pegado a ella. Los sonidos del vecindario se escuchaban lejos; y es que solo por seguridad, había decidido alejarse tres calles más, y ya estaba internado en el otro barrio. Nadie podría verlo, o por lo menos nadie que él no quería que lo viese.

El problema era que, desde ahí, era fácil desorientarse, y nunca había sido un ser consciente de sus capacidades como para tener los sentidos afinados y sentirse orgulloso de ello; lo suyo era cagar, morfar y dormir. Si esas tres cosas fueran ciencia, Draco sería Galileo, Aristóteles y el telescopio Hubble. Y era extraño, porque él era un perro que pensaba más como persona que como animal. Sabía que debía ir al norte: ¿o acaso ese era el sur? Pequeñísima confusión, no importaba: solo debía caminar en línea recta hasta que el olor a comida apareciera. Y si era posible, conseguiría un camino alternativo para no tener que pasar al lado de la vieja avenida.

—De todos los que podrían pasar por esta esquina, vos… —Draco levantó la cabeza, aterrado—. Justamente vos —completó la dulce voz.

Tardó un rato en distinguirlo, pero su olor era inconfundible: se trataba de un gato, echado en lo alto del muro, con su larga cola colgando.

—Medianoche…

—¿Qué hacés acá, Draco?

Lamentó profundamente haberse mostrado asustado, tanto por orgullo como por todas las implicaciones. Los gatos son diferentes de los perros: más calculadores, más fríos y más… gatos. Y Draco había visto con infinito disgusto que últimamente las relaciones entre perros y felinos se habían hecho mucho más liberales y abiertas. Sin embargo, dejando los prejuicios a un lado, ahora tenía una razón válida para sentirse preocupado: a Medianoche nada le costaba llegar hasta el otro vecindario y delatarlo. Todas estas cosas daban vueltas en la mente del

perro quien, hasta este momento, se empezaba a dar cuenta de que estaba tardando demasiado en contestar…

—Paseando, ¿y vos?

—Acá, en mi muro. A vos nunca te gustó que yo me paseara por allá, siempre me gritabas cosas y me lanzabas insultos. Es irónico que ahora sea yo el que te vea por acá.

«*Lo peor de un gato…*», pensó Draco, con creciente horror, «… *es que son rápidos. Y no solo rápidos, sino aéreos; si él mismo fuera un gato y lo persiguieran los perros, tendría poco que temer. Podría treparse a un árbol y esperar*».

—Y bueno, Medianoche, nunca es tarde para cambiar…

Semejante farsa no obnubiló al felino.

—¿Qué pasa, Draco?

—¿Cómo que qué pasa, querido? Te estoy diciendo que cambié…

—¿Por qué tenés miedo?

—¿Miedo? ¿Dónde?

—¿Por qué andás solo?

—¿Es que acaso un perro no puede pasear de noche?

—¿Qué te traés?

—¿Yo? ¡Nada!

—¿Por qué te tiemblan las patas?

—¿Por qué no te vas a la mierda?

Medianoche entrecerró los ojos. Su mirada brillante tenía un aura casi sobrenatural.

—¿Querés que baje del muro y arreglemos esto cara a cara?

—No, no —se apresuró Draco a contestar, asustado—. La violencia no es necesaria…

—Ah, bueno.

Miró hacia otro lado, y hubo un rato de silencio.

—¿Sabés cómo llegar a la villa? —preguntó, como si le hubiese costado trabajo pedir un favor.

—Por supuesto…

X

La velocidad con la que habían llegado a la esquina donde Tiburoncito y Neptuno habían visto a Draco por última vez fue espantosa. Todos estaban asimilando la esperada pero inefable decepción que les produjo no encontrarlo donde lo habían dejado (aunque en el fondo, algunos se aliviaron). Sin embargo, Squash, uno de los amigos personales de Azazel, sabía de sobra lo que no hacía falta decir: una bolsa de gases pútridos como Draco no podía ir muy lejos. Y si Azazel no tuviera amigos como Squash, le habría pesado mucho tener que ordenar lo inevitable: separarse.

Draco podría estar girando a través de una cantidad considerable de calles y se necesitaban guerreros hábiles para seguir el rastro como se debía. Había océanos de tiempo entre los lobos y los perros, y a veces al mismo Azazel le sorprendía lo mucho que estos habían olvidado sus antepasados. Sin embargo, una parte pequeña de él lo agradeció en silencio; aun a expensas del miedo que produjo a Neptuno y Tiburoncito. Le gustó girar la esquina y ver que Draco no estaba ahí.

Porque Azazel necesitaba eso…

Necesitaba cazar.

XI

Draco había sacado ventaja de la bondad de Medianoche y marchaba a toda prisa (si es que a ese jadeante renqueo cuasimodesco se lo podía llamar a toda prisa).

En la villa había buenas personas, y tendría bebida y comida asegurada. Claro que en su concepción de las cosas, Draco solo pensaba en «comida» y «bebida». La frase «buenas personas» sobraba, y en su naturaleza imperaba la certeza de que no pasaría mucho tiempo sin que les encontrase una montaña de defectos a «los negros».

«*Defectos*», gimió, mientras echaba mano a todas sus fuerzas. «*Viviré… viviré para encontrarles defectos*».

Se detuvo y bajó su enorme cuello hasta que su frente tocó el pavimento. Su lengua chorreaba. Nunca había hecho semejante esfuerzo en su vida.

«¿Y si Medianoche me engañó? ¿Y si solo me hizo dar una gran vuelta para llevarme a la nada?».

No, ese tipo de maldad no correspondía a un felino. No tenía forma de estar seguro, pero lo estaba. Los gatos eran muy diferentes de los perros, y seleccionaban muy bien a quién dar una pata en momentos de necesidad, por lo general a un costo tan grande como lo que se trata de ganar (o se evita perder). Pero eso no quería decir que Medianoche estaba desprovisto de una objetividad igualmente gatuna.

Draco sabía que si este se topaba con Azazel, y Azazel le preguntaba: «¿Viste a un perro de mierda cruzando la vereda?», no solo le diría que sí, sino que además tendría la amabilidad de señalarle exactamente por dónde se había marchado.

Giró la cabeza y miró calle abajo. El asfalto se perdía en la oscuridad, entre ambas columnas de faros apagados, sobriamente alumbrados por la luna. La imagen era devastadora; él lo veía como el camino donde probablemente se precipitaría el infierno.

Maldijo.

Tomó una bocanada de aire y siguió trotando, o «corricaminando», que era el único cheque que su cuerpo estaba dispuesto a firmar. Las entrañas apretadas tras sus costillas ardían, y hacía rato que las sentía clavadas contra los delicados órganos que albergaban.

Afrontó con valor una calle que iba en subida. Eran rarísimas ahí. Una parte de él volvió a temer por la calidad de las buenas intenciones de Medianoche. Sin embargo, una vez arriba, le sirvió para ver algo que le dio un poco de paz: un panorama casi completo de su vecindario. Todo estaba tranquilo, al menos hasta donde él alcanzaba a ver.

Se permitió un poco de esperanza. Draco era pesado, pedorro y de escasa energía, pero el buen oído no se lo podía quitar nadie.

Decidió cruzar una calle a la derecha y continuar a partir de ahí. Eso le permitiría tener una visión todavía mejor de lo que pasaba abajo.

No pasó mucho tiempo antes de que se percatara de dos cosas malas: la primera era que había movimiento allá abajo. No los había alcanzado a ver, pero lo sabía, simplemente lo sabía, era una cosa de perros: estaban buscándolo.

La segunda, que quizá era peor, era que había llegado al final de la calle, y quedaba decidir entre dos caminos: el primero se convertía en una autopista y se separaba al oeste, que lo llevaría a la nada, a la que temía tanto como a Azazel. Y el segundo, una calle que conducía a la villa, pero por un sendero que cruzaba paralelamente con su vecindario, de vuelta a la misma situación de zozobra de antes.

Echó un pesado suspiro y se detuvo en lo más alto de la vereda, como si estuviera explorando sus posibilidades, cosa que hasta él sabía eran patrañas. Simplemente estaba rumiando, rumiando contra alguna fuerza superior por poner en su destino semejante obstáculo. Draco no era un apostador, menos si lo que estaba en juego era su cuello.

Fue en ese momento que pensó una de las cosas más ruines de su vida, y semejante evento, aunque no raro en él, es digno de describir: quería tener el poder de traspasar su alma y robarle el cuerpo a cualquier otra criatura, y que esa criatura pasara a ocupar su viejo ser, echándole a él no solo el fardo, sino la seguridad de que lo harían pedazos tan pronto tomase la calle equivocada.

Hasta un perro piensa esas cosas, y hasta un perro sabe que semejante eventualidad sería imposible. *«Pero sería tan tan bueno…».*

Caminó un poco más, y recostó medio cuerpo contra una pared de piedras. Hasta esa superficie era cómoda con el cansancio que llevaba. Estaba a escasos dos metros del cruce de la calle, y Draco había previsto con mucha razón que, a partir de ahí, cualquier perro del otro vecindario podía llegar a verlo.

Maldijo y lanzó un par de obscenidades.

—Otra calle, otra vereda, otro cruce… ¿Cómo es posible que un perro pueda vivir el mismo infierno dos veces?

No logró dar otro paso cuando vio que un pitbull enorme cruzaba la esquina y se le plantaba.

Contuvo un aullido de horror, y sintió que varias arterias alrededor de su corazón hacían «clic» como si las hubieran cercenado con un cortaúñas. Las patas traseras le fallaron.

—Draco, ¿sos vos?

Draco evitó caer de culo. Había reconocido esa voz.

—¿Lulú?

Ambos se miraron con creciente sorpresa.

—¿Cómo me encontraste?

—Te escuché puteando, ya me estaba yendo…

—¿Vos también andás buscándome como todos?

—¡No digas macanas, Draco! ¡Estoy preocupadísima! ¡Qué quilombo en el que te metiste!

—¿Quilombo yo? Cuando los encuentre los hago mierda…

Lulú era color mostaza, pero de pecho, cuello y hocico blancos. Su pelo brillaba aun debajo de la luna y uno sabía que al tocarla sentiría un tacto sedoso y agradable. Sus ojos eran claros, y su mirada, fauces y rostro, poco tranquilizadores; esto matizaba con el lazo rosado de escarchas atado al cuello, el cual hacía juego con su voz, tan aguda como un pito.

—¿Cómo se te ocurrió alejarte tanto de casa? ¿Es que acaso creíste que los demás te iban a recibir bien si te veían?

—No sabía que todos andaban sueltos, además, se murió el viejo…

Si Lulú hubiera tenido manos, se las habría llevado al corazón, aterrada.

—¿Se murió don Leopoldo?

—Sí, el viejo forro ese…

—¡Draco!

—No empecés, Lulú, vos sabés cómo soy yo…

Hubo escasos segundos de silencio.

—¿Y ahora?

—Ahora voy a hacer mi vida, como un perro salvaje.

Ella decidió guardar un silencio respetuoso antes de reformular la pregunta:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Vivir de la caridad de los de la villa.

La perra vio a un costado, dolida.

—¿Y no te voy a volver a ver?

—No, negrita…

—¿Puedo ir con vos?

—Me retrasarías.

—¿Puedo ir a visitarte?

—Sabrán que vas a verme y vas a delatar mi posición.

—¿Y si mi papá decide mudarse a Tigre y los del vecindario no me ven más, puedo ir a verte entonces?

—Sabés bien que los amores a distancia no funcionan.

—¿Y si prometo visitarte dos veces a la semana?

—Posiblemente esté con otra…

—¡Sos una mierda, Draco!

Por un segundo, a Draco le preocupó que Lulú se diera media vuelta y alertara a los perros, pero otra parte de él lo descartó. Ella no era así, y san Roque sabía muy bien que había tenido mucha paciencia con él.

—Pero eso no quiere decir que no me gustaría volver a encontrarte.

Lo miró con rencor.

—No creo que quieras verme.

—Claro que sí.

—¿Sabés qué? Te voy a dejar. Rompemos. ¿Qué te parece eso?

—Pues que sos bien perra.

—Dejá las tonterías, Draco, que no es el momento.

Hubo un solemne silencio. Cada vez que uno veía al otro, sus miradas se apartaban, sin decir nada.

Luego sus ojos se encontraron, y se mantuvieron así, viéndose, por un largo rato. Draco se relamió.

—¿Cogemos?

Lucía arrugó la cara.

—Pero ¿qué decís? Si la última vez no pudiste montarme… Sos impotente, Draco.

—Y bueno, negra, es lo que hay…

Escucharon una jauría de ladridos feroces que se acercaba a pocas calles.

—¡Andate, Draco! —gimió—. ¡Andate, que yo los distraigo!

Draco aprovechó el tiempo de descanso y corrió con renovadas fuerzas. En poco tiempo se había internado de vuelta en la oscuridad, precipitándose por una vereda en construcción, entre una silueta lúgubre de tractores y camiones estacionados en medio de la vía. Sin embargo, sabía que no la volvería a encontrar nunca más, y no pudo evitar mirar sobre su hombro, para ver a Lulú por última vez…

XII

Squash pensaba que era un alivio muy grande que los perros no pudieran usar radio. Aunque, siendo fieles a la realidad, lo que Squash pensaba era más bien que era un alivio no ser humano. La razón era simple: mentir era más fácil entre humanos, sobre todo si se trataba de cubrir a terceros.

Fue el primer perro en ascender la calle, su jauría estaba al menos quince metros atrás, agotados, pero feroces y no dispuestos a quedar mal ante él.

Lo que había visto duró menos de un segundo, pero eso era más que suficiente; Draco se alejaba en la oscuridad a toda prisa, y un poco más allá estaba Lucía, quien miraba hacia arriba, sentada en medio de la calle. El cuadro no podía ser más delator…

Así que Squash solo tuvo un par de segundos para urdir un plan. Se detuvo en seco, se dio media vuelta, y los demás perros por poco se descarrilaron haciendo una bola entre sí.

—Lucía me acaba de hacer una seña, dice que no está acá. ¡Den media vuelta todos!

Hubo varios jadeos de cansancio y uno que otro gemido de reclamo, pero todos se dieron vuelta y comenzaron a correr.

Squash se giró ahí, con el cielo desnudo tras él, y miró fijamente a Lucía; esta lo miró a él, aún aterrada y con un agradecimiento varias docenas de veces más grande del que podía caber en su pecho.

Lo que ella había hecho significaba la pena de muerte, instantánea y sin peros. Claro, Lucía era una pitbull, y era muy difícil hacerle frente, pero esa ventaja se hacía insignificante si tenía que enfrentarse a una jauría de perros, y cenizas si Azazel llegaba a enterarse de lo sucedido.

Se echó a correr otra vez y por sus ojos negros volvió a pasar la imagen de Draco escapando y Lucía ahí, dispuesta a hacerles frente por él. Sintió un odio enorme.

Había perdonado la vida de ella, pero no la de él.

XIII

Draco consideró quedarse debajo de un tractor y esperar el sol. La situación irregular probablemente se arreglaría mañana. Esos perros tenían dueños, y en algún momento saldrían a buscarlos. Sin embargo, la idea no solo no serviría, sino que además era producto de la estupidez, y él podía ser muchas cosas, pero no estúpido. Aun así, era autoindulgente (siempre lo era), porque sabía que el miedo lo estaba haciendo desvariar. Comprendió que acabarían por olfatear su rastro, y solo sería cuestión de tiempo antes de que alguien bajara la cabeza y lo viera agazapado bajo varias toneladas de hierro.

Observó cautelosamente a su derecha: las casas y calles que llevaban a su vecindario estaban más cerca que nunca. Como la vereda en construcción se hallaba flanqueada por un muro muy alto, le brindaba una sombra espesa que anulaba los ángulos de la luz lunar y nadie, salvo tal vez Azazel y los gatos, sería capaz de verlo.

Como un prisionero intentando fugarse, se pegó al muro y comenzó a andar. En circunstancias normales habría sentido que las protuberancias de los ladrillos le hacían daño. Eso probaba que cualquier dolor podía anularse con el estado mental adecuado.

Caminaba fijándose más al costado que al frente. Draco nunca había sido un cachorro que jugara a caminar con los ojos cerrados para ver qué efecto surtía en sus sentidos, nunca le habían gustado los juegos, pero revelaba que, si en la destrozada vereda hubiese un hueco de tres metros de profundidad, le importaba menos que ser atrapado. Cada vez que pasaba frente a un tractor sentía el alivio momentáneo de saber que se hacía invisible para las casas y veredas. Pero incluso ahí estaba demasiado cerca del peligro como para disfrutar de sus preciosos segundos de paz: no tardaba en imaginar que los ojos de Azazel refulgían, mirándolo.

De repente recordó a Lucía. Draco tenía una memoria muy gráfica, eso quizá era en lo único que se parecía al resto de los perros. Observó

su retrato imaginario, con el lacito rosado alrededor del cuello. Comprendió que la extrañaría…

A pesar de lo realista que era, había sobrestimado su velocidad, pues estaba convencido de que nadie en la jauría lo había visto con ella. Eso lo hizo sentir bien, lo hizo sentir que al menos había hecho algo como macho.

Se detuvo en seco y bajó el cuello, con miedo: había alguien más adelante…

Se trataba de un cachorro de perro. Sería otro de los tantos que estaba disfrutando de la fuga momentánea. Draco no lo reconocía, pero la aterradora posibilidad de que fuera hijo o compañero de vivienda de un perro más grande era real. El chiquillo seguramente andaría ansioso de estrenarse como cazador. Mucho más dado que, como perro doméstico, esta sería una oportunidad única en su vida, y era más que probable que los otros se lo hicieran saber…

El pequeño sacudía su colita de un lado a otro, olfateando en el barro, manchando su esponjoso pelaje dorado.

Emitió un pequeño gemido, y volvió a pegar su nariz al suelo, sin imaginar que un ser enorme, oscuro y redondo lo observaba desde las sombras, mucho más cerca de lo que hubiera imaginado…

Draco exploraba sus posibilidades a una velocidad de vértigo. ¿Y cómo sabía si este cachorro lo estaba buscando? ¿Cómo saber si no hacía más bien cosas de mocosos, ajeno a los problemas de los perros mayores? Tampoco estaba seguro. Para Draco, si el pequeño quería darle cacería, entonces se merecía lo peor, pero si simplemente era un niño que estaba jugando solito en medio de la nada, se merecía lo peor también, por idiota. Él no era de los perros que se hacen problemas morales…

El chiquillo le dio la espalda, y comenzó a olfatear una roca inmunda que sobresalía entre el barro. Era la oportunidad perfecta: Draco corrió y lo embistió con su enorme frente.

Hubo un chillido, y un cuerpito que dio vueltas por el aire, para luego caer tres metros más allá, amortiguado por el barro. Había quedado inconsciente.

Para cuando despertara, él ya se habría alejado lo suficiente. Draco comenzó a correr a toda prisa, con media lengua afuera, la autoestima más alta que nunca y el pecho henchido de orgullo, imaginándose tal como sus antepasados, aquellos legendarios guerreros de Roma…

XIV

Gaspar conducía su antigua camioneta Chevrolet del 57 con el vidrio bajo, exhalando arremolinados vapores blancos, dudosamente protegido del frío por dos chalecos viejos.

Ganarse trescientos pesos en lo del señor Jacubois (pronunciado Jacubuá, aunque por la mala cara con que el viejo lo miraba, sabía que no estaba ni cerca de decirlo bien) no era una oportunidad que se daba todos los días, porque el magnate estaba convencido de que Gaspar, carpintero, mecánico, pintor, albañil, próximo técnico de computación y electricista (esto último, la razón por la que lo requerían), podía arreglar el problema de luz en la cuadra.

Por supuesto, el señor Philipe Jacubois no sabía lo que Gaspar: que una buena porción de la planta eléctrica que alimentaba a San Isidro había explotado por un acto de terrorismo (o eso se barajaba), y que por lo tanto no había santo que pudiera arreglar el problema esa noche. Gaspar se lo hubiera explicado al arrogante don, hasta que este mencionó que solo por la ida le pagaba trescientos mangos. ¿Para qué molestarse, pues, en contarle la verdad? A Gaspar le había divertido que con tanta tecnología, los chetos carecieran de un aparato mucho más viejo, barato e importante: la radio a pilas, con la que, sin duda, se habrían enterado de primera mano de lo sucedido.

Por lo general, cuando Gaspar garcaba, sonreía. No podía evitarlo. Luego se le olvidaría y andaría por ahí creyéndose un buen cristiano a quien Dios debía bendiciones por persignarse cada vez que pasaba frente a la iglesia. Pero esta vez no, esta vez las comisuras de su boca pesaban, porque de algún modo su cabeza seguía amodorrada por un sueño interrumpido, sintiendo que el frío calaba en sus huesos. No había otra; el vidrio estaba muy empañado, y el viejo truco del aire acondicionado no funcionaría porque además el cristal estaba sucio, y desde que había entrado a San Isidro, la oscuridad se había hecho tal que ni los faros de su vieja amiga eran suficientes para saber qué

deparaba el destino diez metros más allá. Conocía las calles, pero andaba con cuidado. Ahora todo lo que deseaba era que el señor Jacubois no se pusiera pesado y que la farsa durase poco. Iría primero a su casa, luego a la calle, tocaría un poco este y aquel cable, le haría un gesto negativo con la cabeza (aunque después lo intentaría un par de minutos más, por puro farol) y entonces daría el veredicto final. El teatro estaba bien montado, y ensayos había hecho muchos en su vida…

XV

Draco trotaba hacia el final de la calle. Veía cada vez más cerca aquella oscura y compleja silueta que reconocía muy bien: la estación de nafta, que marcaba el final del vecindario. Más allá, después de una distancia considerable, estaba la villa. La caminata sería soberana (épica para la percepción de una criatura que considera que defecar es hacer un esfuerzo), pero eso ya no importaba; estaría a salvo, por fin.

Quizá alguien fuera lo suficientemente amable para ofrecerle comida y refugio. Todo en una sola noche. Ahora podía distender la mente, saborear las posibilidades: él era un perro de buen aspecto, muy diferente a cualquier callejero. Estaba completamente seguro de que alguien lo codiciaría, que querría quedarse con él, consentirlo y…

El silencio fue roto por una agresiva tormenta de ladridos.

Squash fue el primero en aparecer al final de la avenida y posarse en medio de la playa de la estación de nafta. La luz de la luna se llevaba bien con su pelaje blanco.

Tras él, trotando en una incansable campaña, apareció el joven Tyler, y tras Tyler, Rocoso, y tras Rocoso, Boxeador, y así sucesivamente hasta sumar no menos de quince perros, que miraban a todos lados, como las luces atentas de un portaaviones, pero Squash sabía exactamente dónde debía ver y, por consiguiente, lo encontró: su mirada y la de Draco conectaron.

Al obeso rottweiler se le rompió el corazón.

Primero retrocedió, como si hubiese estado a punto de chocar contra un muro, y después se dio media vuelta y empezó a correr. Squash mostró los colmillos y arrojó el ladrido de ataque.

La mente de Draco era interferencia ciega, ruidosa y hasta cierto punto, dolorosa. Pero había un lugarcito funcionando, un lugarcito que lo impulsó a meterse por una calle aledaña de su vecindario, esa de las que tanto había estado tratando de escapar. Correr por la avenida hubiera sido un suicidio, y hasta eso era mejor que su actual condición:

una muerte segura. Los perros que se suicidan no van al cielo…

Sabía que ver hacia atrás solo empeoraría las cosas, que aumentaría su sufrimiento, pero al final, eso solo es opción de humanos, pues él en cambio tenía sentidos muy afinados, equivalentes a tener ojos en la nuca. Sus patas patinaban sobre la grava en un intento patético por girar por la calle de la izquierda con toda la rapidez de la que su cuerpo era capaz, y entonces continuaría corriendo, esta vez sobre adoquines, sabiendo que era inútil: los ladridos estaban cada vez más cerca, y lo estaban rastreando con una facilidad indignante.

Dio otro giro, y luego otro. Draco sufría, y sus sentidos no le mentían: tenía un perro a cinco metros. En la próxima vuelta lo alcanzarían, porque él no podía derrapar tan bien como ellos. Así que se aferró a su última, patética, desesperada parodia de escape; correr, sin desviarse, a lo largo de la calle.

La vida es irónica, ¿no?

Ironía era que nada de esto habría pasado si el anciano no se hubiera muerto, y, más allá de sus conocimientos, nada de esto habría pasado tampoco de no ser por la muerte de un hombre llamado Horacio, creyendo (como él mismo) que saldría bien de esta noche.

Ironía era que él acabara muriendo el mismo día que el anciano. Quizá esa sería la absolución de sus pecados, la oblación de Draco.

Ironía era que terminase en la misma calle donde estaba su hogar. Él la reconoció al instante. Su cadáver no sería encontrado tan lejos del viejo, después de todo, pero sí muy cerca de la primera casa que tenía las rejas ante las que se atrevió a proferir su primera, divertida barbaridad hace ya muchos años, cuando lo sacaron a pasear en una tarde que también era de invierno.

Ironía era que todo iba a terminar en el mismo lugar donde había empezado.

Y así, teniendo en cuenta todas y cada una de esas cosas, Draco hizo lo único que le quedaba: se detuvo, y se dio media vuelta…

XVI

Abre el telón, baja el telón, escena tres: Gaspar hace su último intento por reparar algo que sabe muy bien que no tiene arreglo. Está subido en las escaleras plegables que sacó de su camioneta. Se siente especialmente artístico esta noche (el amodorramiento por el sueño había pasado hacía rato) y por eso dirige una mirada incisiva hacia abajo, donde el señor Jacubois, su mujer y tres vecinos más, todos linterna en mano, esperan ansiosos una buena noticia.

Echa un largo suspiro, menea la cabeza varias veces, y pasa la mano por su frente para limpiar un sudor que no está ahí.

Empieza a bajar de la escalera con cuidado. Dice que el desperfecto debe ser otra cosa, que es algo muy irregular, muy extraño y muy muy grande. Con esto efectúa el brillante remate y su golpe de gracia: se asegura de que
el magnate no sospeche al día siguiente que Gaspar sabía que una planta eléctrica había explotado y que le había pagado trescientos pesos por nada.

En una semana o dos, y sin dudar de su buena fe, el viejo lo contrataría para alguna cosa más. Todos amigos, y…

—Sospechaba que esto iba a pasar —se lamentó el magnate, extrayendo la pipa de su boca. Exhaló humo, y sacó un poco el labio inferior—. No tiene caso llorar sobre la leche derramada. Traiga la escalera, Gaspar, que ahora debe subirse al techo y arreglarme una gotera. Quiero aprovechar, ¡y no ponga esa cara, que le voy a dar trescientos pesos de todos modos! Una gotera, una tubería atascada en el lavamanos y una fuga en la ducha. ¿Habrá alguna cosa más que el señor deba arreglar, Antonieta? Hacé memoria…

XVII

Draco se sorprendió de que no le cayeran encima, creía que así sería el fin. Los perros hicieron un semicírculo a su alrededor, sin tocarlo.

—Tyler, avisale a Azazel. Decile que lo tenemos.

El joven y estúpido perro echó a correr con jadeos de emoción.

Squash quería intercambiar un par de palabras con Draco, pero se contendría. Había muchas cosas que decir, pero la más fresca, la más urgente involucraba a Lucía, y no podía delatarla ante todos. Se privaría de llamarlo perro cobarde. Pero eso no importaba, él no era un sádico. El destino que correría sería castigo suficiente. De hecho, los treinta minutos que siguieron a partir de ese momento, en pleno silencio, fueron un calvario terrible.

Draco lo supo de inmediato: era obvio que Azazel lo quería solo para él. Los demás solo presenciarían su muerte. Sin embargo, eso no opacó la sorpresa inicial de que nadie lo atacara, aunque más sorprendente aún era lo que dejaba de suceder: no le gritaban, no le proferían insultos, no lo retaban ni lo humillaban. Los perros se veían mutuamente, algo nerviosos.

Lo voz de la conciencia colectiva no podía gritar más alto, y cada minuto que pasaba se hacía peor. Aquella había sido una media hora que no olvidarían jamás.

Y ellos no eran los únicos que lo sabían, Draco también, así como tenía claro que el silencio culposo de ellos no le brindaba alivio alguno, sino indignación. Tampoco le daba esperanzas: no lo iban a dejar escapar de todos modos.

Treinta y dos ojos estaban fijos sobre él, y el círculo se cerraba cada vez más. Se había acabado. El último respingo de esperanza se extinguió como un fósforo.

Draco giró, viéndolos a todos.

—Y bueno, ¿qué están esperando? —exclamó—. Pónganse en fila que me los garcho aquí mismo.

Hubo más de una sonrisa cínica.

—Vamos —dijo, con voz temblorosa—, que cuando termine, hacemos una votación y decidimos quién es el perro más puto de San Isidro. Va a estar difícil entre una manga de bichos tan distinguidos como ustedes.

Nadie contestó.

—¿Qué pasa? ¿Son todos unos cagones? Son todos unos cagones…

Una voz humana prorrumpió de pronto.

—¿Qué pasa ahí?

El anciano barrigón se ajustó los anteojos y levantó la lámpara de aceite que llevaba en la mano. Entrecerró los ojos, tratando de enfocar su cansada mirada. La boina le resbalaba por la parte de atrás de la cabeza, a medida que alzaba la nariz.

—Babú, ¿estás ahí, chucho malo? Vení con papá.

Se acercó un poco más, lo suficiente para iluminar la cara de la mayoría de los perros, como si fuesen personas escondidas dentro de una cueva.

—Vamos, perrito, vení. Ya podrás jugar en otra ocasión, hace frío y…

Una saeta feroz irrumpió en la escena. Azazel saltó sobre una altísima cerca y aterrizó sin esfuerzo sobre la grava, levantando una nube de polvo.

El anciano lo reconoció, y no hizo falta que los demoníacos y ardientes ojos verdes brillaran ante la luz del candil para que profiriera una larga exclamación de horror, soltara la lámpara y echara a correr.

El aceite se regó en el pavimento y salpicó la hierba de la vereda. Las llamas no tardaron en alzarse. El crepitar del césped empezó a oírse y las luciérnagas volaron, brillando una última vez.

—Ahhh, Draco… —siseó Azazel, caminando delante del fuego.

Los perros comenzaron a agitarse y a gemir, dispersándose. La mayoría corrió despavorida, mientras que el resto abrió espacio, formando un círculo irregular.

Azazel meneó la cabeza, su melena salvaje se sacudió. Draco parecía la aguja de un reloj, girando a los pasos del lobo.

—No tenés idea de cuánto estuve esperando este momento. ¿Podés creerlo? Pensé que jamás tendría el gusto…

Alzó sus ojos a la luna, como una especie de agradecimiento.

—Espero que no te dejes matar sumisamente, planeo disfrutar esto, alargarlo y hacer que valga la pena. Me gustaría que dijeses algo, algo como la última vez que nos vimos. ¿Te acordás?: «¿Qué me ves, forrazo?». —Draco lo contemplaba, mudo—. Y yo te dije: «Te hacés el machito porque hay rejas de por medio…». Quisiera que me

demostrases que estaba equivocado. —Sonrió obscenamente—. ¿Lo estaba, Draco?

Ambos animales estaban a un palmo de distancia, viéndose fijamente. Parecía una avioneta encarada contra un *jet* de combate.

Las llamas crujían y se extendían al otro lado de una cerca alambrada, haciendo arder el hierro. La humareda negra manchaba la luna.

—¿Qué sucede, «forrazo», te quedaste mudo?

—Estoy pensando qué decir —musitó Draco.

—Ah, ¿querés que te dé tiempo? Muy bien, lo tenés. Te sugiero que aproveches, porque luego no vas a tener el hocico entero.

Alzó su negra nariz sobre la del perro, y mostró su afilada hilera de dientes.

—No… no podés hacer esto —se quejó Draco—. Es injusto.

Incluso para Azazel, que se esperaba cualquier cosa, ese comentario fue sorprendente. Lo miró de manera divertida.

—¿Qué gracia tiene matarme así? —siguió—. Es… Es equivalente a una cobardía. Si vas a pelear conmigo, tenés que darme alguna ventaja…

—¿Alguna ventaja?

—Sí.

El lobo arrojó una carcajada.

—¿Qué ventaja querés?

—Primero que nada… ¿No vale pedir perdón?

—Sí. Pero de todos modos voy a matarte.

Los diminutos insectos quemándose volaban entre ambos.

—Entonces la ventaja que podés darme es… No usar las patas traseras, nada más las delanteras.

—¿Y qué más?

—Sería bueno que también cerraras los ojos y prometieras no abrirlos… Con esas dos cosas tendríamos una pelea equilibrada.

—Creo que de todos modos te ganaría.

—Sí, yo también lo creo…

Azazel volvió a reír.

—¿Terminaste con las payasadas?

A Draco no le quedaba más que decir que sí. Ya no tenía sentido.

Sin embargo, le costaba, porque sabía que aquellas serían sus últimas palabras. Sabía que a partir de ese punto no habría vuelta atrás, y bajo la luna se conjugarían sus peores miedos. Azazel iba a cumplir su promesa. Quizá después dijera algo, pero no sería en condiciones dignas, no sería ni siquiera con su voz, sino regurgitando piedad, implorando misericordia y rogando la mordida final. Los perros lo

miraban atentamente, la humillación había dejado de importar, había quedado atrás, ahora estaba por cruzar un umbral…

—¿Estás listo?

¿Lo estaba? Azazel pronunció aquellas palabras con la mayor maldad que podía caber. No fue una pregunta amable, fue sarcástica. El lobo no solo estaba dispuesto a saborear su sufrimiento físico, sino también el mental. Los perros lo vieron claramente, y lo entendieron. Draco, en cambio, no.

Su mente estaba más allá de eso. Fue el único y último acto de piedad que su propia consciencia tendría con él. Esa sería su anestesia. Bajó la mirada, intentando entender qué estaba pasando, y la volvió a levantar, mirando a Azazel. Aquella había sido respuesta suficiente para el lobo.

—¡CUIDADO TODOS!

Fueron alumbrados por una luz brillante, se escuchó un ruido atronador y prolongado, que para un humano suele ser molesto pero para un can significa una tortura; la bocina de una camioneta los abrumó con un severo rechinar de llantas, a punto de estrellarse contra un poste de luz. El bocinazo se prolongó, y todo el aire quedó lleno de humo y llamas flotando.

El perro que había gritado fue el primero en volver al camino, mirando asustado hacia adelante. Azazel estaba agazapado a un lado, su salto fue espectacular.

Ante la luz del fuego se podía ver cómo las horribles líneas negras que habían dejado los neumáticos hacían un semicírculo en la calle.

El lobo sacudió la cabeza y se levantó, volviendo al punto de antes. Por un segundo lo había olvidado, y durante ese lapso se llevó un susto, no de miedo, porque Azazel jamás había sentido tal cosa, sino un timbrazo eléctrico, similar a cuando hemos olvidado algo importante…

—¿Dónde está? —gruñó.

Los perros se miraron entre sí, asustados.

Entonces el humo comenzó a disiparse y todos lo vieron: Draco corría allá lejos, tras la camioneta, tratando de darle alcance. Una escalera se hallaba sujeta atrás, pero la maniobra del conductor había ocasionado que se desplegara, y el extremo contrario se hallaba cerca del suelo, echando chispas.

—¡NO! —gritó, con sus pupilas encogiéndose hasta convertirse en vidrios rotos.

El lobo se precipitó tras él, ciego de furia.

Draco corría con todas sus fuerzas. Ahora su mente gobernaba al cuerpo, y exigía ir rápido, y más rápido aún. Creía que algo le iba a explotar dentro, sentía órganos que no sabía que tenía.

«Más rápido, más rápido, más rápido».

Se movía por instinto, no sabía cómo maniobrar sus cuatro patas a esos extremos. Es como cuando hay que tomar una curva a gran velocidad: las reglas que conocemos del manejo comienzan a desdibujarse. Le estaba pasando lo mismo.

«Más, más, por favor, más».

Y decidió cumplir: bajó la cabeza, echando al horno todo lo que tenía. Hubo un alarido patético y sin pensarlo, saltó.

Se estrelló en el interior de la camioneta. Su cuerpo se llevó la lona por el medio y tiró una enorme caja de herramientas que se abrió, soltando cantidad de llaves e instrumentos que Azazel tendría que esquivar poco después.

Levantó la cabeza, y descubrió que estaba viendo doble. Sería irónico, irónico y de mal gusto que muriera ahí. Algo no había reaccionado bien al esfuerzo. Por primera vez en su vida, Draco había quemado más calorías de las que había consumido en un día. Algo se le había roto, o quizá no, era la primera vez que se sentía así de cansado…

Parpadeó, y miró hacia atrás.

Gaspar también miró por el espejo retrovisor. No tenía idea de que tenía un pasajero a bordo, pero todo lo que alcanzó a ver fue que, allá en la calle, un lobo oscuro lo perseguía y que, para colmo, media escalera se hallaba afuera, como invitándolo a subir.

El hombre profirió un gemido de horror y pisó el acelerador.

Azazel veía su oportunidad cada vez más lejos, y maldijo no solo entre colmillos, sino con el alma entera.

Draco lo miraba desde el interior, arropado en la lona, con cara de desconcierto.

Los perros habían quedado atrás, con el incendio, que se veía desde ahí como si el sentido contrario llevara al infierno.

El lobo sabía administrar muy bien sus energías: se las iba a jugar todas también. Sus ojos ya no eran de animal, sino plenamente satánicos.

Pegó el salto, dispuesto a treparse a la escalera. Escuchó un ruido horroroso, y por un segundo, le pareció ver que la cabeza calva del humano pegaba un salto involuntario. Le pareció ver también que Draco, a su modo, saltaba, pero sin usar las patas. Muchas cosas se bambolearon…

Azazel no lo sabía, pero a eso se le llama loma de burro, y el borde de la escalera le pegó un golpe en la quijada que nunca olvidaría.

El lobo chilló y giró en el aire; lo último que vio fue el cielo y gotas de su propia sangre levantándose en dirección a la luna.

Dio muchas vueltas al golpear el pavimento, y quedó tendido en la grava.

La vieja camioneta pasó a través del puente que se levantaba sobre la autopista, y poco después cruzó un peaje a oscuras; los bastones estaban levantados, abriendo paso a la lúgubre autopista cuyas luces, allá a lo lejos, estaban encendidas.

Draco se sentó con esfuerzo, y miró la silueta cada vez más lejana de lo que alguna vez había sido su hogar.

Se había terminado.

Nadie los perseguía, pero para Gaspar eso no significaba mucho, por lo que nada le importaba que el extremo de su propia escalera raspara contra la calle. Él no se detendría hasta llegar a casa.

Draco, mientras tanto, seguía viendo hacia atrás, en silencio.

¿Cómo se sentiría al respecto mañana? No lo sabía. No tenía nada que decir. ¿Cómo se lo contaría a otro perro o a cualquier animal con el que entablara futuras charlas? No tenía idea ni ganas de pensarlo. Quizá contaría la historia a su modo, quizá su versión incluiría algo como: «Y les di una lección que nunca olvidaron».

Con el viento frío moviendo sus orejas, giró la cabeza y vio las numerosas luces de la ciudad.

EPÍLOGO

Lucía (Lulú)

Meses después encontró otro novio, con quien ha mantenido una relación muy estable y feliz. Están plenamente enamorados y pasan mucho tiempo juntos.

Squash

Fue fiel a su secreto, y jamás reveló nada que pudiera perjudicar a Lucía. Hoy disfruta de una vida muy placentera junto a su familia y amigos.

Medianoche

Sigue rondando los tejados de San Isidro; se dice que si uno le ofrece comida fresca, accede a contarte los eventos tal como ocurrieron aquella noche…

Azazel

Se recuperó de sus lesiones (aunque no sin dejar una pequeña secuela en una de sus patas traseras). Sin embargo, sigue siendo el animal más temido y respetado de San Isidro, y vive en paz, en su enorme jardín.

Draco

Se sabe que vive en Capital Federal, aunque nunca más los habitantes del barrio volvieron a saber de él…

ESCAPE DE BUENOS AIRES

I

Esta historia comienza justo como la anterior. Con una reflexión que, espero, a la par de la marcha con la que escribo estas palabras, no aburran al lector. ¿Te acordás cómo empezó la otra historia, verdad? Los perros, los guardianes eternos, centinelas por naturaleza…Bueno, resulta que todo eso fueron citas citables de un perro muy sabio que vivía en San Isidro. Pero pasa que el mundo de los perros es por lo general muy pequeño. Muy limitado. Es como hablar de un filósofo muy bueno que vivió en la antigüedad pero que jamás salió de una aldea que estaba en medio del desierto. Un filósofo cuyas experiencias intelectuales aluden a los hombres que viven cerca de él, desconociendo a tanta otra hipotética gente de lugares remotos en el globo. Hombres que seguramente hubiesen enriquecido bastante su limitado entendimiento cultural…

Exactamente eso es lo que ocurrió con ese perro filósofo que vivía en San Isidro. Se habría impresionado mucho de ver cómo eran sus contemporáneos de otros lugares más grandes.

Y es en un lugar así, donde comienza esta historia…

II

Desde que Draco se instaló en pleno centro porteño, su vida había dado un giro de sesenta y cinco grados. Sesenta y cinco, no ciento ochenta. Sesenta y cinco. Porque Draco era ahora todavía más gordo, fofo y perezoso que antes.

Ojeaba con legendario mal humor los edificios de lado a lado en aquella avenida estrecha, y de vez en cuando giraba la cabeza para ladrar, como un perro con una misión:

—¡VÁYANSE A LA PUTA QUE LOS PARIÓ!

—¡Jodete, Draco, jodete! —gritó histéricamente un pastor alemán desde un balcón.

—¡El mundo se va a acabar! ¡Es el final de los días! —aulló descarnadamente un pekinés en el piso de abajo.

—¡Váyanse al carajo! ¡Váyanse todos al carajo! ¡AL CARAJO! —lloró un bóxer bipolar desde la azotea de un edificio pequeño al otro lado de la calle, alargando la «O» durante un tiempo admirable.

—¡¿Qué dijiste?! ¡¡Qué dijiste!! ¡Te voy a romper en dos, hijo de remilputas y la madre que te parió! ¡La madre que te parió, joputa! —tosió un bulldog bastante anciano que se quedaba sin oxígeno detrás de una verja.

—Deben aprender a quererse y respetarse, amen al otro perro, y verán que… —rezaba monótonamente una perra lebrel afgano con la cabeza entremetida entre dos barrotes.

—¡Andate a la mierda, Draco! ¡Andate a la mierda! —seguía resoplando el pastor alemán, que tenía ahora los ojos hinchados y rojos, y la cabeza apoyada en la baranda como un loco intentando saltar una pared.

—Vení que te parto en dos, culo ancho, cabeza de melón, esnifa leches —exclamó Draco mirando hacia arriba(1) justo cuando pasaban por encima de su balcón.

—¡Joputa! ¡Joputa y la que te remilparió! —siseaba y gemía el

bulldog a nadie pero a todos a la vez, a punto de desmayarse por la falta de aire.

Un pug carlino se asomó aparatosamente desde unas rejas y comenzó a sufrir lo que parecía un ataque de apoplejía. El cocker spaniel sacó la cabeza por la ventana del auto y empezó a aullar. Sonidos de bocinas, vecinos taladrando, gente gritando, perros ladrando, más bocinas.

—Todos debemos vernos a través de los ojos de los demás. Somos como el prójimo pero viviendo una vida distinta. Démonos el abrazo que tanto necesitamos
—proseguía la perra lebrel afgano en su extraño soliloquio religioso.

Entre ladridos, gritos, maldiciones y declamaciones que venían de todos lados, Draco sintió un tirón brusco en la correa anudada a su cuello. Se estaba quedando atrás (otra vez). Él sabía muy bien lo que eso significaba: Melchor lo estaba tironeando. Para Draco era «ese humano inferior hijo de puta». Para Melchor era «ese perro de mierda que apenas puede caminar». Por lo general, en este punto, Draco, siendo el extraordinario artista del tormento que era, intentaría hacerle la vida imposible actuando deliberadamente lento y tardando incluso para la más mínima olfateada a lo que fuera… Echando cierta miradita furibunda hacia arriba para medir qué tan irritado, cansado o desesperado por llegar a casa e ir al baño estaba el hombre. Pero Melchor era otra cosa. Lo sabía, y era mejor tener cuidado. Era un humano amargado y atormentado, que durante cada día actuaba como si la vida no fuera mejor que el contenido de un pozo séptico. Después de haberlo escuchado parlotear dormido en noches ocasionales, Draco sabía que sus aspiraciones se habían hecho pedazos por un «no-sé-qué» relacionado con una «obra de teatro» entre un montón de «goblins», «elfos» y un tal «Pelehpté hijo de puta». Semejante desdicha le hacía menear la cola de placer, pero lo cierto era que no entendía una mierda de nada.(2)

Y mientras meditaba en aquellos pensamientos, el pastor alemán del balcón finalmente saltó y se estampó contra la vereda sin que Draco ni Melchor siquiera se dieran cuenta. Los otros perros aludidos reanudaban con redobladas fuerzas sus cánticos demenciales y a ellos se unían muchos otros aullando…

Lo que Draco tampoco entendía, o más bien tampoco sabía, ensimismado en su mundo, excepcionalísima burbuja que lo aislaba de la locura demencial de Buenos Aires, es que Melchor había intentado darlo en adopción no menos de cuarenta y dos veces desde que sus cuidadores «originales», una pareja porteña que lo había adoptado cuando lo vieron deambulando sucio y sin rumbo una noche por la

ciudad, se mató en un accidente de tránsito en la puerta del edificio.

«Aquel había sido un día gris, frío y lluvioso. Draco, recostado cerca de la chimenea crepitante, sintió el impacto. Levantó la cabeza, y se asomó entre las cortinas, mirando para abajo. Reconocía el automóvil blanco… ahora destartalado contra una pared. Reconocía los olores de sus dos ocupantes, con los rancios aromas del motor y la grasa que se entremezclaban entre ellos. Reconocía además aquellos rostros, bañados en sangre, vidrio y hierro, torcidos y rotos de maneras inenarrables. Y fue entonces que los odió más que nunca, por haberlo despertado de su siesta». (3)

La responsabilidad había quedado en manos de Melchor… Un sujeto extraño, temido por todos, pero desangelado de sus sueños a lo largo de un extravagante anecdotario que nadie conocía y probablemente nadie hubiera creído. Melchor recibió la adopción de Draco como recibía cualquier otra cosa en la vida: con indiferencia épica e indolencia legendaria… Pero no tardó mucho en darse cuenta de que Draco no era un perro normal. Durante varias noches, en el silencio de la sala y ante una estufa a gas, él lo miraba con repudio y el perro a su vez le devolvía una mirada cargada con aborrecimiento de proporciones bíblicas. Si alguno de ambos hubiera albergado un poquito de filosofía en esos hígados cargados de miseria, habría llegado a reflexionar que se complementaban bastante bien, después de todo.

Pero había llegado la hora de separar caminos… A Melchor se le había ocurrido algo. Quién sabe qué. Iba a algún lugar lejano y en su natural usanza, guardaba un secretismo sectario en ello. Pero esa es otra historia que quizá (solo quizá), sea contada en algún momento…

1- Esto debe tomarse como una mera suposición y no una descripción fiel de la realidad. Draco tiene un cuello tan gordo que muchos transeúntes, al mirarlo, han teorizado preocupados que no tiene cuello en lo absoluto. Algunas personas, de hecho (cuatro locales y un turista), en una coincidencia extraordinaria (gente que ni se conocía entre sí), lo han descrito como una «morcilla con patas». El lector, por lo tanto, debe entender que el perro no mira hacia arriba, sino que INTENTA mirar hacia arriba.

2- Por favor, entiéndase que eso de «una mierda de nada» no proviene de la sensible prosa del autor, sino de la mente del personaje en cuestión.

3- Que por lo general dura diez horas.

III

En sus estándares, a Draco no le tomó mucho tiempo darse cuenta de que «el humano de mierda» se había ido para no volver más. Lo notó cuando no encontró comida en el plato.

El perro se quedó quieto, en la oscuridad, mirando en dirección a la esquina colindante con la heladera, su lugar designado para comer. No podía oler su alimento, y ese fue solo el prefacio que lo llevó a saber, en un lapsus instintivo cargado de aplomo y verdad, que no volvería a ver a Melchor.

Un plato vacío era una imagen que normalmente estresaría bastante a Draco. Era suficiente para ocasionarle desesperanza ciega, sórdida y egoísta en volúmenes elevados. Y sin embargo ahí estaba, en silencio, sin moverse, como una silueta diabólica cortada por la luz de la luna entre las penumbras… pensando en todo y en nada a la vez. Y eso quizá se debiera a que todo aquello en conjunto: el plato vacío, la oscuridad, el silencio y la falta de un humano (fuera por causa de muerte, fuera porque lo había abandonado), le era conocido. Esto no era nuevo.

Y todavía no sabía cómo tomárselo…

Escuchó que la cortina rebotaba sobre sí misma a causa de la brisa que se colaba desde afuera. Eso le hizo saber que tenía acceso libre al balcón.

Caminó lentamente por la sala. Miró hacia un costado: la puerta corrediza estaba bien abierta. De afuera se colaba una luz rojiza. Decidió salir y sentarse ahí a pensar, mientras la noche era acompañada por tétricos aullidos lejanos y millones de lucecitas brillantes provenientes de la urbe.

Levantó una de las orejas involuntariamente al escuchar un sonido arenoso desde el balcón de al lado, que estaba cubierto en buena parte por una malla negra. No para evitar que algo entrase, sino más bien para impedir que algo saliera. Ese algo se asomó de su cajita llena de

papeletas y levantó dos largas orejas, asomando su cabecita lentamente por un hueco en la malla.

—Hola, Draco.

Draco hizo una especialidad de la casa: hacer como si no se hubiera dado cuenta de que lo había escuchado, pero a la vez demostrar que sí se había dado cuenta para que el otro se sintiera ignorado y basureado. En un futuro, los perros de Buenos Aires lo estudiarían como la vez en que uno de los suyos perfeccionó el arte de ser pasivo-agresivo hasta los niveles más tóxicos.

El conejo volvió a meter su cabecita por la malla, y siguió haciendo lo que sea que hacen los de su especie entre tantos trozos de papel cortados.

Draco arrugó su enorme cara con disgusto. Imposible saber si porque le molestaba el sonido o porque le disgustaba que el otro no siguiera intentando buscarle conversación.

—¿Qué hacés, idiota?

El conejo asomó la cabeza de nuevo y varios trozos pequeñitos de periódico cayeron de su cabeza.

—Salí a tomar el aire, y mi nombre es Ralph, no «idiota».

Ralph poseía una voz aguda, parecida a la que tendría una persona que utiliza un modulador de voz.

—¿Y vos? ¿Estás teniendo una noche linda, Draco?

El perro entrecerró los ojos con odio.

—¿Qué te importa?

Ralph no contestó. En cambio, continuó haciendo sus cosas como si nada. Esto ocasionó que Draco se girase…

—…

Hubo varios segundos de tenso silencio. Ralph se tomó su tiempo, pero eventualmente se dio cuenta de que estaba siendo observado. Diligente, volvió a asomar la cabecita por el hueco de la malla.

—¿Sos puto, conejo?

—Soy putito…

—¿Sos putito?

—… chí.

—Qué conejo sucio…

—Che, perro de mierda: ¿querés que salte allá y te agarre a trompadas?

—No, no… Mejor no —replicó Draco rápidamente—. Violencia no.

—Bueno.

Hubo un breve silencio incómodo.

—Me dejaron solo otra vez, Ralph —se lamentó Draco, finalmente—. Se fue. Ese estúpido, ese culo roto, a quien cuarenta camiones le

podrían hacer derrape por el orto uno al lado del otro sin tocarse una sola vez. Se fue y me dejó solo… ¡Sin comida! —recalcó.

—¡Cómo! ¿Melchor se las tomó? —exclamó Ralph, impresionado.

—¿Quién corno es Melchor? —explotó Draco, afectado—. ¡Te estoy diciendo que ese imbécil, esa plasta de estiércol en dos patas a quien ojalá se lo coman, lo caguen, se lo coman de nuevo y lo caguen de vuelta, se fue y me dejó solo!

El conejo miró a Draco con una compasión digna de quien deduce que sí, que debía estar refiriéndose a Melchor…

—¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer, Draco?

Draco se encogió de hombros. Sin embargo, tenía demasiada grasa bajo la piel como para que el gesto se notara.

—Pues lo que ya casi hice una vez… Salir y vivir como un perro salvaje. Como hacían los lobos esteparios de hace miles de años antes que yo.

Ralph decidió guardar unos segundos de silencio antes de reformular la pregunta.

—¿Qué vas a hacer, Draco? Pensalo bien.

No solo los acontecimientos, sino aquella conversación se le hacían demasiado familiares al perro. Fue así, compartiendo con otra persona, que finalmente se dio cuenta de la situación en la que volvía a estar, y lo mucho que aquello le caía como un tropel de patadas en aquellas partes donde nadie tenía derecho.

Con infinita resignación, Draco resopló:

—Supongo que tendré que irme del edificio, y buscar ayuda de los perros vecinos.

El problema es que exactamente al mismo tiempo que Draco dijo lo suyo, Ralph dijo esto otro:

—Supongo que tendrás que marcharte lo más lejos posible… donde nadie te conozca.

Ambos, perro y conejo, se quedaron viéndose las caras por un rato.

—¿Qué decís, conejo de mierda?

—Pues… digo que tenés que hacer lo que te parezca, Draco…

—Dijiste otra cosa.

—Lo que mejor te parezca es lo que es mejor para vos, Draco…

—Dijiste otra cosa, orejudo esnifa porongas. Yo te oí —recriminó el perro, ofendido.

—No, Draco, no… Yo lo que digo es que lo que a vos te parezca mejor, es lo que…

—Te escuché decir otra cosa, fábrica de cagarrutas.

—Draco…

—Te oí decir algo distinto, pedazo de…

—¡TE TENÉS QUE IR ADONDE NADIE TE CONOZCA! ¡NADIE TE QUIERE, DRACO! ¡SOS EL PERRO MÁS ODIADO DEL BARRIO! —Como si hubiera vuelto en sí, arrepentido de su exabrupto, Ralph procedió a hacer catarsis—. Sos grosero, engreído, antipático, increíblemente odioso y terrible patán. Sos roñoso y desagradable… ¡Yo te he visto, Draco! ¡Literalmente cagás plutonio! Los perros de bien que conozco tienen la peor impresión de vos. Te lo digo de onda… Lo mejor es que te las tomes, que te marches a una zona en la que nadie te conozca para empezar otra vez. La ciudad es grande y… —Draco lo miraba con los ojitos entrecerrados—. Quizá esta experiencia te haya sucedido por algo, ¿sabés? Quizá es para que aprendas a cultivar mejor lo que tenés. A apreciar las cosas y todo lo que los demás hacen por vos. ¿Tenés idea de cuántos perros darían todo por estar en tu lugar? ¿Tener comida, un techo y… —Draco enarcó una ceja con dignidad— gente que te cuide? ¿No te parece que Dios o el universo conspiraron para que te pase exactamente lo mismo otra vez porque en todo este tiempo no aprendiste *algo importantísimo*?

—Jodete.

—¡Es en serio, Draco!

—Te jodiste conmigo. Sos un mal amigo. Si algún día necesitás algo, no cuentes conmigo, ¿oís?

—Draco…

—Me iré, solo y triste como un callejero… Y si me pasa algo, espero que te enteres y que te sientas culpable. Es más, voy a dejar todo listo para que te lo vengan a decir en caso de que eso pase. Ahora con tu permiso, me iré con mi dignidad a sobrevivir allá afuera…

—Andá a cagar, Draco.

IV

Salir del edificio se le hizo a Draco un tormento. No porque completar la tarea supusiera un desafío intelectual. En lo absoluto. Sino porque él estaba acostumbrado a que lo llevaran en ascensor. Ir por las escaleras le hizo recordar primero que era ateo, segundo que no era tan ateo y tercero que siempre podía contar con echarle la culpa a Dios.

Llegar a planta baja y saber que tenía que pararse en dos patas para dejar caer su peso sobre el largo picaporte que abría la puerta le hizo empezar a amenazar al universo con que si todo esto seguía así, se iba a rendir…

Salió al estacionamiento del edificio y de ahí se coló por un hueco en la pared que conducía hacia una casa abandonada y en estado de ruinas que pronto sería demolida. Acceder a la calle desde ahí fue pan comido.

Caminó por la vereda, con el semblante negro alumbrado por los faroles; todo a su alrededor estaba bañado de un silencio que estaba condicionado solo por los lejanos sonidos de los autos que iban y venían a través de alguna avenida de por allá y el zumbido eléctrico de la iluminación. Draco miraba de derecha a izquierda haciendo una maravillosa interpretación de quien anda por la noche y está solo en la vida.

A pesar de que Melchor no lo sacaba a pasear ni por asomo con tanta frecuencia como aquel anciano en San Isidro, quien fue su primer dueño,(4) el perro ya estaba familiarizado con aquellas calles, y sabía exactamente adónde tenía que ir.

El olor a cerveza y licores baratos fue percibido no tanto por su privilegiada nariz de can, como por el hecho de que hasta un esqueleto lo habría olido. El bar estaba abierto casi toda la noche, y el perro del dueño de ese lugar era con quien él quería hablar…

Se acercó al local. Se podían ver a los humanos tras la vitrina, sentados lacónicamente en grupos reducidos. Al lado de la puerta, y

como si un enorme tacho de basura pretendiera obstaculizarlo, se hallaba un callejón oscuro. Escuchó algunas voces que venían de adentro.

Cuando Draco intentó colarse ágilmente por la boca de aquella callejuela y, naturalmente, volcó el tacho de basura con su voluminoso cuerpo y aún más grande trasero, Gandalf y Thor giraron las cabezas al mismo tiempo. Uno era negro y el otro gris.

—Hola —saludó Draco, con pesadez, mientras el tacho seguía girando allá en la vereda. Gandalf y Thor no se movieron—. ¿Cómo están, chicos? —preguntó Draco con artificial tono amistoso—. Espero que bien —prosiguió, en el cénit absoluto de la hipocresía.

El gran danés y el schnauzer gigante estaban como dentro de una película a la que uno ha hecho pausa. Congelados en el tiempo. Paralizados por completo. La cabeza de uno apuntaba a la pared y los ojos del otro miraban al piso.

—¿Qué les sucede?

Los ojitos de Thor, el gran danés, se estaban dilatando. Uno habría podido ver que la piel se le ponía roja, pero el pelaje, obviamente, lo impedía. Gandalf movió la cabeza, pero solo un poquito. Fue apenas perceptible.

—¿Están enfermos? —Continuaban glaciales, en silencio, sin mover un pelo—. ¡Digan algo o los meo encima, hijos de puta!

Aquellas fueron palabras mágicas. Thor comenzó a toser intentando recuperar todo el aliento perdido. Gandalf jadeó pesadamente y reclinó medio cuerpo contra la pared de ladrillos.

—¿Qué estaban haciendo?

—A Gandalf se le ocurrió que tal vez, si nos quedábamos totalmente quietos, no podrías vernos y pasarías de largo, Draco.

—Sí, sí… —confirmó el schnauzer, aún respirando con pesadez—. Lo vi una vez en una película que mi dueño puso en la casa. *Your Ass is Park*. Pero obviamente no funciona. Qué lo parió…

Draco empequeñeció los ojos y arrugó la cara con desprecio.

—Así me tratan, ¿verdad? Soretes rellenos de pus. Y yo que venía a traerles algo bueno…

Gandalf y Thor se miraron escépticos.

—¿Traernos qué? —preguntaron al unísono mirando de vuelta a Draco.

—Mi presencia perpetua. Mi dueño se fue. Estoy solo. Me mudo acá.

Aquello habría hecho reír a Thor, que era el que vivía ahí (como se estableció antes, su humano era el dueño del bar), de no ser porque no solo sospechaba con creciente horror que aquello no era una broma, sino que peor aún: tampoco era una pesadilla, ni alguna de esas

perturbadoras historias «*perropasta*» que tanto le encantaban.

—Draco… por favor, no…

Pero justo cuando acabó de decir aquellas últimas palabras, una figura negra y rechoncha entre dos razas de perros enormes, se puso en medio de ellos y se sentó, autoinvitándose a la pandilla. Su trasero hizo un audible «plofff» al tocar la grava.

Hubo silencio.

—¿Ya les conté de aquella vez que perseguí por media hora a un lobo, lo humillé, lo cagué a trompadas y lo hice re-re-re-mierda?

Hubo más silencio.(5)

Draco miraba hacia la calle con indiferencia. Gandalf tenía creciente cara de pavor… y a Thor le estaba por dar un infarto…

—¡Thor! —gimió Gandalf—. ¡Thor! ¡Respirá, respirá!

Pero el gran danés estaba en el piso convulsionando, con los ojos en blanco.

Gandalf intentaba masajear el pecho del perro gran danés con las patitas delanteras. Thor gemía penosamente, con la lengua grotescamente salida hacia afuera, intentando tomar aire mientras de su garganta salía un sonido agudo y vidrioso. Draco seguía mirando a la calle con indiferencia. O al menos eso parecía hasta que dijo:

—Thor, ¿te parece que el alcohólico sorete que te cuida me puede dar algo de comer? ¿No te importa que lo llame «alcohólico sorete», no? Es de cariño. ¿Te importaría compartir tu comida conmigo? ¿Dónde está tu plato?

Tirado sobre su lomo, Thor meneaba penosamente las patas como si una mano enorme, negra y huesuda le estuviera arrancando el alma. Sus ojos estaban llorosos.

—¡Draco, por el amor de san Horacio! —aulló Gandalf—. ¿Podrías callarte? ¡Mirá! ¡Mirá lo que le hiciste!

—Es porque está feliz.

Thor chilló en protesta, como lo haría un animal en el cénit de la muerte.

—Ustedes saben que yo habría hecho lo mismo por ustedes sin protestar, ¿verdad?

Aquello fue demasiado para Gandalf.

—¡Andate, Draco! ¡ANDATE! —ladró—. ¡A-N-D-A-T-E! ¡No te quiero ver más por acá!

El obeso rottweiler lo miró con odio cavernario.

—Ah, ya veo, claramente, por donde van las cosas. Me di cuenta. Estás celoso, ¿verdad, Gandalf? Celoso de Thor por mi amistad con él y por esta oportunidad…

—¡TOMÁTELA, DRACO!

—Aiiiiiiiiins —gimió Thor.

El schnauzer intentaba masajearle el pecho con más fuerza. Draco giró los ojos.

—¡Te estoy hablando en serio! —ladró Gandalf—. ¡Tomátela o te muerdo!

—¿Creés que no tengo dignidad? Ya no me interesa más estar acá.

Thor respiraba con desesperación y miró a Draco de manera suplicante.

—¡Entonces andate! —chilló.

—No puedo. Ya me senté. Para levantarme de vuelta necesito tomar impulso. Mínimo veinte minutos. No te preocupes, ya la orden está dada en el cerebro…

Draco los miró con infinita malicia.

—Pero si querés la cancelo…

Gandalf se inclinó para tomar a Thor del collar, con los dientes, y arrastrarlo fuera del callejón. La escena, que parecía la de un soldado herido siendo auxiliado por un camarada, era penosa, lamentable y dramática.

Ya al final del callejón, cuando solo tenía que doblar a la derecha para meter a su amigo en el bar, Gandalf levantó la cabeza y, metiendo la pata muy muy muy, pero muy profundo dentro del gran bolsillo de su compasión, gruñó entre dientes:

—Encontrá el Jardín Botánico, hay mucho espacio allá, y quizá, solo quizá, a los gatos no les importe que vivas entre ellos.(6)

4- Draco se vengaba de esto cagándose en todas las partes de la casa de Melchor que le era perrunamente posible. Cosa que pareciera un error de historia porque ya hemos establecido que a Draco no le gusta pasear. Pero pasa que él es así de todos modos…

5- Solo como aclaración, sí: Draco ha contado la historia de «cuando persiguió por media hora a un lobo, lo humilló, lo cagó a trompadas y lo hizo re-re-re-mierda allá en San Isidro» unas treinta veces.

6- En el futuro, los gatos de Buenos Aires llegarían a enterarse de esta conversación, titulada en la historia como «El segundo rompimiento de la paz», en la que el perro schnauzer pasaría, de ahí en más, a los anales del mundo animal como «Gandalf Bin Laden».

V

Draco estaba en aprietos. Conocía la zona inmediata a su casa, pero el Jardín Botánico era otra cosa. Lo había oído mencionar alguna vez… pero aquello estaba bastante fuera de su radar y nunca nadie lo había sacado a pasear tan lejos.

Sin embargo, pudo resolver el acertijo preguntándole a un perro noctámbulo que miraba hacia la calle desde un balcón muy cerca del suelo. Este le indicó cómo hallar la avenida Santa Fe y, una vez ahí, a unos veinte minutos,(7) acabaría por toparse con el Jardín Botánico.

—Gracias, cabeza de pija —exclamó Draco contento y poniéndose en marcha.

7- Cincuenta minutos en tiempo de trayecto de Draco.

VI

Era una noche de invierno particularmente silenciosa. Los faroles se perdían a la vista. La luz espectral marcaba el camino por la avenida. Había neblina. Draco caminaba tan rápido como podía y, más allá de los edificios, vislumbró lo que finalmente juzgó que tenía que ser el Jardín Botánico. Su temprana sensación de alegría se convirtió en inquietud y temor al ver que era un lugar muy oscuro…

El momento llegó; había un camino por el que un perro se podría meter… pero la lúgubre avenida era, a la hora de la verdad, nada en comparación a ese senderito que se perdía en la oscuridad ignominiosa de árboles y matorrales que producían la misma sensación que ser invitado a la cueva de una araña.

Draco miraba todo aquello pensativo. Vapor salía de su boca cada vez que respiraba. Tenía las orejas entornadas, a la búsqueda de algún sonido extraño que pusiera un clavo a aquel plan que de repente parecía tan malo.

Fue entonces cuando se le ocurrió lo más obvio…

—Hola —dijo—, ¿hay alguien ahí?

Silencio.

Mirada expectante a la oscuridad.

Y entonces, ¡el sonido de un animal moviéndose muy rápidamente entre los matorrales!

—¡AAAAAY! —exclamó Draco en vergonzosa oposición a su dignidad, echándose hacia atrás con un pequeño salto.

Silencio de nuevo…

—¡Quién anda ahí! —demandó saber con voz potenciada, en compensación por el papelón que acababa de hacer.

Nuevamente, el sonido de animales muy muy rápidos. Pero esta vez venían de la rama de los árboles. Eran ágiles, pero no podían evitar batir las hojas a su paso.

Poco después, se volvió a hacer el silencio…

—¿Pero por qué no se van un poquito a la mierda?

—¡Fuera de aquí! —exclamó una voz.

—¡Eso! ¡No queremos a los de tu clase por acá!

A la velocidad de un parpadeo, Draco echó mano de todas las cosas sobre aquello que llamaban «justicia social»:

—¡Aaaaaaah! —exclamó—. ¿Así es la cosa, no? ¿No quieren a los perros por acá? ¿Es eso, verdad? Odian a los perros. Son unos racistas…

—No, no odiamos a los perros —contestó un gato, revelando su cara a la luz húmeda y titilante de las farolas, mientras caminaba lentamente por una rama—. Es que vos olés a hijo de puta.

Draco arrugó la cara con los ojos brillantes. Poco después, los rostros felinos comenzaron a emerger, uno detrás de otro. El perro los contemplaba levantando la cabeza tanto como podía.

Hubo un momento de silencio crucial. Un instante reflexivo vital. Los segundos se alargaron hasta el infinito, el momento se extendió hasta ser absolutamente insoportable.

Silencio…

Más silencio…

Dos ojos marrones miraban a docenas de ojos verdes, amarillos y azules. Un calvario de expectación. Un suspiro en la historia y un suspenso tormentoso… en el que las siguientes palabras lo definirían todo. A su alcance, Draco tenía la oportunidad de enaltecer la diplomacia, hacer una jugada estratégica, tomar las riendas y rescatar magistralmente la situación. Lo que dijo fue:

—No puedo creer que esto esté lleno de gatos de mierda.

—¡EY!

—¡¿Cómo que «de mierda», perro?! —exclamó un minino gris.

—Y… —terció Draco, encogiéndose de hombros—. «Gato» y «mierda» son sinónimos…

—¡Pero qué atrevido!

—¡Ehhhh! ¡Eeeeeeehhhhh! —protestó otro felino desde una rama más baja.

—Vine aquí esperando encontrar un buen lugar donde establecerme —explicó Draco de mal humor. Cada palabra implicaba que el afectado por la situación era él, y ellos tenían toda la culpa—. No termino de ver bien el lugar, ¡de entrar siquiera! Y me encuentro que está lleno de gatos. ¡Esto es una cagada! —Sobre el obeso cuerpo de Draco comenzaron a llover piedritas y ramitas de moderado peso que le arrojaban desde todas partes—. ¡Ah! ¡Y ahora violencia! ¿Ven que todos los gatos son una mierda?

—¡Vamo' a cagarlo a trompada'!

De repente, se oyó un vozarrón:

—¿QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ?

Un enorme perro san bernardo emergió desde el camino.

—¡Hércules! —exclamó un gato especialmente enojado en tono acusatorio—. ¡Este tipo nos acaba de llamar «gatos de mierda»!

—Nos maltrató… ¡El tipo nos maltrató! —siseó otro gato.

Hércules miró a Draco pesadamente, con incandescentes ojos que parecían estar tapados por capas sobre capas de carne.

—¿Eso es cierto? —lo increpó, con su voz profunda.

Draco se quedó mirando al san bernardo por varios segundos, y este lo miró con su rostro arrugado, imposible de descifrar…

—Todos los san bernardo son unos idiotas.

Los gatos comenzaron a gritar al unísono de nuevo. Más piedritas y ramillazos llovieron sobre Draco.

—¡VAMO' A CAGARLO A TROMPADA'! —rugió el mismo gato, como si fuera un llamado a la revolución.

Los felinos saltaron del árbol principal, de los matorrales e incluso, de los muros colindantes en tan solo un suspiro, y rodearon a Draco. De entre todos ellos, Hércules sobresalía como una casa.

—Cuidado, nadie lo muerda —advirtió un gato tuerto, mientras entrecerraba su ojo con odio—. No querrán envenenarse.

—Y… ¿cómo lo encaramos?

—¡Con las garras! —contestó otro gato, como si fuera algo evidente.

Mientras los animales caminaban en círculos alrededor de Draco, como si fueran un cardumen de pirañas dispuestas a despachar una vaca en medio del río, la mente de este hizo «pausa» en el tiempo (una superhabilidad que el mismo Draco no sabía que tenía) y comenzó a considerar todo lo que estaba ocurriendo, por qué estaba ocurriendo y cómo iba a salir ileso.

«Ocurre que estoy rodeado y probablemente me fileteen hasta dejarme como un Paty… Esto sucede porque los gatos son todos unos hijos de puta, y… ¿cómo corno voy a salir yo de esto?».

De un segundo para otro, su nivel de estrés se disparó fuera de los gráficos. Otra vez, la sensación de que la historia se repetía, pero con diferentes matices, lo embargó desde su culo marrón con forma de corazón hasta su nariz, causándole escalofríos. Echarse a correr no iba a solucionar nada. Era como un camión de mudanzas intentando escapar de una tropa de Lamborghinis del infierno.

Draco era una bola de grasa con menos sensibilidad física que una roca y menos susceptibilidad emocional que un barco basurero. Pero incluso a él se le ponía la piel de gallina sintiendo cómo los gatos se aproximaban. El primer impacto era inminente. Sus pequeños ojitos se movían de un lado a otro, mirando a los que, con toda seguridad,

serían sus verdugos.

—¡SOY INIMPUTABLE! —gritó por fin.

Silencio sepulcral.

—¿Qué dijo el hijo de puta? —preguntó entre fascinado y extrañado uno de los gatos que iba al frente.

—Tengo incontinencia verbal de segundo nivel. No soy responsable de las cosas que digo.

El renovado silencio que prosiguió tuvo como efecto una explosión de sentimiento triunfal en la mente de Draco. El problema era que, a decir verdad, los gatos estaban teniendo un grave problema para digerir cómo comenzar a ridiculizar —criticar— y mandar a la mierda colectivamente semejante argucia perruna. Entre ellos había mentes brillantes de la improvisación. Personalidades carismáticas y capaces de contestar con picardía y genialidad al toque. Pero aquella patraña los superaba. Era imposible parodiarlo sin perder el *glamour* en una retahíla de puteadas.

—Demando comprensión —selló Draco triunfalmente, como si fuera un abogado amenazando con volatizar la corte armado con el alegato más efectivo del mundo.

Como si aquella injuria nefasta a la inteligencia ajena no fuera suficiente, Draco cerró el trato con una sonrisa. Su peluda papada tembló.

Los felinos se miraban mutuamente, víctimas de un feroz *jiu-jitsu* de mierda.

Quien salvó a Draco, sin embargo, fue Hércules, quien con unos pasos al frente, como una especie de gigante sobresaliendo entre al menos dos docenas de gatos, dijo con firmeza:

—Nadie lo muerda. Nadie tan siquiera lo toque.

Draco sonrió con satisfacción.

—Ah, es que obviamente, llega un punto en que querés estar con los tuyos, ¿no?

—A decir verdad… —terció el contrario—, no quiero que se enfermen mis amados gatos. Están todos sanos.

—Yo estoy bastante sano —contestó Draco, con dignidad.

—Si ese fuera el caso, entonces no quiero que les dé lepra en el alma al estar expuestos a vos. ¿Cómo te llamás y qué querés?

Hubo silencio. Varios gatos se sentaron, interesados en escuchar la conversación.

—Mi nombre es Rogelio —dijo Draco, desconfiado—, y soy un perro abandonado.

—¡Qué extraño! ¿Eh? —se escuchó decir a un gato por allá.

—Estuve caminando parte de la noche —prosiguió el rottweiler—, y

un amigo me recomendó venir para acá…

—¿Venir a qué? —preguntaron hostilmente varias voces en la audiencia.

—Pues a quedarme a vivir acá —contestó Draco, con toda naturalidad.

El silencio que hubo fue tan cortante como una patada en el estómago y frío como un supositorio. La última vez que se había escuchado, o más bien, dejado de escuchar sonido alguno para dar cabida a tan sombrío silencio, fue cuando alguien accidentalmente insultó a cierto profeta con un micrófono.

Es en este preciso punto que a Draco podría considerárselo un nigromante de alto nivel. Porque a pesar de que dijo aquello con plena llaneza y naturalidad, y a pesar de que arrugó las comisuras de la boca, ladeó un poco la cabeza y miró a la nada al hacerlo, cosa que daba lástima (y él sabía bastante bien eso), la verdad era que ni siquiera en el fondo —pues no se autoengañaba—, sino a flor de piel, Draco estaba consciente de que producía semejante idea:

—Me pienso quedar aquí —dijo.

El obeso rottweiler arqueaba las cejas, mirando de lado a lado como un ser extraviado, mientras que otro ojo pequeñito y de infinita malignidad, un ojo verde, monstruoso, con una pupila deforme y venas moradas y pulsantes, lloroso de ácido, el ojo de su alma, miraba con furia adicta a todo el mundo.

Apretó los esfínteres, esforzándose por simular un pedo accidental, intentando decorar el terror que había sembrado con el sentido del olfato. Pero no pudo ser…

—Es que… no tenemos mucho espacio aquí, Rogelio.

—Pues a mí me parece que el sitio es bastante grande. Y seguro que cuando salga el sol va a parecer más grande todavía…

—No, Rogelio, pero acá viven por lo menos cincuenta gatos más… Ahora se fueron por ahí pero van a volver mañana…

—Ah, buenísimo. Más allá de mi incontinencia, lo cierto es que no me importa para nada la compañía.

Draco empequeñeció los ojillos, y prosiguió:

—Me muero por conocerlos…

Gélido silencio…

—Rogelio, pero ¿no te importa estar entre gatos?

—¿Entre gatos de mierda? —suplicó otra voz felina por ahí.

La respuesta de Draco quedaría por siempre en suspenso, porque Hércules decidió cortar por lo sano.

—Basta. Invitémoslo a pasar y pensemos en una solución a esto.

Uno de los gatos más rebeldes no pudo evitar sentirse ofuscado:

—¿Y si simplemente lo corremos a los zarpazos?

—No —contestó Hércules—, no lo vamos a correr, porque estaremos mudando el problema a otros gatos… U otros perros.

El inmenso san bernardo contempló con gravedad a Draco, y prosiguió:

—Gatos o perros que probablemente no puedan echarlo.

Draco torció la boca y sacó el labio inferior, gesto de quien poco le importa nada. Dijo:

—De hecho, vine porque dos perros me derivaron para acá.

—¿Y qué pasó con ellos? —preguntó una voz entre la nutrida audiencia felina.

—La verdad es que no tengo idea —contestó, arrugando la frente—, pero es probable que uno de ellos esté en el veterinario. —Draco entrecerró los ojos, pensativo, y añadió—: Con pronóstico bastante reservado. Creo, no sé…

Aquello fue suficiente para reafirmar la decisión de Hércules.

VII

T E L E G R A M A F E L I N O

(ALERTA A TODOS LOS GATOS DE PALERMO AL OBELISCO, HACIENDO CIRCUNFERENCIA CON VILLA CRESPO, CABALLITO, ALMAGRO, BALVANERA, BOEDO, MONSERRAT Y GATOS ACOMPAÑANDO A SUS HUMANOS EN EMBARCACIONES EN EL RÍO DE LA PLATA).

E S T O-N O-E S-U N-S I M U L A C R O.

REPETIMOS:

E S T O-N O-E S-U N-S I M U L A C R O.

TENEMOS UN ARMA DE DESTRUCCIÓN MASIVA EN EL JARDÍN BOTÁNICO. GATOS DE LA NOCHE / FELINOS VIAJEROS ABSTENERSE DE VENIR HASTA NUEVO AVISO.

VIII

Lo llevaron al invernadero. Draco levantó la cabeza todo lo que pudo para mirar la estructura hecha casi enteramente de cristales. Arriba, la luna brillaba pálida y ominosa. Su luz espectral se colaba entre el banco de nubes.

En un raro momento de inflexión, Draco se puso a pensar en San Isidro. En los perros de por allá… incluso en Lulú,(8) y en qué estarían haciendo todos ellos ahora…

De pronto, volvió en sí.

—¿A qué hora voy a comer? Tengo hambre.

Hércules y los gatos dialogaban en un círculo cerrado fuera del invernadero. A pesar de que un gato levantó la cabeza para mirarlo, no le contestaron y siguieron dialogando entre ellos. El obeso rottweiler les echó una agria mirada.

Un gato hablaba acaloradamente. Lo interrumpió otro. Hércules hizo una acotación rápida. El gato le dio la razón. Otro se fastidió…

—También tengo sed.

Otro felino levantó la cabeza para verlo unos pocos segundos. Como antes, fue ignorado. El concilio continuó…

Draco se sentó y arrugó la cara, mirando a las plantas ubicadas de un extremo hasta el otro.

Se quedó callado, meditabundo… con los ojos perdidos en la nada absoluta, su cerebro en estado de suspensión.

—Este lugar es una mierda —dijo entonces, volviendo en sí.

Ahora no era un gato el que le echaba una mirada momentánea. Ahora tenía la atención de todos.

—Vení —le dijo uno de ellos, secamente.

Draco estuvo a punto de sugerirle que mejor vinieran ellos porque ya se había sentado… pero hasta él podía sentir, tras la gruesa capa de grasa, que el ambiente estaba tenso. Y que su conducta en estos momentos influiría enormemente en su suerte.

Draco se acercó, y los gatos le abrieron paso.

—Sentate en el centro —le ordenó otra voz.

Hércules lo miró con tolerancia. Sobresalía como una torre. La escena era ceremoniosa… al menos hasta que Draco dejó caer su culo pesadamente.

—Está claro que te tenemos que dar un hogar —reflexionó Hércules —, cosa que no es fácil. —El inmenso san bernardo miró reflexivo hacia las estrellas—. Así que entre todos exploramos opciones para vos —prosiguió—, y en pos de ello, hemos reunido la sapiencia de todos estos gatos quienes, a pesar de tu actitud, están dispuestos a ayudarte. —Hércules paseó su mirada suavemente sobre todos y cada uno de ellos —. Cada gato es un pequeño tesoro de conocimientos, de sabiduría de la calle y de la noche. Y juntos hacen una red de información de inimaginable utilidad. Saben todo lo que hay que saber. Accediendo a ella, tenemos varias opciones para vos. Escuchá con atención. —Draco escuchó…—. Para empezar, hay un barbero que trabaja en una avenida que queda a treinta cuadras. Los gatos han notado que el tipo se halla triste y solo, y podría querer adoptar a un perro adulto como vos. Por el cementerio de la Chacarita vive un niño ciego que ama a los animales. Es pobre y muy dulce. Los gatos lo van a visitar un montón, y creo que… —El san bernardo giró los ojos, meditabundo— tu presencia no solo le haría bien a él, te haría bien a vos. —Se aclaró la garganta y siguió—: En el Parque Centenario se reúne casi todos los días un grupo de personas que van a hablar. Ya sabés, cosas de seres humanos. Eso no importa. Lo que importa es que los gatos saben que son excelentes personas. Preocupadas por la naturaleza, los animales. Los fines de semana se sientan en círculo sobre la grama y tocan la guitarra. Es algo muy lindo. Y como ellos ya ayudan a varios perros en situación igual que la tuya, y hasta les consiguen hogar, estamos completamente seguros de que no solo te alimentarían y te darían mucho amor, sino que además se esforzarían por conseguirte una casa. Quizá uno de ellos te adopte. Y… eso es lo que tenemos por ahora.

Se hizo el silencio…

Y durante ese silencio, cualquiera habría podido jurar que la temperatura se hizo más gélida y el aire, más espeso…

Hércules y los gatos miraron a Draco. Draco los miró a ellos.

El silencio se prolongó.

La temperatura bajó aún más…

El rottweiler entrecerró los ojos con odio. Todos lo observaron atentamente, intentando descifrarlo… hasta que entonces Draco exclamó:

—Escúchenme, la recalcadísima concha de sus madres, ¿por qué no

se van un poquito a la puta que los remilrecontrasuperparió? —Aquello tomó por sorpresa absolutamente a todos—. ¿Ustedes se creen que yo voy a conformarme con un barbero cara de pija, un niño de mierda o una horda de *hippies*? ¡NO!

Los gatos comenzaron a desfigurar sus rostros en una amalgama de asombro e ira que era horrible de ver… Dados los colgajos de piel en todo el rostro del san bernardo, uno no podía notar su expresión, pero lo cierto es que estaba hiperventilando…

—¡A mí me consiguen algo digno! —demandó Draco—. ¡O si no, me quedo! —Entrecerró los ojos, mirándolos con maldad diabólica—. ¿Creen que me conocen? —siseó bajito, obligando a todas esas orejitas puntiagudas a girarse—. ¡PUES NO HAN VISTO NI LA TERCERA PARTE! —gritó entonces.

—¡PERO QUÉ CREÉS, PERRO DE MIERDA!
—gritó impulsivamente un gato.

Todos los gatos comenzaron a gritarle al unísono a Draco, y este respondía a su vez en un pandemonio descosido que se prolongó lo suficiente como para que animales de cuatro cuadras a la redonda pudieran escuchar la trifulca. Eso hasta que Hércules alzó la voz:

—¡BASTA!

No tuvo que repetirlo. Con la primera vez bastó. El silencio fue paulatino, pero rápido. Todos miraron al gran san bernardo, mientras este giró su cabeza hacia Draco.

—Abusaste de nuestra hospitalidad, de nuestra buena fe, y peor aún: de nuestra bondad —gruñó lenta y gravemente—. Sos una basura, una desgracia para los perros.
—Draco puso cara de dignidad, mientras la cabeza de Hércules se arrugaba más, y mostraba los colmillos enormes y blancos—. La primera vez me diste lástima. Ahora me inspirás desprecio. Sos un desalmado, y un ser repulsivo y grotesco. —Draco estuvo a punto de decir algo, pero fue callado abruptamente por Hércules, que se adelantó —. ¡SILENCIO! Mi buena voluntad no me permite dejarte tirado como lo merecés. No por quienes se topen ante semejante desgracia andante, ante semejante fracaso de la creación —gruñó, con recalcado aborrecimiento—, sino por vos, ¡perro infeliz! ¡Te destierro de Buenos Aires! ¡Sé que hablo por todos cuando digo que no queremos volver a verte más! —Cuando todos los gatos giraron la cabeza en rotundo, irrebatible, tajante y categórico asentimiento, Draco se olvidó súbitamente de la respuesta perfecta que se le había ocurrido a todo aquello. Y no le quedó más remedio que escuchar la sentencia—. Te vamos a llevar hasta la terminal de Retiro, y una vez ahí, ¡te irás para siempre de esta ciudad!

8- *Escape de San Isidro.*

IX

La misión había recaído en un gato veterano de nombre Albert. Draco le había preguntado con disgusto si era yanqui, a lo que Albert contestó que no, que era un gato de Barcelona. Nuestro perro giró los ojos con desgano.

Salieron a un extremo del Jardín Botánico desprovisto de plantas. Era un pequeño rectángulo de tierra. Albert urdía un plan dibujando cosas sobre la tierra. Su único ojo estaba entrecerrado y sus bigotes se meneaban suavemente al compás de la brisa…

—Si queremos acortar el camino, tenemos que arrastrar a esta compota de mierda por el zoológico.(9) La terminal de ómnibus de Retiro queda lejos… pero puede hacerse.

Draco enarcó una ceja.

—No necesito que nadie me arrastre.

Albert hizo caso omiso. En cambio, observó pesadamente a Hércules, quien se masajeaba la mandíbula con una pata, mientras las mangas de carne arremolinadas alrededor de sus cejas y mejillas se deslizaban suavemente.

El viento meció una farola semiinclinada cuya luz parpadeaba irregularmente.

—Tendrá que hacerse esta misma noche —sentenció Hércules—, mañana, cuando comience a aparecer la gente, será imposible.

El veterano felino asintió, y entonces giró la cabeza hacia Draco.

—¿Qué tan rápido podés caminar, albóndiga de estiércol?

Las implicaciones de aquella pregunta llenaban de tal pesadumbre a Draco que hasta se olvidó de ser recíproco con la ofensa. Contempló a Albert largamente.

—A decir verdad, yo no camino. Hace mucho tiempo que no lo hago… —Todos los ojos se posaron rápidamente sobre él; este sintió sin demora el peso de tener que ofrecer una explicación—. Yo en realidad me «desplazo». Es distinto. La gente lo confunde fácilmente, pero son

dos cosas diferentes. —Draco miró hacia las estrellas con expresión intelectual—. Es algo así como lo que se halla tres o cuatro peldaños más abajo de «caminar», y uno por encima de «renguear». «Desplazarse» es lo que hacen los perros como yo.

—Los cetáceos peludos como vos… —terció Albert.

Draco entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos canicas cargadas de mala leche:

—¿Sabés qué pasa? Que cada vez que cogemos, tu madre me da una medialuna con muchas calorías.

El gato frunció el ceño. Pero no pasó a más.

—Me comprometo a dejarlo en la terminal antes de que amanezca —dijo entonces a Hércules—, pero tendrá que moverse más rápido de lo que acostumbra.

—Y una vez allá —interrumpió Draco—, ¿habrá comida? ¿Alguien que me cuide? ¿Pensaron en todo eso?

—Será el principio de tu aventura, barril de pus —terció Albert—. Te meterás de polizón en un ómnibus adonde vos elijas que te lleve. Te irás de Buenos Aires, ya te lo dijo Hércules.

Hércules se frotó la cara con culpa. Draco lo miró con satisfecha maldad.

—Te pesa deshacerte de mí, ¿verdad? No saber qué será de mí, ¿no? Recaerá en tu conciencia por siempre.

—A decir verdad, lo que me pesa es dejar tu destino al azar. Es como echar una bomba termonuclear sin saber dónde —se lamentó el san bernardo. Se rascó la parte trasera de su cráneo una última vez, contemplando el mapa dibujado en la tierra, y entonces exclamó—: Andando ya. No pierdan más tiempo. Albert, te lo encomiendo.

El felino barcelonés asintió con determinación.

—Andando, cachalote.

Draco lo siguió en silencio por el sendero que llevaba hacia la salida del Jardín Botánico, de vuelta al espectral juego de luces infinitas y penumbras de Buenos Aires durante una noche de invierno.

Hércules y todos los gatos se hallaban sentados, y los miraron marcharse.

Antes de pasar por el arco, el rottweiler se detuvo, giró su enorme cabeza, y les lanzó una última mirada llena de maldad vasta, inusitada y cósmica, y les dijo:

—Algún día volveré.(10)

9- Esta historia, obviamente, tiene lugar en una época en que el zoológico de Buenos Aires aún existía.

10- Aquellas angustiosas palabras inspiraron a un gato católico a añadir un verso

nuevo en el Nuevo Testamento felino. Último libro de San Garfield: Apocalipsis.

X

Rodearon el Jardín Botánico, y no tardaron en llegar a los predios del zoológico. Para Albert fue increíblemente fácil saltar un muro y deslizarse elegantemente entre dos rejas. Draco, sin embargo, fue otra historia. Albert tuvo que conseguirle una reja rota que, con mucho esfuerzo, logró levantar con dos patas mientras el enorme perro se deslizaba por debajo, haciendo temblar todo el cerco aparatosamente.

—¿Y para qué coño tenemos que entrar al zoológico?

—Porque así nos ahorramos al menos cuarenta minutos de trayecto —contestó Albert, tolerante. Caminando hombro a hombro, giró el cuello para echarle un vistazo con su único ojo felino, ahora cargado de divertida maldad—. No te da miedo este lugar, ¿verdad? Verás a muchos animales grandes, quizá alguno esté despierto a esta hora…

Draco giró los ojos con desgano.

—No temo a las bestias —refutó—. ¿Sabías que una vez, en San Isidro, había un lobo al que hice rerereremierd…?

Se escuchó un rugido alargado, que cortó el silencio de la noche como un sablazo brutal capaz de echar abajo a un árbol.

Draco se detuvo en seco. Hocico entreabierto, ojos abiertos, pelaje erizado. Huevos encogidos.

—Un lobo —repitió (casi de hecho remedó) Albert, burlón—, ya veo.

El rugido se repitió, esta vez más largo y profundo. Draco pensó por un momento que hasta los pájaros en vuelo podrían haber escuchado eso sin ningún problema. Albert se detuvo y giró la cabeza por sobre su hombro para echarle un vistazo al perro. Parecía que estuviera intentando contener las ganas de reír.

Pero por más que el chiste fuera divertido, aquello estaba retrasando la marcha. El gato decidió ponerle fin al misterio.

Desvió el paso, y trepó hasta un muro con barandales.

—Aquí, globo de caca. Asomá la cabeza.

Draco lo miró con desconfianza, pero obedeció. Se acercó y

entremetió la cabeza entre los enormes tubos de seguridad. Al fondo, la luz de la luna dejaba ver un pequeño lago, grama, un par de árboles, y ahí, donde se veía mejor, un enorme león.

—¡Ahhh! ¡Es un león! —repuso Draco, como si siempre lo hubiera sabido—. ¿Qué altura hay?

Albert se dio la vuelta y comenzó a caminar lentamente por el borde.

—Demasiada como para que pueda trepar hasta acá. Los humanos saben lo que hacen. No son tan estúpidos.

La bestia meneó su melena y levantó el morro para dejar salir otro inmenso rugido.

—¡Eh! —exclamó Draco—. ¡Comportate que bajo y te cago a trompadas!

El león miró en dirección a ellos.

Pasaron varios segundos de frío silencio que fueron apenas interrumpidos por el gemido de la brisa. Draco y Albert observaban expectantes hacia abajo.

El enorme animal sacudió su melena otra vez, y se aclaró la garganta.

—Buenas noches… —dijo.

Más silencio. Luego de otro poco tiempo de cortés silencio, prosiguió:

—¿Me ayudarían, por favor, a salir de aquí?

Sonrió suavemente, cuidando de no mostrar sus colosales colmillos. No quería asustarlos.

Albert pestañeó con su único ojo, y meneó la cabeza pesadamente, con sabiduría…

—Vámonos.

Draco, sin embargo, no se movió de donde estaba, sino que comenzó a hablar:

—De acuerdo, suponiendo que te vayamos a ayudar. ¿Qué hay que hacer? ¿Es muy complicado?

El león sonrió.

—En lo absoluto. El cuidador suplente es un borracho, y se le olvida pasar la llave. Solo tienen que bajar unas escaleras y deslizar el pestillo de seguridad de la reja. Eso bastaría…

A Albert se le enarcaron los pelos del lomo.

—¡Dejalo ya, Rogelio! ¡Vámonos!

—Ustedes siempre dicen que yo soy un hijo de puta, que soy horrible, que soy lo peor, que soy esto y que soy lo otro. Pues bien, hoy quiero hacer algo bueno. Lo ayudamos a salir…

—¡No seas estúpido! —chilló Albert.

—Callate —contestó Draco—, no te metas. Los animales salvajes estamos hablando…

—Te digo dónde están las escaleras —intervino, gustoso, el león—. Caminá hacia la caseta de grava, ¿la ves? Ahí hay una puerta que no cierra bien. Escaleras abajo está la reja…

A Draco le costaba ver en aquella oscuridad que, encima, era húmeda. Las luces amarillentas y blanquecinas de los edificios eran manchas difusas tras la niebla. Pero eventualmente halló el lugar indicado.

Albert saltó del muro y le hizo frente a Draco.

—¡Es una trampa, imbécil! ¡Nos hará pedazos una vez que sea libre!

—No te preocupes, yo te protejo.

—¡Sos un imbécil! —gruñó, al borde de la histeria.

La gorda cabeza del rottweiler se asomó nuevamente entre los barandales.

—Oíme, si te dejamos salir, ¿nos vas a hacer daño?

El león sonrió cándidamente.

—Por supuesto que no. Además, si intentase algo, vos siempre podrías «cagarme a trompadas», ¿verdad?

Draco dio por zanjada la situación.

—Lo liberamos.

Aquello sacó de quicio a Albert, que hizo equilibrio con sus patas traseras, usando las delanteras para agarrar con fuerza las mejillas de Draco y estirarlas como *pizzas*. La cara del can parecía, involuntariamente, preparada para un papel estelar en una película de terror.

—¡Es una trampa, perro estúpido! ¡Te digo que si lo dejás libre, te va a partir en dos! —gritó—. ¡EN DOS!
—repitió, pegando su frente contra la de Draco.

—Me estás haciendo daño…

Albert lo soltó. La cara de Draco demoró en volver a su lugar.

—Yo entiendo de esto porque he leído al respecto. No va a hacernos nada. Ahora hacete a un lado.

—¡No entendés nada, cretino! ¡Si entendieras, no se te ocurriría semejante estupidez!

—Te digo que he leído al respecto —insistió Draco, con paciencia.

—¡¿Pero qué mierda leíste, perro ridículo?!

—*Luna de Plutón*.

—¡Andá a cagar!

Albert trepó por un árbol lo suficientemente alto, y echó una mirada de disgusto gatuno al perro.

—¡Hacé lo que quieras, tarado!

Desde arriba, podía verse cómo una morcilla con patitas se movía hasta una semicúpula de grava, desde donde un portón viejo, ignominioso y oxidado golpeteaba suavemente por la brisa. Antes de desaparecer a través de él, Draco se giró y dijo, como si fuera cosa elemental:

—Va a estar tan agradecido con nosotros que nos protegerá de todos los peligros hasta que lleguemos a la terminal de ómnibus.

—*Tros de quòniam*(11) —exclamó con hastío Albert ya desde una rama muy alta, dándole la espalda.

Draco usó su voluminoso cuerpo para abrir la puerta, de modo que la luz de la luna llenara lo más posible las escaleras que descendían hasta la reja del fondo. El aspecto que tenía era horrible.

Comenzó a descender con cuidado. Involuntariamente su pata pateó el cadáver de un ave casi en los huesos y bastante pisoteada que se hallaba al borde de un escalón. El cuerpo del animal revoloteó y cayó en la oscuridad.

El perro se permitió una pausa más prolongada. Respiró profundo, deseando con todas sus fuerzas que la brisa no volviera a entrecerrar la puerta, y siguió descendiendo, poco a poco. Casi como si fuera un cachorro aprendiendo a bajar las escaleras.

Miró con atención la reja. Tras ella había neblina, y las sombras alargadas que se traspapelaban de más allá. Lo inundaba un sonido húmedo y profundo. Algo parecido a lo que se escucha dentro de la cáscara vacía de un caracol.

Volvió a descender otro juego de escalones. No podía ver, ni percibir al león por ningún lado. Pero mientras más bajaba, mejor podía ver lo que había más allá de la reja, y era, inequívocamente, la guarida del león, tal cual la había visto desde arriba…

Lo último que pudo ver Draco con claridad, antes de estar envuelto en la oscuridad, fue la propia condensación vaporosa de su aliento. Echó un último vistazo hacia arriba. La puerta cortaba la luz por la mitad. Parecía lejana.

El perro suspiró. Y giró el cuello para mirar de vuelta hacia la reja. Era alta, muy muy alta, y emitía un augurio que no sabía descifrar. La brisa sopló nuevamente allá afuera, y la puerta se movió, emitiendo un gruñido seco e inmundo.

—¿Albert? —llamó Draco, con timidez.

—Muchas gracias.

El perro dio un respingo. Aquel no era Albert. Era el león. Su voz se escuchaba mucho más cerca. Pero no solo mucho más cerca… Había algo que lo hacía… distinto.

Se escuchaba mucho más cercana. Y se dio cuenta de que era grave,

e inmensa. Si a aquella bestia se le daba por gritar, lo iba a dejar sordo.

Era algo interesante en que meditar, de no ser porque había algo que interrumpió su tren de pensamientos; no podía verlo. No veía al león.

Tenía que poder hacerlo desde ahí. Pero no. No estaba exactamente tras la reja.

Draco bajó con esfuerzo otro juego de escalones. Ya estaba llegando…

—Contá con que te voy a proteger. Yo te voy a cuidar —afirmó, con voz suave y melosa—. Estaré en deuda, noble can.

Draco bajó el último tramo de escalones que lo separaban del momento de la verdad.

—¿En serio me protegerás?

—En serio…

Levantó la mirada hacia el pestillo de la reja. En efecto, a algún humano se le había olvidado echarle el candado. Y —pequeño detalle que Draco ignoraba— la pata del león era simplemente demasiado grande para colarse entre las rejas, y hacer el trabajo de deslizar el pestillo. Ese trabajo tenía que hacerse desde afuera. Y enseguida fue Draco quien lo hizo.

Le costó un poco, porque el grado de oxidación del metal era considerable. Pero no fue nada que un par de meneos y la fuerza de un perro no pudieran resolver. Luego de un desagradable chirrido que le hizo temblar las orejitas, el pestillo se deslizó toscamente hacia el lado contrario.

La reja quedó abierta.

Y casi como si aquello hubiese sido una respuesta automática, un hecho instantáneo, la consecuencia luego de haber presionado algún horrible botón grande y rojo, el león apareció.

Se movió desde detrás del muro donde se estaba escondiendo, empujó la puerta y se plantó delante de Draco.

La bestia se había estado escondiendo porque era inteligente.

Porque sabía que, en lo que el perro se percatara de su tamaño real, cambiaría de idea. Y la cara que puso Draco al levantar la cabeza y mirarlo evidenció que, sin duda, no se equivocaba.

No se equivocaba en lo absoluto.

El gato de un solo ojo se estaba retirando lentamente por el techo de un kiosco… cuando entonces, sus orejas se alzaron al oír una súplica…

—¡ALBERT, AYUDAME!

11- Traducción del catalán: «¡Pedazo de estúpido!».

XI

El león se relamió.

—¿Qué sucede? —preguntó suavemente.

Draco se hallaba petrificado. Por un momento temió a algo casi tanto como a aquella bestia colosal… y era que por un momento creyó honestamente, con absoluta, brutal, cruda, comprometida certeza, que estaba sufriendo un infarto…

No, aquel sustazo le habría de restar semanas de vida. Pero no iba a sufrir un ataque. Su corazón dio, sin embargo, un salto tan grande que se sacó de encima una loncha de grasa, la cual descendió lentamente por el torrente sanguíneo, golpeando cada costilla al caer.

Mientras tanto, allá afuera, en la semipenumbra, el rottweiler sentía un frío mortal matándolo lentamente.

—Ahhhh… —gimoteó Draco.

—¿Sí?

Draco no quiso decir nada. Pero el león arqueó una ceja de manera interrogativa.

—¿Me podrías proteger ahora? —imploró, con un hilo de voz casi irreconocible.

—¿Protegerte? —preguntó, gravemente—. ¿Cuándo dije yo semejante cosa?

Presionó una garra contra el dedo pulgar y le dio un capirotazo a Draco en la frente.

—Nunca dije eso… hmmmm…

El león acercó la cabeza a la suya, meneándola suavemente hacia la izquierda.

—¿Cómo te llamás?

—D… Draco —contestó tartamudeando—. Me llamo Draco.

—Te llamás Mierdecilla —sentenció el león, satisfecho—. Como decía, nunca dije tal cosa, Mierdecilla. ¿O sí lo hice? ¿Decís que sí lo hice?

El perro abrió la boca estúpidamente. El león comenzó a andar.

—¿Mierdecilla?

—S… ¿Sí?

—Movete, no quiero pisarte.

Draco se echó a un lado. El león meneó la cabeza.

—No, Mierdecilla… Vos subís también.

Draco comenzó a patirrenguear escalones arriba con premura y el culo encogido. Gimoteaba penosamente.

—¿Por qué gritaste hace rato? ¿Quién es Albert, y por qué pensás que te puede ayudar? ¿Era la cosita pequeña y tuerta con la que ibas?

Draco contestó con un sollozo patético, tratando de no resbalar, evidentemente demasiado aterrado para siquiera coordinar adecuadamente su ascenso a tiempo para no interrumpir el paso del león.

—Qué extraño. Una cosita pequeña, fea y tuerta acompañando a alguien de tu clase… A un… ¿un?

—Perro —se lamentó Draco, temblando.

—Perra —corrigió el león—. Una cosita pequeña, fea y tuerta acompañando a una perra como vos. Es raro… es raro.

La plancha de hierro oxidada dio un tosco portazo cuando Draco la empujó torpemente con la espalda. Finalmente estaban afuera.

La bestia respiró tan profundo que se llenó los pulmones. Era la libertad.

—¡Oíme!

León y perro miraron al unísono hacia arriba. Albert se hallaba justo encima de ellos, sobre la rama de un árbol.

—¿Cómo te llamás? —interrogó airadamente al león.

La bestia entrecerró los ojos con rabia contenida.

—No es de tu incumbencia.

—En ese caso, si preferís no tener la cortesía de decirme tu nombre, te pregunto lo siguiente: ¿no te da vergüenza?

Draco se tapó la boca con una pata. Su rostro estaba más cadavérico que nunca. Era como si una fuerza invisible le tirara el pellejo hacia atrás. Suplicaba con toda la fuerza de sus pensamientos que el gato se callara.

—Ese perro te ayudó a salir de tu claustro. Evidentemente, no tenés hambre, ¿por qué no lo dejás ir?

El león entrecerró los ojos y gruñó:

—Mierdecilla me entretiene.

Albert entrecerró su único ojo.

—De acuerdo, te entretiene. ¿Y cuándo te cansarás y lo dejarás en paz?

—Me cansaré cuando me dé hambre…

El león terció la cabeza hacia Draco.

—Y lo dejaré en paz cuando sea un montón de huesos debajo de un árbol.

El perro tuvo que hacer un esfuerzo casi divino para no desmayarse.

—Quizá solo pida prestada una de sus costillas para limpiarme los dientes.

Albert giró las orejas hacia atrás. Él estaba convencido de que aquello desembocaría en muerte por partida doble. El perro sería devorado y el león caería, sin duda, envenenado por algo más nocivo que el cianuro si tan solo probara un bocado de Draco.

El león se sorprendió cuando Albert se lanzó sobre una rama más baja, luego otra más baja aún. Trotó en sentido vertical por el tronco del árbol y, finalmente, saltó con elegancia al piso.

—Pues yo sigo pensando que lo que hacés es artero, y cobarde, león sin nombre.

Los ojos del león se encendieron. Primero se hicieron más amarillos, y luego, sus pupilas se convirtieron en puntitos diminutos. El material del que estuviera hecho su iris parecía estar ardiendo.

—¿Qué dijiste?

—Lo que escuchaste —lo desafió Albert.

La bestia dio un paso adelante. Era tan enorme que aquello equivalía por lo menos a cinco pasos de Draco. Ya solo con eso, estaba *demasiado* cerca del gato.

—No te temo.

El león bajó la cabeza hasta que su mentón estuvo cerca de la grama. Miraba al gato de una manera espeluznante, terrible.

—Quizá fue una vieja imprudencia la que te arrancó un ojo…

El gato lo miró con dignidad.

—Pero esta nueva imprudencia te costará el cráneo, el cuello, las vértebras, la espina, las costillas, las tripas, el corazón… la carne —prosiguió la bestia, saboreando cada palabra, profetizando más que amenazando—. Mierdecilla, qué afortunado sos, podrás echar un vistazo a lo que te ahorrás de momento por no ser imprudente como este pequeño tuerto estúpido.

Sin embargo, el poderoso rey no escuchó el gimoteo de Mierdecilla.

Escuchó, en cambio, un par de pedorretas de Mierdecilla.

—¿Mierdecilla?

Giró la cabeza, solo para percatarse de que Draco hacía rato había comenzado a correr. Lo último que el león vio antes de perder de vista al perro fue una morcilla gorda y temblorosa desaparecer tras unos arbustos.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

Rugió, y dio un feroz manotazo a Albert, arrojándolo violentamente contra el árbol del que había saltado hacía poco…

XII

—Y entonces eso fue lo que pasó… —explicó Draco entre gemidos lamentosos.

—Ya veo…

—¡Yo le advertí a ese gato estúpido que no lo hiciera! ¡Que no liberase al león! ¡Que la idea era increíblemente ridícula! Pero no me escuchó… ¡Y mirá el embrollo en el que se metió!

—Y sí…

Draco gimoteó y se masajeó las sienes con consternación.

—Pero tengo la esperanza de que siga vivo. De que haya conseguido escapar por los pelos. Y si es así, el león ese lo debe seguir acechando aún.

—Simba. Ese es su nombre. Lo odia.

—¿Se llama Simba?

Draco estuvo a punto de encontrarle la gracia al asunto. De hecho, estuvo cerca de reírse. Pero se despabiló pronto. El pesado predicamento lo oprimía.

—Los humanos no tienen muchas luces. Así que… ya sabés.

—Como sea… si te saco de acá, ¿creés que podrías ayudarme? ¿Sería posible? —imploró Draco.

—Bueno… —contestó el tigre de bengala, tras los barrotes.

XIII

El león asomó su cabeza muy despacio por el borde de la pared. Era deliberadamente lento, porque le producía placer jugar con el miedo de su víctima.

Albert rengueaba de manera penosa. Intentaba no hacer ruido, pero era difícil porque jadeaba, y jadeaba porque respirar le era casi imposible. Tenía rotas varias costillas y, lógicamente, tomar aire era un calvario. Y ahora se sentía asfixiado. Su ojo bueno estaba cansado y entrecerrado. Miró tras de sí. La sombra de la bestia se estiraba largamente. Era cuestión de segundos antes de que lo encontrara…

—Gatito sin ojo, ¿dónde estás? ¿Dónde te has metido?

Miró hacia el estrecho pasillo de la cocina. El gato no se hallaba ahí. Pero no podía estar demasiado lejos. Él lo sabía.

Minutos antes, Albert había conseguido incorporarse y, echando mano de una voluntad extraordinaria, había conseguido correr y saltar hacia una ventana. Ya una vez en el alféizar, se dejó caer hacia adentro, rendido. Era uno de los restaurantes del zoológico.

Rebotó contra una mesa y de ahí cayó al piso, llevándose con él varias ollas que hicieron un sonido horroroso, el cual contribuyó todavía más a su dolor de cabeza.

Albert se levantó como pudo, sollozando en silencio. Pocos segundos después, el león tiró con facilidad la puerta de atrás.

Ahora se hallaba aplastado debajo del horno. Su pelaje se llenó de grasa y telarañas. Varias arañas corrieron haciendo un sonido como de huesecillos tocando las teclas más finas de un piano. Ahogó un gemido de dolor. Pudo sentir sus huesos crujiendo.

—¿Dónde estás? Quiero apretar tu pescuezo hasta que el otro ojo haga «*pop*».

Albert miró hacia atrás con terror. Luego volvió su mirada hacia adelante, arrastrándose todo lo que pudo, más profundo, más… más… mientras escuchaba las pisadas retumbantes del león, aproximándose…

¿Podía meter la pata en el espacio entre el suelo y el borde del horno lo suficiente para tomarlo de la cola, y tirarlo hacia afuera? Su mente titilaba. Era como si su mundo se apagara y encendiera. Albert sabía que estaba cerca de quedar inconsciente.

Hizo un último esfuerzo para estar a salvo. Se arrastró otro poco más. El espacio era demasiado estrecho. Aquello pasó factura; dio una sacudida de dolor. Los destellos de suplicio sobre sus nervios eran como fuegos artificiales.

—Te huelo… —canturreó el león—. Te huelo y escucho tus huesos rotos.

Se detuvo y levantó la cabeza. Miró aquel paisaje tan estrafalario para él como lo era una cocina humana. Podía ver bien en la oscuridad… Sus ojos felinos estaban dilatados.

—Me pregunto si te rompí la espina.

Caminó otro poco, acercándose, mientras que Albert se ahogaba. La tentación de tomar un respiro profundo era grande. Pero la erupción de dolor que aquello provocaba lo haría desmayar. Tenía miedo de que eso pasara.

—No, no lo hice —se contestó a sí mismo—. No podrías moverte tanto con la espina rota. Pero sé que estás malherido.

Albert cerró los ojos. Era desesperante inhalar negándose el tan necesitado oxígeno. Y aun ahorrándose un universo de dolor, tan solo ese tropel de jadeos patéticos le ardían.

—¿No querrías terminar ya con este dolor? Vamos, prometo aplastar tu cabeza rápidamente…

Albert echó una mirada breve hacia arriba. Hacia la negrura claustrofóbica del techo que lo compactaba miserablemente. Una mirada que lo hizo parecer el mártir felino de alguna religión. Sus ojos estaban húmedos. Su pupila extraviada en todo y la nada.

—Podrías contestarme, después de todo, ya te encontré…

El león tenía media cara apoyada en el suelo, observándolo. El gato cerró su único ojo, y por fin, porque ya no tenía caso, comenzó a quejarse del dolor. Sollozó…

—¿Qué debería hacer? ¿Hmmm? —Albert abrió su ojo, mirándolo pesadamente—. ¿Debiera empujar las patitas de esta cosa fea y cuadrada, para que quedes aplastado debajo de ella? ¿O debería correrla a un costado, para tomarte de la panza con mis dientes, y desbaratarte?

El felino más pequeño contestó con una mueca despectiva. Un «ja» seco.

El león, acostado como estaba, contestó a aquello poniendo una de sus pesadísimas patas sobre un costado del horno, haciendo palanca…

La grasa seca debajo de las patas del horno cedió. Se movió y, al hacerlo, produjo un sonido siniestro. Albert miró con temor cómo su esfuerzo se vio estropeado. El metro y medio que había conseguido arrastrarse hacia adentro se convirtió, en cuestión de segundos, en poco menos de un metro, gracias a que toda la estructura encima de él se había movido a un costado.

—¿Sigo? —amenazó el león con feliz crueldad.

El gato lo miró con disgusto y cerró la boca. Luego se inclinó lentamente hasta recostarse. Se trató de poner lo más cómodo posible, ahí, inmundo de grasa como estaba, esperando la muerte.

Simba volvió a hacer palanca. El horno cedió. Las sartenes sucias encima bailotearon. Se deslizó hasta estar cerca del borde, esta vez mucho más cerca de Albert.

—¿Por qué ayudaste a Mierdecilla? ¿Pensás que valió la pena?

El gato abrió su único ojo, levantó el mentón, y miró al león.

—Claro que valió la pena.

El rostro de la bestia se desfiguró y volvió a tomar forma en un breve espasmo. La que tendría cualquier matón que no sabe si estar enojado o sorprendido.

—¿Valió la pena? —remedó al gato con desprecio y decepción—. ¿Acaso oyen lo que estás diciendo? —Albert tenía una semisonrisa dibujada en su sucia y demacrada tez.

El león arrugó la cara con rabia y empujó otro poco. El gato bajó la cabeza momentáneamente, golpeado por un pedazo de algo que colgaba de arriba como una estalactita. Podía escuchar los tornillos y resortes internos de aquella estructura temblando.

Miró tras su espalda, para echar un último, indiferente vistazo a Simba, antes de recostar la cabeza.

Hubo un largo silencio, en el que el gato fue evaluado fríamente por los enormes, recalcitrantes ojos del contrario.

—¿Por qué dijiste que valió la pena? —preguntó por fin. Se escuchó un nuevo gemido de agonía pura. Albert sentía que una de sus costillas rotas se apoyaba contra la pared interna de su carne—. Deberías verte. Sos una piltrafa temblorosa —afirmó, alzando la voz—. Lo decís solo para no darme el placer…

Cuando el silencio que sobrevino se hacía tan insoportable que su único fin podía ser solo terrible, el gato contestó:

—Te equivocás.

—¿Y por qué me equivoco, tuerto infeliz?

Volvió a alzar la cabeza. Su único ojo entrecerrado brillaba débilmente.

—Porque lo salvé de vos. —Carraspeó suavemente y siguió—:

Querías jugar con él hasta matarlo. Y yo lo evité.

—Y, en su lugar, ahora juego con vos, ¡idiota! —contestó la bestia, como si fuera lo más elemental y lógico del mundo.

—¿Conmigo? —Albert sonrió—. Perdí el ojo de gatito cuando un descerebrado perro intentó matar a uno de los míos. Me hizo estar orgulloso siempre. Pero no es nada frente a mi nueva proeza. Cuando salvé a un tonto perro de un descerebrado león. Debería agradecértelo. No hiciste gran cosa. Pero yo logré mi gloria a costillas de tu alma inmunda y ya estoy listo para irme. A que te jode, ¿verdad?

Simba frunció el ceño de tal modo que su cara pasó de ser cruel a deformarse en algo grotesco y diabólico. Dio una patada tan fuerte al horno que lo acabó de empujar contra una pared, volcando toda una estantería de platos, vasos y ollas al piso. Albert quedó al descubierto.

El gato volvió a hacerse rosca, esperando el fin. El león se levantó sobre él como un tren en llamas.

—¡SIMBA! —rugió una voz inmensa, colosal, desde afuera.

El resoplido de la inmensa nariz fue suficiente para acabar por despeinar lo poco que Albert tenía peinado. El aliento del león era tan caliente que tuvo que cerrar los ojos, y llegó a pensar que un pedacito de su nariz se iba a desprender hecho ceniza.

El león levantó la cabeza.

—¡SIMBA! —volvieron a rugir de afuera.

—¿Será posible? —siseó la bestia, con amarga maldad.

—¡Lo llegué a escuchar todo! —volvió a bramar, triunfal, el tigre—. ¡Salí, que te ofrezco la vida de Boñiguín por la de ese gato valiente!

La pupila de Albert rebotó de un lado a otro. Y cuando entonces dedujo lo que estaba pasando, cerró su ojo, en el cénit absoluto, más puro y beato de la mortificación.

XIV

—¡Esto no era lo que habíamos acordado! —masculló Draco—. ¡No es justo!

El enorme tigre había creado un cerco con su cola. La usaba para rodear al obeso rottweiler. Sabía que este no se atrevería a cruzar ese límite.

—¡Callate, Boñiguín! —siseó, girando su colosal cabeza y parando los pelos de su nuca. Puso los dientes muy cerca de Draco—. ¡Callate o te arranco una oreja!

Draco se encogió, haciendo de sí mismo una bola casi perfecta. Uno le hubiera podido tomar el pulso desde cualquier lado. Su corazón latía tan aceleradamente que incluso si un sordo le ponía el oído sobre el culo habría podido escucharlo.

El león se asomó con lentitud por el marco de la puerta que, hacía minutos, había derribado.

—¿Qué querés?

El tigre arrugó la cara con hostilidad.

—Ya te lo dije. Dejá ir al gato. Te ofrezco a Boñiguín.

El león ladeó un poco la cabeza, y entonces vio parte del gordo lomo de Draco sobresalir detrás del elegante cuerpo del tigre.

—¡Mierdecilla! —exclamó, con alegría—. ¡Ahí estás!

Giró la cabeza un poco, de modo que Albert pudiera escucharlo tan claramente como fuera posible:

—¿Escuchaste eso, tuerto? Tu amigo va a morir, después de todo…

El león sacudió su melena, ahíto de maldad.

—Pero… ¿para qué querés al gato?

—No lo quiero —lo corrigió el tigre—, por mí que se quede ahí. Pero prefiero que muera un… —Hizo una pausa, mirando a Draco con cruel desprecio—. Perro… a un felino.

—NO ES uno de los nuestros —bramó el león pesadamente, haciendo audible hincapié en las primeras dos palabras—. Es solo un

gato.

—¡Mis convicciones morales no te interesan! —gritó el contrario, mostrando sus dientes, cuan largos y descomunales eran.

—¡Pues él me ha ofendido! ¡No me place que viva!

El tigre lo miró primero con incredulidad, luego con creciente, desbordada hostilidad.

—¿Qué diferencia hace? Lo has lastimado lo suficiente…

—Vos no decidís eso, Tony.

—¡No me llames Tony! ¡Es nombre de cereal!

—¡Y VOS NO ME LLAMES SIMBA!

Ambas bestias rugieron al unísono. Se cuadraron y comenzaron a dar vueltas entre sí. Rugiéndose calamidades en su antigua, brutal, ensordecedora lengua guerrera. Cuando el momento de la verdad llegó, cuando el choque entre ambos era inminente, el león pestañeó.

—¿Y Mierdecilla?

El tigre frunció el ceño arrugando los belfos ante su oponente. Pero entonces procesó la pregunta y de un salto miró tras de sí.

—¡Boñiguín! —exclamó.

Y entonces, lo último que vieron de Draco fue cómo una inmensa berenjena con patitas pegaba un modesto salto entre los arbustos, y desaparecía.

XV

—La verdad es que yo quiero pensar que en este zoológico hay códigos, ¿sabés? Y más aún, que los animales salvajes no son todos unos hijos de puta. —Draco pausó un rato para explorar qué reacción causaban sus palabras al enorme animal que estaba tras la reja. Ninguna—. Supongo que son los felinos, que son todos una mierda. A pesar de que ahora mismo esté haciendo todo esto para salvarle la vida a uno. Pero ¿qué puedo hacer, verdad? Me educaron para eso. Soy así…

—Te entiendo… —contestó una voz femenina.

—Y mirá que le dije: «Albert, no le abras la reja a Simba. Es malo. No podés confiar en él». Pero nada, él va y hace la suya, como siempre. Y todavía le hago caso cuando va y me grita que busque al tigre. Y obvio, como uno es bueno, todavía ni se me ocurre reprocharle: «Te lo dije, te lo dije».

—Claro…

—Entonces… ¿Me jurás por lo más sagrado que si abro esta reja me vas a ayudar con Simba y… y…?

—Y Tony.

—Y Tony. ¿Me lo jurás, che?

—Ok.

XVI

Albert se arrastró sobre las baldosas, dejando un camino de grasa y mugre debajo de él. Afuera, dos colosales parientes felinos se disputaban su destino. Uno quería matarlo de la manera más degenerada, el otro trataba de salvarlo por todas las razones equivocadas. Y dado que el gato de Barcelona daba primordial importancia a su legado, no sabía cuál de las dos opciones iba a ser peor.

«*¿Y Draco…?*», pensó, «*¿… dónde diablos está Draco?*». Había conocido el verdadero nombre del perro cuando este se lo dijo al león.

Su instinto le dictaba que debía escapar. Pero no podía. Lo que había sucedido hacía poco, sumado al alboroto de afuera, ayudó a mitigar su dolor… pero este volvía reptando, lentamente.

Sus costillas estaban hechas añicos. Sus huesos, adoloridos. Tenía un sangrado interno. Y el dolor que palpitaba como un monstruo cada vez se hacía más grande. Respirar se lo recordaba.

—¡Es mío! —escuchó rugir al león, en el cénit de su furia—. ¡Y lo voy a matar si me place!

Dicho esto, escuchó el tropel de truenos, el estruendo de la bestia acercándose por la puerta. Pero entonces otra fuerza implacable de la naturaleza lo detuvo y se batieron en duelo nuevamente. Cayeron platos muy cerca de Albert. Cuchillos y tenedores, cucharas y espátulas también. Era el caos primordial.

Entrecerró su único ojo en una expresión de hastío, y continuó arrastrándose en dirección al pandemonio. ¿Qué importancia tenía si se acercaba y, con ello, precipitaba potencialmente su muerte? Para Albert la vida había perdido ya todo sentido. La muerte que él deseaba tener le había sido negada. Se entregaba pues al final que el chance, la vorágine y la fuerza bruta le tenían destinado. Mejor eso que apagarse lentamente en aquella cocina mientras dos bestias psicópatas jugaban a ser dioses.

El torbellino amarillo y pardo, fundidos en un duelo de consecuencias insospechadas, seguían ensañándose mutuamente bajo el manto de la noche, bajo las luces frías del zoológico. Un remolino de rugidos y un desastre de sillas y mesas rotas aquí y allá. Albert apoyó las patitas en el marco de la puerta hacía rato sacada de sus goznes por Simba, para ayudarse a hacer el último esfuerzo en salir de aquel lugar y presenciar, por fin, la guerra desatada.

Se dio cuenta de que la noche todavía deparaba sorpresas desquiciadas; un tercer rugido se sumó al duelo. Uno particularmente largo, húmedo y horrible.

Y a ese rugido lo acompañó un sillazo, que cayó —y explotó— entre Simba y Tony. Albert abrió el hocico, incrédulo.

La osa polar volvió a rugir. Estaba parada en dos patas moviendo sus enormes brazos de manera amenazante. Fácilmente superaba los dos metros y la luz de las farolas tras ella la hacía parecer una montaña. Una que hasta este punto hubiera hecho la mejor entrada posible de no ser por un demencial, desquiciado detalle: tenía una falda tutú color rosa.

—¡Winnypooh! —exclamaron ambos felinos, al unísono.

Draco se hallaba detrás de ella. El borde de la falda tutú de Winnypooh aleteaba sobre su cabeza de modo gracioso.

—¡Parame! ¿Eh? Parame que voy y los mato —ladró Draco, mirando a la osa—. ¡Voy y los cago a trompadas a los dos!

Winnypooh se puso en cuatro patas de un salto. Aquella sola acción levantó una polvareda y se sintió bajo las patas de todos.

Los ojos de Simba pasaron a la osa, luego observó a Draco (con odio y renovadas ganas de matarlo), y luego de vuelta a la osa.

—Winnypooh, ¿qué creés que…?

—¡NO ME DIGAS WINNYPOOH! —rugió, furiosa—. ¡ES NOMBRE DE MACHO!

A Simba no le quedó más remedio que callarse. Tony hizo otro tanto. Ambos se vieron las caras, incómodos.

—Quiere que la llamen Paquita —dijo Draco, asomándose detrás del enorme trasero de ella.

Paquita giró momentáneamente la cabeza para mirar a Draco, luego encaró a las bestias con los ojitos pequeños y negros arrebolados en lágrimas. Tony se mordía el labio inferior. Simba tenía los dientes apretados.

—¡Canallas! —rugió ella.

Hecho esto, comenzó a llorar. No de una manera particularmente elegante.

Los enormes gatos se volvieron a ver las caras. El león hizo un gesto.

Al tigre no le quedó más remedio que amagar un adelanto…

—Paquita, ¿todavía seguís con lo mismo…?

La reacción fue nada menos que bestial. La osa volvió a rugir, escupiendo largos hilos de baba, haciendo reverberar todo lo que se hallaba a diez metros como si fuera un terremoto.

—¿Nos querés explicar qué sucede? —preguntó Simba, intentando manejar la situación.

—¡Ah! ¡Ahora te hacés el estúpido! ¿No? ¡Qué vivos que son! —chilló Paquita—. ¡VOS SABÉS LO QUE HICISTE! —aulló—. ¡LO QUE HICIERON AMBOS! —rugió.

—Son unos hijos de puta —añadió Draco, sin tener la menor idea de qué pasaba.

Hubo un par de segundos de gélido silencio…

Tony y Simba se miraron las caras por tercera vez. La diferencia es que esta vez fue una acción conjunta y cómplice; uno puso cara de confundido, el otro meneó la cabeza como si no supiera nada. Aquella acción solo desesperó más a la osa, quien se vio forzada a explicar lo que de ninguna manera quería por ser demasiado obvio:

—¡SE OLVIDARON DE MÍ! —bramó—. ¡Me dejaron solita! —Los miró fijamente—. Cuando los cambiaron de lugar no volvieron a decirme más nada. No volvieron a ponerse en contacto. No dieron señas de vida. Nada. Como si no existiera. Como si nunca hubiéramos tenido nada. Primero vos eras mi novio y cuando te movieron no hiciste ningún esfuerzo por mandarme algún mensaje con los monos. Y después —prosiguió, mirando al otro—, cuando vos y yo fuimos novios, y te pusieron en otro lado hiciste exactamente lo mismo. Me ignoraron por siempre. Y no contestaron ni uno solo de los mensajes que envié. ¡Y sé que se los enviaron! —Se apresuró a añadir—. ¡Los monos me lo confirmaron! Me dejaron en visto…

—Paquita…

—¡GUSANOS! —rugió la osa de repente, con renovadas fuerzas.

Draco pegó un respingo. Albert cerró su ojo momentáneamente.

Hubo un breve silencio…

Sopló el viento. A lo lejos, se escuchó el solitario motor del coche de algún ebrio que conducía por la avenida… Y entonces, Simba le preguntó a Tony:

—¿Vos recibiste algún mensaje? Porque yo…

—No, no, yo no.

—¡Yo no!

—No recibí nada.

—Y yo tampoco. ¿Será posible que…?

—Los monos son unos hijos de puta, viejo. Unos tarados, hermano.

No se puede…

—No se puede confiar…

—No. No recibí ningún mensaje.

—¡Ni yo!

La osa giraba su cabeza del león al tigre, y del tigre al león conforme iban dialogando. Sus ojos se secaban
rápidamente. Draco, por su lado, entrecerró los ojos con malicia:

—Pero qué caras de pija que son… No les creo un sorete, no…

—¿En serio lo dicen? —interrumpió Paquita, ahora sorpresivamente feliz.

Tony y Simba la miraron instantáneamente.

—¡Y claro, Paquita!

La conversación continuó conforme la osa dio unos pasos adelante para estar con ellos. El estupor de Draco fue muy muy pesado, pero duró poco…

—¿De verdad creíste que te íbamos a dejar así? —preguntó Tony.

—Y a vos, ¿no te llegaron mis mensajes? —preguntó Simba—. ¿No te llegó nada? ¿Cuántos me mandaste a mí, a ver? Porque yo a vos como treinta. Seguro que el doble de lo que me mandaste a mí… ¿eh?

—Los monos son unas cagadas —insistió Tony.

—Unas mierdas. Mañana hablamos con ellos…

Decir que la sonrisa de Paquita era grande sería abusar de la modestia. Era inmensa. Obscena. Era una sonrisa con una cabeza pegada detrás.

—Ya te íbamos a ir a ver.

—Si hasta nos peleábamos por eso…

—¿En serio? —preguntó Paquita, sentada sobre sus posaderas, juntando sus dos manos—. ¿Se peleaban por mí?

—Por vos, Paquita…

—Y te queríamos llevar un regalo cada uno, pero no… Eh…

—¡No nos acabábamos de decidir quién te iba a dar qué!

—Ajá, ajá. Eso. Yo te quería regalar a Boñiguín.

—Y yo a Mierdecilla. Seguro que te ibas a dar un banquete con él.

—¿No viste lo gordo que es? Los dos pensamos lo mismo…

—Y claro… ¡Miralo! Mierdecilla parece un chancho, está bastante gord… gor… ¿Mierdecilla?

—¿Y el gato?

Tigre y león miraron a todos los costados. La osa hizo lo propio.

Y entonces lo vieron: un barril negro con patitas iba corriendo a toda prisa allá, por el sendero entre los árboles y las farolas. Draco se escapaba, de nuevo.

Y esta vez, llevaba a Albert sobre su lomo.

—¡HIJOS DE PUTA! —rugió el león, lanzándose en persecución de ambos.

XVII

—Nos persiguen, Draco. Vienen tras nosotros…
—gimió Albert, moribundo.

Al obeso perro no le dieron ganas de girar la cabeza para confirmar que lo que le estaban diciendo era cierto. Y por el sonido que hacía su asma y el constante regurgitar de sus depósitos adiposos, sabía que no le quedaba demasiado combustible. Los iban a alcanzar…

—Incluso la osa los acompaña —murmuró Albert, como si aquello fuera una profecía fatal más que una advertencia.

Draco desvió el camino entre los arbustos. Fue castigado por varios ramillazos que lo golpearon en el pecho, el rostro y los hombros. Aquello, lejos de amedrentarlo, hizo calentar ese aceite insípido ya por muchos años vencido llamado «adrenalina» que estaba muy muy en el fondo de él.

—¡Sostenete! —comandó, con energía.

Albert frunció el ceño mirándolo con amargura.

—Vamos como mucho a un kilómetro por hora, Draco…

Pero el perro no cejó en su esfuerzo. Exaltado como estaba, tiró la casa por la ventana. Echó toda su alma a paladas en la locomotora. Heroicamente aumentó la marcha a 2.2, quizá, de hecho, 2.3 kilómetros por hora…

Albert, sin embargo, comprendió rápidamente que Draco tenía un plan…

La había llegado a ver por lo menos dos veces. Una buscando al tigre. Otra, topándose con la jaula de la osa polar; era la caseta del vigilante nocturno. Aquel idiota borracho que, confiado, no se molestaba en ponerle candado a nada.

Draco comenzó a ladrar justo frente a su puerta. Eso lo acompañaba con constantes pataditas sobre la madera.

No hacía falta que Albert gritara: «¡Ya están acá!». El perro podía sentirlo. En su pelaje, en sus huesos, en sus tuétanos. Era como

electricidad. Y esa electricidad lo estaba quemando. Su corazón rebotaba enloquecido como si, aparte de ser un órgano, fuera una segunda conciencia gritando a todo lo que la cordura daba: ¡AHÍ VIENEN, AHÍ VIENEN, AHÍ VIENEN!

Pero entonces, funcionó.

La luz de la caseta se encendió. Unos resortes viejos y oxidados revelaron que alguien se levantó de una colcha. Un par de botellas vacías comenzaron a rodar por el piso. Y, finalmente, el mejor sonido del mundo: un cerrojo abriéndose lentamente, y una voz humana confundida.

Draco entonces siguió corriendo por el sendero de grava.

Apenas pudo girar su gordo cuello para mirar cómo su idea daba frutos; un hombre entrado en años, muy delgado y de piel macilenta, apareció tras una puerta, justo a tiempo para encontrarse cara a cara con un león, un tigre y una osa.

Dio un grito de terror.

Draco jadeaba más como un perro moribundo que cualquier otra cosa. Pero no dejaba de correr, a pesar de que ya no los perseguían.

Cuando finalmente salieron por el otro extremo del zoológico, ya se podían escuchar los ominosos aullidos de varias sirenas de policía…

XVIII

La caminata había sido larga y silenciosa. Albert iba sobre el lomo de Draco. De a ratos despertaba, abriendo su ojo, mirando lentamente a un lado, a otro, con sopor, confundido… y no tardaba en volver a dormirse. La mayor parte del tiempo se hallaba inconsciente.

Y hablaba en sueños. Deliraba.

«*Em cal un veterinari*».(12)

Draco intentó girar el cuello para mirarlo. El gato había comenzado a temblar otra vez.

Aquella era la Avenida del Libertador, que pronto desembocó en el Museo Nacional de Bellas Artes. Y, más allá, el Cementerio de la Recoleta.

Quizá habían sido las endorfinas, sin lugar a dudas, otra sustancia que casi se había secado en Draco, pero le alcanzaron para mantener un ritmo moderadamente decente durante toda la caminata. Las calles estaban casi completamente vacías.

Pero cuando llegó al cementerio, todo cambió.

Las enormes estatuas. Las esculturas. Las vírgenes, los ángeles, la parca. Las innumerables cruces. Todo aquello que era tan humano le resultaba particularmente ominoso, y más en la semioscuridad. Lo único que lo ayudaba a ver era la luz amarillenta de las farolas. Pero estas eran frías, tanto como el aire y el viento. Draco podía ver su aliento condensado cada vez que respiraba. Y podía escuchar la respiración agitada de Albert, que había comenzado a jadear nuevamente. Incluso en su lomo podía sentir cómo el gato se aferraba a respirar. Su caja torácica se hinchaba y deshinchaba. Aquello tenía que estarle doliendo. Mucho. Draco a veces tenía que detenerse, para dar un meneo y volver a reincorporar a Albert, que parecía dejarse caer por un costado.

Había llegado al final del cementerio. Cruzó entre varios barrotes rotos en uno de los pórticos principales. El perro se puso a contemplar

los alrededores.

Estaba tan tan tan lejos de casa…

Allá, en el que había sido su hogar de Buenos Aires. Y, mucho más allá, en el que había sido su hogar de San Isidro.

Pensarlo le creó una suerte de vacío en el estómago. Para un perro, aquello era como pensar en otro continente.

Y en ese punto, era Albert quien tenía que indicarle adónde ir. La terminal de ómnibus de Retiro no podía estar demasiado lejos, ¿verdad?

Pero el gato se hallaba inconsciente. Respiraba dificultosamente. Estaba demasiado lejos de ser un sueño pacífico. Y su cuerpo se enfriaba cada vez más…

Y cada vez más…

Draco se acostó sobre sus propias patas, y soltando un largo, penoso quejido, comenzó a rodar sobre su costado.

Albert se deslizó como peso muerto hacia la grava, soltando un penosísimo quejido. Abrió su ojo e intentó, con mucho esfuerzo, levantar la cabeza del suelo.

—Draco…

El obeso rottweiler bajó el hocico y pegó la frente sobre la reja de un local. Tenía la mirada fija hacia adentro.

—Es probable que acá haya cosas que te puedan ayudar. Lo sé porque una vez me llevaron a un lugar así. Hay medicinas.

—Draco…

Draco se asomó por el callejón contiguo y completamente oscuro al lado del consultorio veterinario.

—Draco, me tengo que ir…

Las orejas de Draco se levantaron un microsegundo. Fue como un espasmo. El perro se dio media vuelta y contempló a Albert. Verlo ahí, recostado en medio de la luz circular de una farola, en donde el resto era negrura casi absoluta, parecía demasiado para ser producto de la casualidad. Y en efecto, lo era.

—Voy a revisar algo y ya vuelvo, ¿sí? —dijo, sin mirar atrás.

Antes de caminar hacia dentro del callejón, Draco se dio media vuelta, y contempló nuevamente al gato.

—Si te morís, ¿cómo esperás que haga yo?

El único ojo de Albert parpadeó muy muy lentamente. Contemplaba a Draco con una paz casi divina.

—Escuchame bien… Para llegar a la terminal…

—No me refiero a la terminal de ómnibus. Ya sé dónde está —dijo el perro con brusquedad—. O mejor dicho, puedo oír. Oigo muchos colectivos concentrados en un mismo lugar. Tiene que ser la terminal,

¿verdad? Y hay gente, también… Es una de las pocas cosas en las que no estoy jodido, ¿sabés? La audición. Me funciona bien. Probablemente mucho mejor que la tuya. Y sé que estamos cerca. Creo que… en este punto podría encontrar el camino solo si quisiera.

Albert no tuvo absolutamente nada que refutar, o siquiera añadir. Simplemente continuó mirando pasivamente a Draco, quien observó al gato con gravedad.

—Me refiero a qué le voy a decir a esa manga de hijos de puta del Jardín Botánico, cuando vuelva para atormentarlos. Si les digo que te moriste en el camino —repuso—, me van a cagar a trompadas.

Albert no tuvo nada que decir a eso, tampoco. Volvió a pestañear, mirando al piso, mareado. No alcanzó a ver el momento en que el perro se metió de lleno en la oscuridad. En la estrecha negrura del callejón. El gato cayó inconsciente, nuevamente.

Draco caminó lo suficiente hasta encontrarse con el lote de bolsas negras, colocadas dentro de los tachos de basura. Se sentó y miró hacia arriba.

Aquel edificio tenía dos pisos. Era un consultorio veterinario enorme. Lo interesante era que desde la última ventana, en el segundo piso, salía un resplandor azulado y tenue.

Ni siquiera estando en pleno uso de sus facultades, Albert habría tenido idea de qué era eso. Y la razón era simple: él siempre había sido un animal de calle. Era como los otros del Jardín Botánico.

Pero Draco no.

Draco había pasado el noventa y cinco por ciento de su vida en interiores. Él sabía qué era aquello. Y escuchar la tenue voz de alguna celebridad internacional viniendo de dentro lo convenció.

Alguien veía televisión. O dormía con el televisor encendido. Si ese último era el caso, no habría problema… en lo absoluto. Él sabía lo que había que hacer.

Lo importante era que el dueño de aquel enorme, privilegiado lugar, vivía ahí, en la segunda planta. Sabía, por el olor, que le desagradaban los perros. Así que desechó cualquier idea de ser adoptado por él. Tampoco importaba del todo, no era su misión principal…

Albert se despertó de golpe. Fue horrible levantar la cabeza y, un segundo después, sentir el agudo, terrible, lacerante dolor que, como electricidad, nacía en sus hombros y bajaba todo el camino hasta sus caderas haciendo todo el daño posible, mordiéndolo por dentro. Podía sentir varias costillas colgando peligrosamente en sus costados, a punto de desprenderse.

Intentó, entonces, evitar los pensamientos: *«¿Si se rompen por completo y caen, le harán daño a todo lo que llevo dentro de mí?».*

Igual, ya no importaba.

Tenía que irse…

Pero era horrible tener que hacerlo con semejante bulla.

No, no era bulla, era un desquicio absoluto.

En otros tiempos, de haber sido despertado de aquel modo, habría saltado por lo menos un metro en el aire. Este era lejos de ser el caso. Al horrible, descomunal dolor que sentía, se le sumó una migraña. Giró la cabeza lentamente, mareado… intentando no dormirse.

«¿Qué demonios está haciendo Draco?».

Draco ladraba y, en un acto propio de su infinita experticia en el arte mefistofélico de «joder», estaba haciendo mucho, muchísimo ruido.

Entonces Albert lo escuchó correr, lo escuchó irse. Draco se había esfumado así sin más. Un segundo estaba haciendo un pandemonio y al siguiente, se largó, meneando su enorme panza de un lado a otro.

«Bueno…», pensó, *«… me ha abandonado, finalmente»*.

Recostó la cabeza sobre la grava, y puso los ojos en blanco, entregándose.

Empezaba a sacudirse, a temblar, otra vez.

Albert no había visto que una luz se encendía, dentro del local. El resplandor blanco emergió por entre las rendijas. No se percató tampoco de que un ser humano allá adentro abría una puerta, salía de detrás del mostrador y se acercaba lentamente, anudándose una bata…

Eran dos.

Un hombre y una mujer.

Pero él no tuvo la menor idea ni intuyó la presencia de ambos. En otro momento, con total seguridad sí lo habría hecho. Lo vería con recelo y luego pondría patas en polvorosa. Pero ahora no. Simplemente se entregó a sus delirios. A lo que, deseaba, fuera su sueño final.

Pero los humanos miraban hacia la calle, tras la vitrina. Juntos, primero con miedo, luego con alarma.

Desaparecieron de detrás de la reja. Ahora abrían una puerta diferente, a un costado del edificio.

Escucho unas voces. Una masculina y otra femenina. Eran pareja. Pero Albert no estaba en condiciones, ni mucho menos, de percatarse de nada de esto.

Sí se percató, sin embargo, cuando algo inmenso y cálido lo envolvió con cuidado, y lo levantó del suelo.

El humano lo miraba muy de cerca, tras unos anteojos circulares. La mujer se hallaba justo al lado de él. Hablaban. Albert simplemente levantó las orejas, suavemente, y los miró, cansado, mareado, confundido.

El hombre lo acunó entre sus brazos. La mujer encendió las luces del

consultorio, y se puso una bata blanca.

Un gato negro, adoptado, pegó un hábil salto sobre el mostrador. Una gata blanca, también adoptada, hizo lo mismo poco después. Ambos estaban muy interesados en ver quién estaba ahí…

Era gracioso… Ahora había llegado el gato pardo de Barcelona, que hiciera juego con ellos dos.

Pudo sentir un olor alarmante… Alcohol.

Los humanos abrían gavetas. Sacaban cosas. Botellas con líquidos. Instrumentos… Los ponían todos en fila sobre una mesa. ¿Qué iban a hacerle? El humano acariciaba su cabeza… La humana preparaba un montón de utensilios y sacaba un frasco que, ignoraba Albert, era anestesia.

Y aquellos dos mansos gatos miraban todo desde una esquina.

«¿Qué van a hacerme?».

No podían ser malos, ¿no? Después de todo, tenían a los dos gatos mejor cuidados que había visto nunca. De esos a los que un animal callejero mira con reservada envidia.

Y como sea… Ahí olía a comida… Dioses, la mejor comida que había olfateado nunca. Tanto, pero es que tanto así, que incluso en ese estado, sintió hambre…

Y juguetes, había juguetes por todos lados. Él jamás había tenido esos lujos, pero incluso ahora, de adulto…

Antes de cerrarse la puerta, y comenzar su nueva vida, Albert giró la cabeza, mirando hacia afuera…

Allá en la calle, el obeso rottweiler se escondía, pero tenía la cabeza asomada tras una pared, mirándolo.

La puerta se cerró, y jamás volvió a ver a Draco.

12- Catalán: «Necesito un veterinario».

XIX

Algo era seguro: le había mentido al gato. Él jamás regresaría al Jardín Botánico. Jamás volvería a ver a ninguno de los animales que había conocido aquella noche. Draco se marchaba de Buenos Aires.

Se hallaba bastante cansado. Tenía hambre.

Su filosofía de vida era que, si tenía que hacer el sacrificio de pasear dos cuadras y en el transcurso quemar unas veinticinco calorías, aquello debía ser recompensado con una ingesta de al menos cuatro mil calorías.

Era su código de perro.

No, de perro no… De Draco.

Pero ahora todo aquello no eran más que recuerdos. Tenía que llegar a la terminal. Pero una vez ahí… ¿Qué haría? Recién se le había ocurrido…

«Ajá, y una vez ahí… ¿qué? ¿En qué ómnibus me subo? ¿Adónde voy?».

Tan ocupado y preocupado estaba, que ni siquiera se percató del ruido que salía de atrás de una gran sucursal de electrónicos que, aunque cerrada y con las rejas bajas, mantenía los televisores encendidos.

Era el ruido clásico de un conocidísimo canal de noticias. Uno que atrapaba siempre la atención de los humanos.

EXTRA
CUATRO PERSONAS MUERTAS
SE CONTARON TRES POLICÍAS Y EL GUARDIÁN DEL ZOOLÓGICO. LOS ANIMALES QUE ESCAPARON FUERON ABATIDOS A TIROS POR AGENTES QUE LLEGARON POCO DESPUÉS…

Draco se hallaba cansado. Muy muy cansado. Ya había llegado a cierta edad en que los inviernos molestaban mucho más. Y de un rato para acá prefería, por mucho, el calor.

Si iba a un lugar, este tenía que ser cálido. Quizá uno de esos sitios que tienen primaveras y veranos que dominan la mayor parte del año. Era un sueño. Un consuelo. Lo único que haría que todo por lo que había tenido que pasar aquella mísera noche valiera la pena.

Cruzó una calle, luego otra… No había avenidas por ahí. Muy por el contrario, la opresión urbana se cerraba cada vez más en torno suyo. Si su oído no le mentía, detrás de todos esos muros de concreto debía estar, por allá, algo lejos aún, la terminal.

Se tuvo que meter entre callejones cada vez más estrechos. El frío se hacía más intenso. Cada vez que respiraba (y su gemido asmático no hacía sino aumentar), el consabido torbellino de vapor condensado se arremolinaba delante de su hocico.

Entre dos edificios que hace muchísimos años eran blancos pero que ahora tenían tanta mugre encima que eran negruzcos, y con un montón acumulado de bolsas de consorcio que bien superaban el metro y medio de altura, creando un maloliente muro en medio, alrededor de una cerca ya hace mucho herrumbrosa y destruida por el tiempo, la opresión de concreto llegaba a su fin.

Draco lo descubrió cuando cayó desde el lado contrario, varias bolsas de basura rodaron pendiente abajo, y se produjo después una avalancha en la que el obeso rottweiler rodó, gimiendo y maldiciendo.

Se levantó aparatosamente, emergiendo de entre las bolsas de basura, y observó que delante de él, todo oscuro, grotesco y lúgubre a más no poder, se hallaba un descampado colosal.

Las luces de la ciudad se podían ver en un inmenso arco allá, a lo lejos. Era lo único que servía, remotamente, como luz. La luna era apenas una mancha tenebrosa entre cúmulos negros.

La temperatura bajó todavía más. Y Draco abrió un pequeño espacio entre sus tormentosas preocupaciones para descubrir que estaba temblando. Se miró a sí mismo con lástima y pena.

Allá, tras aquellos silos extraños, tras aquellas edificaciones corrompidas y hace tanto abandonadas, se hallaba la terminal. Ahora podía escucharlo claramente. Eso fue un alivio entre la nube depresiva que comenzaba a acumularse en su mente.

El mundo a su izquierda era tenebroso. Allá al fondo, invisible para sus ojos, se hallaba el Río de la Plata. Y decorándola de manera inquietante, como sombras negras rompiendo el horizonte, se hallaban las enormes edificaciones del puerto. A su derecha, las perladas luces de la ciudad.

Y al frente, lo más extraño, lo peor… La nada.

¿La nada? No… Lo imprevisible.

Su ventaja como perro era que podía separar las fuentes de ruido.

Para Draco no era todo una mezcla lunática. Había orden. El ruido diminuto y aun así colosal que se deslizaba de la ciudad era una cosa. Los sonidos claramente más audibles que arrojaba la terminal, eran otros. Pero lo que venía del territorio delante de él, del inmenso descampado, de lo desconocido… Era cosa aparte. Similar a escuchar dentro de la coraza de un caracol…

¿Qué había allá, donde la —ahora demasiado tenue— luz de la luna no alcanzaba a alumbrar?

Draco tenía prisa por llegar a la terminal… Prisa producto de una ansiedad monstruosa. De ello pendía su futuro. Pero con todo y eso, ya llevaba dos minutos ahí, de pie, sin moverse. Detrás de él las bolsas de consorcio seguían deslizándose lentamente a los costados. Y él…

Él miraba a la nada.

—Puta madre… —susurró.

La nada le contestó echándole en la cara la brisa más helada que había sentido en su vida.

Comenzó a andar con cautela…

Se alivió de saber que la luz de la luna no se terminaba realmente, sino que lo acompañaba siempre, por lo menos cinco metros por delante.

Draco se detuvo de golpe y miró hacia delante. Ahora aquellas construcciones abandonadas, sostenidas por vigas desnudas, se veían mucho más grandes. Debajo de él, había vías de tren. Dejadas de usar hacía quién sabe cuánto. Las miró y después dirigió sus ojos a los vagones vacíos que habían comenzado a aparecer en el limitado campo de visión. A un lado y a otro: oscuros, oxidados y abandonados.

Y dentro de cada uno podía haber una sorpresa distinta…

Por un lado, se horrorizó jugando con la idea de quedarse a vivir ahí. En alguno de esos despojos destrozados. Uno incluso carecía de techo. Parecía, desde ahí, despellejado.

Caminó unos pocos metros más, sorteando otros dos vagones con cuidado. Tentado por la terminal, que ahora se escuchaba más cerca aún. Pero intimidado por aquella negrura insondable de la parte más oscura, de una estación de trenes hace mucho tiempo obsoleta, hace mucho devastada, que tenía que cruzar, sí o sí, si quería eclipsar su meta.

Sucede que Draco estaba tan ocupado entre toda esa verborrea de pelotudeces mentales que en ningún momento se le ocurrió pensar qué tenía detrás de él:

—Hola, guapo.

—¡AAAAY, PUTA MADRE! —chilló.

Su grito vino acompañado de dos pedorretas y una meada

involuntaria.

La coqueta perrita que lo había saludado pestañeó, y decidió recapitular:

—Hola… guapo.

XX

—¿Qué sucede, campeón? ¿Estás asustado?

—No, no —masculló Draco—, simplemente andaba alerta.

La spaniel japonesa ladeó un poco la cabeza. Pertenecía a una raza bastante pequeña. Su diminuto cráneo era abultado y sus ojos saltones y oscuros. El pelaje de esta casta era reglamentariamente en parte blanco y en parte negro. Pero se suponía que la parte blanca debía ser impecable, y en el caso de…

—Mi nombre es Tatiana…

Tatiana, no lo era. Había sido abandonada hacía mucho. Y se notaba.

—Me llamo Draco. Decime… ¿qué hace una perra como vos en un lugar como este? —inquirió, aún intentando recobrar el aliento.

Por un momento, pareció como si Tatiana no hubiese entendido la pregunta, mayor evidencia de que había sido abandonada hacía mucho y, por lo tanto, no tenía noción de lo desdichado que era aquel lugar.

—¿Hay algo de malo con este lugar, guapo?

Draco se la quedó mirando…

Tatiana volvió a girar la cabeza a un costado, así como hacen los animales confundidos.

—¿No te querés quedar un rato? Yo te muestro…

—No —dijo Draco, meneando la cabeza para dar más aplomo a sus palabras—. Tengo que estar en otro lugar.

—¿Qué otro lugar, bebu?

—Y… otro lugar. Uno de esos sitios donde los perros van.

Tatiana lo observó con intriga.

—Ya veo —repuso—, porque el único lugar al que los perros van y en el que vos serías rebienvenido, gordo, es el que tenemos allá, en la cueva. ¿Sabés? Hay comida y fiesta sin límite toda la noche. Pero nos interesa que haya más perros, porque el problema que tenemos —explicó— es que tenemos demasiadas perras. De-ma-sia-das, ¿viste? De

todos los tipos y tamaños. En todas las formas y colores. Lo único que no cambia es que estamos locas, relocas, reloquísimas por los perros. ¿Se entiende? Es que al estar tan solas…

—¿Dijiste comida…?

—Te lo pongo así —prosiguió Tatiana, divagando—: En esta época del año a todas nos agarró juntas el celo. ¿Me explico? No aguantamos más. Estamos todas locas. Y queremos coger. Ya mismo.

Draco se relamió y esperó pacientemente a que Tatiana terminara su soliloquio.

—¿Hay comida?

La perra pestañeó un par de veces y miró a Draco.

—Sí, comida hay, papu, a montones… porque por acá hay muchas tiendas de mascotas. Y lo que se vence lo tiran al basurero. Nosotras nos llevamos sacos enteros a la cueva. Nunca fue un problema.

A Draco le temblaron las patitas. Aquel detalle no pasó desapercibido para la perra…

—La Purina la sacamos a paladas. ¿Querés?

—Quiero… —contestó Draco, con debilidad.

—Pero con una condición, ¿eh?

Abrió sus ojitos a todo lo que daban, mirándolo como si estuviera a punto de decir la cosa más seria del mundo:

—Luego de que comas, de que te zampes todo, nos complacés A TODAS. Si no, no vale. ¿De acuerdo?

Draco podía llegar a ser terrible. Ante ciertas situaciones, él era más nefasto que intentar sacar una tuerca sin cabeza. Más difícil de frenar que un cuerpo celeste con inteligencia omnisciente, mal humor cósmico y una misión apocalíptica. Pero en lo que se refería a satisfacer a una jauría de perras hambrientas de sexo, no tenía absolutamente nada que hacer. No era el hecho de que semejante labor física era absolutamente desaconsejable después de comer, sobre todo en él, que encima los banquetes le daban sueño, sino porque ni aun estando en óptimas condiciones podía satisfacer no digamos a una jauría, ni siquiera a una sola perra. No lo había hecho jamás. La penúltima vez que había montado a una, y había asomado la cabeza por el costado de su mejilla para preguntarle: «¿Gozás, sucia?», notó que la respuesta que había recibido(13) estaba llena de compasión, piedad y lástima.(14) Y la última vez que había montado a una perra (y de eso hacía ya mucho tiempo), esta había colapsado bajo el peso de Draco y muerto aplastada.

Ni siquiera chilló, como hacen los perros antes de que les pase algo malo. Simplemente implotó. Quedó estampada contra el piso. Con toda la fuerza y crueldad de la gravedad. Como si el libro de la vida lo

hubiera descrito de manera rápida, letal y tosca. Simplemente tomó impulso, se puso encima de ella y listo. Pasó. Como si aquello, más que nada, hubiese sido un evento cuántico, físico y divino en toda su trágica inevitabilidad.

Fue traumático.

Desde ese momento, Draco supo que el resto de sus días serían carentes de todo contacto sexual. Se podía decir que su libido había muerto. Había quedado enterrada bajo el círculo vicioso de su apetito.

En la actualidad estaba incluso más gordo que en aquel entonces… y por ende, más pesado. Miró con piedad a Tatiana. Debían estar muy muy desesperadas…

Se confió en que en esta «cueva» de la que ella hablaba hubiera luz. Y que a la luz, pudieran verlo mejor y entender que lo que ellas querían, no podría ser jamás. Y para cuando eso pasara y trataran de echarlo, él ya estaría comiendo.

«Habría» sido un buen plan, pero Tatiana también lo miró a él con piedad…

13- «Sí…», a secas. Y en tono de voz serio.

14- En ese orden.

XXI

La cueva resultó ser un lugar que estaba al fondo de unas escaleras enormes en un piso subterráneo. Aquella se trataba de una estación abandonada hacía mucho que estaba en peores condiciones que todo lo que se hallaba afuera, lo cual es decir mucho. De no ser por la compañía de Tatiana y el cobijo de su promesa, Draco no habría descendido a semejante lugar nunca.

Al final de un frío pasillo destartalado, forrado por cerámicos que en tiempos demasiado lejanos habían sido coloridos pero que ahora eran uniformemente negros y grises, se hallaba un portón entreabierto. De adentro venía una luz flotante y tenue.

La puerta se hallaba semicerrada, pero el voluminoso cuerpo de Draco la empujó lo suficiente como para que pudiese considerársela casi abierta.

Lo primero que notó fue que, en efecto, había tres perras mirándolo desde la semioscuridad en gélido silencio.

Lo segundo es que Tatiana le había mentido: no había comida. No había nada. Draco era más rápido para notar la presencia de la comida que un dragón percatándose de la ausencia de su tesoro.

Lo tercero que notó es que las perras seguían sin decir absolutamente nada. No estaban en el humor ni tampoco tenían la menor intención de hacer nada remotamente parecido a aparearse. Algo malo estaba pasando.

Draco se giró pero Tatiana le cerró el paso por detrás. No habría costado mucho aplastarla, pero entonces ella sumó ignominia a su traición con un tono de voz lúgubre:

—Ya estamos todas…

—¿Y la comida? —preguntó, nervioso. El rottweiler pasó de la decepción a la alarma. La comida era sagrada, pero aquella no había sido una noche fácil, y las prioridades se impusieron. Reformuló la pregunta—: ¿Qué está pasando aquí?

No había terminado de decir «aquí» cuando sintió que el suelo bajo sus patas, que en realidad era una vulgar plancha metálica de tipo industrial, comenzaba a descender como si fuera un ascensor en cámara lenta…

Miró rápidamente hacia abajo. Ni siquiera con veinticinco kilos menos hubiera podido moverse lo suficientemente rápido para saltar hacia atrás y evitar lo que se le venía…

Las tres perras, quienes eran considerablemente más grandes que Tatiana, se hallaban en el otro extremo de la habitación, cada una estratégicamente parada a medio metro de la otra. También pisaban la plancha metálica.

—¡Es tan pesado que ya se está cayendo sin que saltemos primero! —exclamó una de ellas, absolutamente sorprendida.

—¡Madre mía! —gritó otra, coincidiendo plenamente.

La plancha de metal que hacía de suelo estaba armoniosamente balanceada sobre una viga; lo único que había quedado sobre un piso de concreto que hacía mucho se había derrumbado.

Las perras estaban en un extremo y Draco sobre el otro. Y ni el peso de las tres era suficiente para equipararlo. En pocas palabras: a Draco le estaban preparando una trampa. Y estaba cayendo en ella antes de tiempo…

Ellas saltaron hacia atrás… hacia el mellado piso de concreto que se interrumpía antes del enorme agujero.

La plancha metálica se movió rápidamente libre de todo contrapeso. El extremo donde antes estaban chocó bruscamente contra el techo. El extremo donde estaba Draco era ahora una rampa hacia el vacío. Este cayó aullando.

—Lo siento mucho —masculló Tatiana, con absoluta sinceridad.

Draco estaba ahora deslizándose sobre una rampa de concreto que parecía un tobogán, sobre una corriente de agua helada hacia las tripas de un abismo oscuro y extraño. Gritó:

—¡LA PUTA QUE LAS REMILPARIÓ!

Caída libre. Pensó que iba a sufrir un infarto. Que ahora sí, su corazón, esa bola de grasa latiente, iba a ceder.

Pero al parecer, Draco no iba a tener tal suerte…

Hubo una explosión de agua. Se dio un chapuzón. Había llegado al fondo de la cloaca. Una mórbida piscina.

No, piscina no…

Aquello era inmenso.

Era un lago, quizá hasta incluso un mar subterráneo.

Y lo único que los haces de luz tenue y lúgubre de la luna, que venían de diversos huecos allá arriba en los ancianos techos colándose

entre las rendijas dejaban ver, eran arcos, arcos y columnas de negros ladrillos.

—¡Puta madre! —maldijo Draco moviendo sus patas. Parecía el minisubmarino más gordo del mundo intentando salir a flote.

Un islote pequeño se lo permitió. El lugar daba espacio para su culo y poco más, pero al menos pudo salir del agua. Se meneó como pudo, intentando secarse como los perros hacen.

—Lo siento mucho —oyó decir a Tatiana, en sus recuerdos. Su voz no solo había sido terriblemente depresiva, sino sincera.

Draco miró hacia arriba. La luz de la luna apenas dejaba ver una pequeña cascada de agua que venía de una altura que se perdía. Probablemente caía del mismo agujero de donde él había salido expulsado.

«Lo siento mucho», recordó, otra vez. Pero ¿por qué? ¿Por qué le habían hecho eso? ¿Cuál era el motivo?

Draco estaba a punto de averiguarlo…

—Oh, buenas noches.

Giró su gordo cuello a la velocidad del rayo y miró hacia la inmensa negrura. ¿De dónde había venido esa voz?

Del mismo lugar del que ahora venía ese horrible sonido… De una boca relamiéndose. Una boca inmensa, enorme.

—Huy, ay, hum… —entonó—. Esta noche las chicas se han lucido. ¡Ya me empezaba a molestar con ellas! La última vez me trajeron a un huesudito. Pero vos tenés más carne. Se nota. Qué banquete me voy a pegar, ¡pimpollo!

Draco pestañeó a la misma velocidad que sintió que todos y cada uno de sus esfínteres se estaban aflojando. Había logrado determinar la ubicación de la voz: venía de un islote considerablemente más grande que el suyo. Un lugar que parecía el escenario central de todas aquellas cloacas, sobre la que una columna se alzaba.

Y con la espalda apoyada sobre esa columna, en un trono desfigurado de huesos, estaba el dueño de aquella voz ridículamente grave y, al mismo tiempo, absurdamente afeminada.

Sí, ahí estaba. Podía ver su colosal silueta dibujada como una negrura todavía más oscura que la oscuridad misma.

Entonces, los pensamientos de Draco se convirtieron en algo así como un avión 747 precipitándose en llamas al vacío.

«¿Acaso una de esas bestias del zoológico me siguió hasta acá?».

No.

No porque la voz era distinta a la de cualquiera de ellos. Pero esa no fue la idea que convenció a Draco de que su idea inicial era errónea. Lo que convenció a Draco fue que aquella voz era mucho, mucho más…

inmensa.

—¿Quién sos? —masculló.

La boca monstruosa contestó entonces con un largo, obsceno, desagradabilísimo y casi lujurioso «hummmmm».

—¿Querés verme, muñeco?

Lo que Draco sentía en aquel momento superaba con creces lo que siente un cibernauta durante ese microsegundo en el que se da cuenta de que ha caído víctima de un *screamer*. O sea, de esas imágenes horribles que aparecen por lo general acompañadas de un grito, que a todos les toca padecer y que, por cosas de la vida, tienen la facultad de sorprender siempre con la guardia baja.

Pero en el caso del perro, aquello venía en cámara lenta. Lo que lo hacía infinitamente peor… Más allá de que aquello era la vida real. No algo que aparecía tras un monitor.

Oh, sí. Aquello era real, y la situación se le venía encima como un tren.

—¿Quién sos? —insistió Draco, balbuceando, en el cénit de su calvario psicológico.

Semejante insistencia fue motivo suficiente para que su verdugo se presentara.

Una obesa mano verde se movió suavemente y presionó un interruptor de luz posado sobre una calavera humana que tenía un horroroso y enorme hueco donde debían estar los ojos.

La lámpara vieja que colgaba precariamente sobre una de las columnas de ladrillos parpadeó varias veces, hasta finalmente encenderse…

Ya incluso desde el primer titileo en falso de la luz, Draco entendió que todo el cerro de huesos humanos y animales que se hallaban mórbidamente distribuidos sobre el islote central, habían sido víctimas de ÉL. Del apetito insaciable de ÉL.

Supo que, sin duda, las perras trabajaban para ÉL. Y que si no le suministraban comida, ÉL saldría y se las comería.

Cuando la luz bañó su desmesurado cuerpo, y sus pupilas con forma de rendija se hicieron más agudas como efecto de la luminiscencia, y quedó claro que ÉL, además, posaba sobre Draco la mirada más horrenda, tétrica, monstruosa y perniciosa que le habían echado nunca, recordó que los humanos en esa región del mundo lo llamaban «yacaré». Para el resto del mundo, sin embargo, sería un «caimán», a secas.

Los humanos solían decir que no podían crecer más de tres metros. Pero ÉL medía por lo menos seis, lo que convenció a Draco, una vez más, de que los humanos eran todos unos pelotudos y no sabían nada.

—Aaahhh… ¡Aaaaaahhh! —gimió Draco.

El caimán se aclaró la garganta. La inmoral cantidad de pulseras, esclavas, aros y brazaletes de oro que colgaban de sus muñecas y brazos era tal, que el tintineo fue similar al que produciría un ejército de ratas caminando sobre vidrio roto.

Sobre su monumental cuello colgaban tantos collares dorados, tantas gargantillas, cadenas y joyas, que probablemente habría alcanzado para tres o cuatro joyerías.

Todos sus dedos estaban repletos de anillos y sortijas. Algunas, en el cénit mismo de aquella imagen de pesadilla estrafalaria, eran de matrimonio.

De su larga cola colgaban alhajas, piedras preciosas, botones de diamantes y collares de perlas.

Y aquello todo era tan sórdido, tan infinitamente diabólico y mefistofélico, que todo lo anterior dicho se vio reflejado en la inenarrable cara de horror de Draco. Y eso le causó placer a ÉL…

Su sonrisa se movía despacio, como lava deslizándose lentamente. Sus numerosas papadas se abultaron y pronunciaron todavía más.

Mirarlo a ÉL era como la impresión que le da a un niño cuando ve a uno de esos monstruos de obesidad imposible de la lucha libre americana. Pero mucho, mucho peor.

Muchísimo peor, y de seis metros.

—¿Te gusto, pimpollo?

Draco empezó a gritar, y a gritar, y a gritar…

Allá arriba, las cuatro perras se arrejuntaron con pavor.

Palomas que dormían sobre los precarios postes del cementerio de trenes levantaron vuelo. Un gato negro que vivía en el último edificio antes de la desolación se asomó con miedo, tras el cristal de la ventana de un baño…

XXII

—Decime una cosa, pimpollo… —canturreó el caimán, atrapando de pronto a una rata que probó escapar de debajo de una calavera para echarse al agua y alejarse nadando—. ¿Tuviste una mala noche? No es por nada, pero se nota que tuviste una mala noche…

La rata comenzó a chillar. Los chillidos pronto se convirtieron en pequeños alaridos a medida que la mano verde, inmensa y carnosa la apretó,(15) hasta el inevitable, hórrido punto en que la cabecita del roedor explotó en una breve orgía de carne y sangre. El sonido fue similar al que hace una botella al ser descorchada.

El monstruo entrecerró los ojos mirando a Draco con interés, chupando el contenido del animal muerto por el cuello abierto como si fuera un yogur. Entrecerraba los ojos igual a como hace alguien que enciende un cigarro en medio de una conversación…

El cuerpito, aplastado y vacío, fue despedido a toda velocidad cuando ÉL hizo presión entre su dedo índice y pulgar arrojándolo de un capirotazo. Draco apenas tuvo el reflejo para esquivarlo.

Hubo un breve silencio. Se suponía que tenía que contestar. Decir algo. Lo que fuere. Pero no pudo. Las patas le temblaban, el cuerpo entero también. Podía sentir su corazón retumbando violentamente. Y a eso se sumaba la indescriptible sensación de sus sienes, que latían.

Quiso decir algo, pero sus pensamientos y su terror no conjugaban nada. Algo en su cerebro estaba a punto de romperse. Los jugos del seso, los químicos de la materia gris no podían mezclarse para producir un pensamiento mínimamente racional.

Sentía horror. Horror puro.

Abrió la boca, pero la cerró de vuelta. ¿O tal vez no? ¿Tal vez su mandíbula quedó colgando estúpidamente? No salía nada de adentro. Era peor que una pesadilla. Peor porque su imaginación, que por lo general era bastante negativa, nunca había cuajado nada más terrible que lo que tenía a varios metros delante de él.

Y su instinto de supervivencia pegaba alaridos desesperados y desgarradores, como si se estuviese descosiendo las uñas y la carne de los dedos tratando de trepar por un pozo, presa de ciego terror. Lo único lejana, lejanísimamente racional, que palpitaba con furia en su cabeza era que tenía que decir algo, lo que fuera:

—Aaay…

A su alarmante, monstruoso, inenarrable pavor se sumaba un sentimiento lastimoso de ira. De rabia. De coraje. Hacia la vida, hacia la creación, hacia su situación. ¿Cómo era posible? ¿Cómo se podía llegar a estar en una situación tan, pero tan de mierda como aquella? ¿Cómo tantas cosas malas podían ocurrir en el plazo de una sola noche?(16)

El caimán sonrió. Por debajo de la gruesa piel se podía ver cómo se limpiaba el arco de los dientes con la lengua. Entonces, moviéndose con una gracilidad absolutamente maravillosa para su peso y tamaño, lo que contribuía aún más al aquelarre infernal que representaba el tan solo verlo, se deslizó al agua y comenzó a flotar de espaldas, mientras movía los dedos suave pero ágilmente sobre su estómago.

—¿Te parezco lindo, pimpollo? —preguntó, como si estuviera ensimismado en una reflexión profunda.

—Degenerado.

El saurio pestañeó con gracilidad, y levantó un poquito su mentón, para poder ver mejor al perro.

—¿Disculpame?

—Degenerado… Me parece que encima sos un degenerado… —musitó Draco, como lo haría una persona cabizbaja, derrotada, deprimida, obligada a dar unas últimas palabras antes de morir.

—¿Y lo de «Encima…»? ¿Eso qué quiere decir, pimpollo?

—Eh, bueh… —gimió, levantando un poco sus caídos hombros—. Que sos un monstruo, y seguro me querés devorar.

—Minuto… Lo de que te voy a devorar es obvio. Voy a masticar tu corazón hasta convertirlo en pasta. Voy a chupetear el contenido de tus vísceras hasta que pueda usarlas de dedales sin manchar mis garras de sangre, y ciertamente voy a limpiar tus huesos para poder usarlos después cuando quiera rascarme una parte del culo que no alcance con el brazo. Pero… ¿«monstruo»? ¿Me llamaste «monstruo», pimpollo?

El caimán no se pudo resistir.

Dio una voltereta, causando una onda expansiva en el agua que se extendió por cuan larga y amplia era esa catedral subterránea convertida en cloaca. Incluso el islote sobre el que estaba sentado Draco comenzó a moverse.

Un brazo gordo y verde se extendió, alcanzando hábilmente un

interruptor con un botón que colgaba de un cable lánguido que desaparecía en un enmarañado allá arriba.

Una garganta colosal y profunda carraspeó. Luces amarillas se encendieron en el techo.

De manera escénica, lunática y absurda, la mayoría de los focos alumbraron al caimán en todo su grotesco esplendor, a la vez que este extendía ambos brazos, llenaba de aire sus pulmones y dejaba salir una atronadora, profunda, potente y (había que admitir) extraordinaria voz de ópera:

¡Yo soy el grande Jerjes!
¡Jerjes, «el Caimán»!

Draco abrió los ojos con tanto horror que por un momento parecía que se le iban a salir. Su mandíbula se abría con incredulidad.

¡Y mirá nada más lo que trajo la corriente!
Nada más ni nada menos que un perro corriente…

Aquello era demasiado, decidió pegar un salto, caer al agua con la gracilidad de un barril de cerveza e intentar escapar empeñando su vida en ello… Se le metía por los ojos y por la nariz. Pudo sentir cómo el agua se agitaba bruscamente dándole un empellón desde atrás. Sabía lo que ello significaba: el caimán se había deslizado al agua. ¿Y acaso hace falta mencionar que en pos de él?

Jerjes mantenía el mentón sobre el agua, para poder seguir cantando…

Pero de vos, ¿qué puedo rescatar? Hmmm… Ese culote que traés para acá…
Dejame en él hincar mi dientote, verás que pronto te disfrutaré.
Esta noche te invito conmigo a dormir. Y a tu miserable vida
ponerle fin.

Draco comenzó a gritar desesperado, aleteando como una gallina. Combatía intensamente contra el impulso de mirar hacia atrás, contra la tentación de ver al infierno a los ojos. Aquella cosa vasta y cruel que se le venía encima como una hecatombe bíblica. Pero no, eso solo lo empeoraría, ¿verdad? Su muerte sería todavía peor. Y él lo sabía. En microespasmos de luz verde, de infinito caos, de infinito terror, de absoluto horror. Sabía que lo absolutamente peor podía llegar a ser, de hecho, todavía PEOR.

Pero no iba a dejar de aletear. No iba a dejar de mover sus delgadas extremidades con la más absoluta, pura, fehaciente y lunática ira que desde el pozo de su odio y temor pudiera aunar. Draco remaba con brazos y piernas hacia la enorme pared que parecía la fachada de un castillo. Aquel que a una treintena de metros arriba tenía ventanitas sórdidas y góticas que dejaban pasar los haces de luz de luna.

Porque los enormes, morados ladrillos de esa pared no se hundían en el agua, sino que estaban sobre un gran islote que se alargaba y se perdía en la oscuridad, a una suerte de limitado infinito de incertidumbre.

Pero la incertidumbre podía ser también esperanza. Era algo. Era un camino. Aquel sendero de tierra y ladrillos oscuro que se extendía hasta donde la luz de las horribles lámparas que se agitaban en el techo permitía ver, era mejor que quedarse en el islote. Que estar rodeado de agua.

Jerjes digo algo, él no pudo escucharlo. Jamás supo cómo hizo, quizá era el efecto de un corcho que se hunde en el agua y emerge con renovadas fuerzas, pero pegó un salto, aferró sus patas a un enorme bloque irregular, y como pudo se subió, moviendo sus extremidades traseras en patéticos círculos.

Cuando finalmente logró remontar sobre una encrucijada de ladrillos carcomidos distribuidos torpemente sobre el islote, entonces y solo entonces, se permitió mirar hacia atrás. Aun estando consciente de lo infinitamente precaria que era su situación, no pudo evitar que el corazón le diera un muy doloroso vuelco: Jerjes estaba demasiado cerca, flotando en el agua. Había faltado poco…

El perro arrugó el morro y, sin siquiera sacudirse el agua de encima, apoyando el culo en el suelo, levantó él sus propios brazos:

Vos, lagartija hija de puta…
¿Hambrienta de qué estás?
Pretendías hincarme el diente
pero no tenés ni dos dedos de frente.
Poco sabías que no estoy en tu menú,
así que regresá a tu charco inmundo,
¡a que te meta la pija un negro furibundo!

Hubo silencio…

El pantano era profundo, pero aun sentado, Jerjes sobresalía bastante de él como para que el perro pudiera verlo cara a cara. Estaban separados por unos metros. Seguía descubriendo detalles en él tan horribles que el idioma no alcanzaba a describirlos.

—¿Me acabás de insultar, muñeco?

—¡TE ESTOY PUTEANDO! —chilló el perro, histérico y aún goteando.

Incluso un pelmazo como Simon Cowell habría aplaudido de pie las habilidades de canto de Jerjes… dos minutos antes de ser devorado por él.(17) Pero lo que hizo Draco había sido no solo un insulto, sino un claro desafío.

El caimán frunció el ceño, entrecerró los ojos, y apretó las fauces formando una semi «U» invertida de tamaño monstruoso.

Palabras grandes del remedo de lobo que hay en vos,
se ve que no comprendés la posición que tenés acá,
tu peludo culo mi postre será…
y de tus huesos un nuevo collar voy a estrenar.
¿No ves que tus palabras no penetran en mi piel?
Lástima que no puedo decir lo mismo de mi colmillo en tu sien.
Vení acá, acercate un poco más
y sentirás una revolcada que jamás olvidarás.

Se abalanzó. Draco gritó y empezó a correr. Donde el trasero del perro hubo estado apenas un par de segundos antes, se generó un choque y una explosión. Pedazos de ladrillo salieron volando por los aires. Algunos salpicaron en el agua… Otros llegaron a caer en el lomo de Draco, que corría despavorido, llorando, mientras del nubarrón de concreto emergía aquel monstruo, chapoteando como una máquina.

—¡VENÍ, PIMPOLLO!

Draco chillaba y gritaba, como si su voz fuera una turbina que lo ayudase a correr más rápido.

—¡VENÍ!

Si existía tal cosa como un «Más Allá» de los perros y le tocaba ir al infierno, sabía qué lo iba a estar esperando ahí, en el pozo más negro. No hacía falta ir… Si había vida más allá de ese momento, soñaría con esa voz llamándolo más de una vez en lo que le restase de vida.

Sus tripas gritaban. Sus vísceras latían… y su corazón, oh, su corazón…

Su corazón estaba a punto de explotar. La sola idea lo agobiaba en un pastiche de macabras realidades. En una tormenta preternatural de pavor. La única manera de explicarlo era ver a una persona en llamas, gritando y dando vueltas en medio de la confusión y el dolor. Así se sentía él. No corría… simplemente ejercía una suerte de combustión patética que le permitiera huir lo más rápido posible. El terror era demasiado. Y un espacio en su cerebro se mantenía lo suficientemente

cuerdo como para preocuparse de que esto le impidiera tomar una decisión racional que lo ayudara. Pero no… El resto de su ser lo arrastraba a la locura. Y lo único que persistía era el movimiento atómico e idiota de su cuerpo.

Y aquel que dijera que las cosas buenas del universo podían contrarrestar a las malas, estaban todos equivocados. Al menos, en lo que a Draco respecta. Nunca ninguna sensación buena de la vida se comparaba al terror que sentía ahora.

Y aquello que tenía al frente, ¿era una oportunidad o tan solo una apuesta?

Ambas cosas.

Trepó hasta el final del muro, que estaba interrumpido por una grieta, como si Dios le hubiese dado un golpe de karate. La hendidura tenía la forma de un tornado irregular y pedazos de ladrillo sobresalían, como una dentadura horrenda, entre ambos extremos.

Draco hizo su apuesta: gritó como la peor, más triste y truculenta parodia de un héroe de acción, y saltó…

15- «¡Auxilio! ¡Auxilio, por favor! ¡Que alguien me ayude!».

16- Título tentativo: *Top 7 de las noches más de mierda en la historia de cualquier ser vivo del planeta Tierra.* Número 1…

17- Normalmente habrían sido diez segundos… En este caso hipotético se le dan 1 minuto y 50 segundos de gracia porque Jerjes disfruta mucho de los aplausos…

XXIII

—¡BAJÁ, MALEDUCADO! —Jerjes estaba furioso. Un ser absolutamente psicótico, depravado, con una fuerza de proporciones bíblicas, cuatrocientos kilos de peso, la agilidad propia de un bailarín y una personalidad de divo—. ¡BAJÁ! —exigió.

Draco pedaleaba en el aire, intentando, torpe pero dignamente, asirse de los enormes bloques que sobresalían, ganando altura poco a poco. Miró por sobre su hombro, cansado, aún chorreando agua. El caimán se hallaba de pie algunos metros debajo, como una señora de brazos cruzados esperando una explicación.

Apretó los puños y pegó un salto, dando una dentellada al aire. Se acercó bastante, pero no pudo picar al perro por la mitad.

Apocado y completamente exhausto, Draco ganó otro poquito más de altura. Despacito, moviéndose como podía. Parecía una oruga intentando crear distancia. Miró hacia abajo de nuevo. Jerjes lo fulminaba con esas terribles rendijas que tenía por pupilas.

Fiel a él, fiel a su personalidad, fiel a ese ser llamado «Draco» a quien acompañamos primero en San Isidro y ahora en el más profundo y desconocido averno porteño, el curso a seguir dictaba que le gritara algo sarcástico al caimán, terriblemente ácido e irremediablemente ofensivo a quien no fue su verdugo por un simple, muy frágil tecnicismo del destino.

Pero no. Basta ya.

Draco había tenido demasiado. Simplemente quería irse. Quería marcharse por siempre y resumir su pequeña vida allá donde lo aceptaran. Sin condiciones, sin retruques. Honestamente, y por favor, créanle al narrador omnisciente de esta historia, lo anterior descrito era todo lo que este perro quería…

Basta ya. Había tenido demasiado.

Pero su peor némesis no.

Su peor némesis, de hecho, no se conformaba con el logro de

haberlo hecho callar. En lo absoluto…

Con un ojo cerrado y el otro a medio cerrar, mojado, miserable, agotado y adolorido, Draco miró, como pudo, hacia arriba. Si seguía subiendo por la grieta, y eso contando con que fuera capaz de lograrlo, podría salir por fin a la superficie. La luz de la luna entraba por un hueco allá, en algún lugar de arriba…

Todo tembló.

Tembló tanto, de hecho, que gimió, y se aferró, aterrado, a un bloque, que regurgitó polvo, temblando peligrosamente, como amenazando con salirse de su cuenca y caer con él al vacío.

Volvió a temblar… y esta vez el golpe fue peor. «PUMMM». Draco miró hacia abajo, a punto de entregarse, ya, a la locura…

El colosal caimán se había dado a la hercúlea labor de pegarle al muro dándole empellones con el hombro. ¡Pretendía derrumbarlo!

—Te… —«PUMMM»—. Te vas a quedar sin casa… —gimoteó Draco, casi asfixiado… Jerjes no lo podía escuchar.

Tras cada monstruoso «PUMMM», quedaba el murmullo tintineante de las joyas de Jerjes, que se agitaban cada vez que embestía contra el muro.

—¡BAJÁ!

Goteando, con las cejas caídas y jadeando, Draco lo miró como un alma en pena echa un último vistazo al pozo infernal cuando finalmente ha logrado escapar. Decidió que aquella sería la última vez que lo haría. Se fue subiendo como si fuera un cachorro por esa dolorosa e improvisada escalera de bloques mellados. Intentó asirse usando una pata trasera, la hundió a un costado del concreto roto, y chilló del dolor.

Giró la cabeza como pudo, con los ojos llorosos; la sangre chorreaba de entre sus dedos traseros copiosamente. Las gotas caían al vacío, justo cuando… «¡¡¡PUMMM!!!».

Durante un agónico segundo pensó que el muro se iba a derrumbar. Pero no. Dejó de temblar lo suficientemente rápido. Una parte remota de su cabeza se impresionó de que Jerjes no se lastimara perpetrando semejante hazaña. Otra parte menos lejana le recordó que no demoraría mucho en tomar impulso y hacerlo nuevamente, y que posiblemente ese sería el golpe de gracia.

Se subió aguantando el dolor, sin más remedio que apoyar la sanguinolenta colcha de su pata contra esquinas que le parecieron demasiado agudas, demasiado afiladas. Dejó salir un largo, desgañitado «ay», pero no se vio impedido de subir otro tramo. Y luego otro, con renovadas fuerzas.

Finalmente, puso sus dos patas delanteras fuera del hueco que daba

a la superficie. Eureka.

—¿Qué pasa allá? —demandó saber una voz femenina.

Draco la miró con terror. Era una collie con el pelaje más sucio que había visto en toda su vida. La reconocía: era una de las que le habían tendido la trampa. Detrás de ella, se hallaba Tatiana, completamente aterrorizada.

—¡TRÁIGANMELO! —rugió Jerjes—. ¡Empújenlo!

La perra pestañeó, sus ojos pasaron del pozo avernal a Draco… Se acercó peligrosamente a él y entonces, cuando estaban nariz a nariz, lista para obedecer a Jerjes y empujar al gordo rottweiler…

¡¡¡PUMMM!!!

La perra gritó, trastabilló, tropezó y cayó por sobre Draco al vacío.

El rottweiler gimió de horror, y aprovechó aquel espasmo de miedo para, a pesar de todo el mortal dolor de su cuerpo, subirse patéticamente a la superficie. No pudo evitar dejar salir un suspiro de pavor cuando el hueco escupió el sonido que producen los huesos al crujir, seguido del último, largo, sangriento chillido de aquella perra.

—¡ATRÁPENLO O ME LAS MORFO A TODAS! ¡¡A TODAS!! —chilló Jerjes con los restos de la collie entre las manos, en el paroxismo del arrebato.

Draco no se molestó en girar la cabeza, simplemente comenzó a caminar de manera innatural, intentando hacer caso omiso al grito ominoso de sus huesos, al dolor infernal, como resplandores que queman, de sus músculos. A su corazón que probablemente estaba colgando descolocado, con varias arterias desconectadas. Y finalmente, a su dormitante pata trasera, que seguía sangrando y dejaba huellas horribles a cada paso que daba.

Draco dio un respingo y gimoteó cuando la erupción infernal estalló de aquel agujero negro, que comenzó a hacerse más grande, como si fuera por arte de magia, producto de un último empellón de Jerjes.

—¡PERROS, GATOS, RATONES, RATAS, SERPIENTES Y LOMBRICES! ¡TRÁIGANMELO!

Draco continuaba corricaminando, intentando no caer en los brazos de la locura. Aquello era una pesadilla.

—¡TRÁIGANME A ESE PIMPOLLO MALEDUCADO!

Miraba de izquierda a derecha como una persona insana. Farfulló, y continuó adelante. Si aquellas perras lo estaban persiguiendo, si otros perros se iban a unir a la persecución, si las ratas también participarían en ello, no quería saberlo. No quería saber nada. Su mente estaba ciega, y lo único que sabía es que tenía que CORRER.

Y no hay palabra para describir lo desoladoramente solo que se sintió en el mundo, la avasalladora tristeza que lo embistió así, tan de

letal golpe, el muro de desazón y miseria que le cayó encima cuando, a pesar de su presente y maltrecho estado psicológico, aquello único de bestia que tenía, aquel único don de animal que un perro gordo como él poseía, sus orejas, captaron que sí… que había un tropel de seres vivos que de pronto, aparecían detrás de las columnas, las vigas, los vagones abandonados y de otros huecos del subterráneo, prestos a obedecer el llamado de ÉL.

De capturarlo, y tirarlo de vuelta al pozo de Jerjes… al infierno hecho cosa.

—¡Ahí va! ¡Ahí va! —gritó Tatiana—. ¡Agárrenlo!

XXIV

Ralph, el conejo, tenía el sueño ligero. Le agradaba el frío, pero esa noche había helado mucho. Salió de su casita, echando a un lado un puñado de recortes en cuadritos del diario *Clarín*, con la nariz moviéndosele, como si palpitara, se asomó con facilidad a través de la puerta desplegable entreabierta hacia el balcón. Miró a la desolada terraza de su vecino, de Draco… y luego, al cielo.

Cuando despertó, Albert levantó la cabeza con pesadumbre y echó un vistazo gatuno a la ventana, al mismo cielo amaneciente que Ralph veía en ese momento. Había tenido una noche muy difícil, un sueño turbio y agonizante, aunque en las últimas horas su vida había mejorado considerablemente por la operación, las medicinas y —le costaba admitir— el cariño y calidez de los humanos.

Sin embargo, lo primero en lo que pensó, fue en Draco…

Hércules había despertado hacía unos cuantos minutos, y con una gracilidad espectacular para un perro de su tamaño, había logrado andar entre un camino lleno de gatos durmiendo, sin despertar ni a uno solo de ellos. El perro se sentó. La avenida continuaba vacía. Pasaría un rato más antes de que comenzara a escuchar a los autos ir y venir como era costumbre…

Thor, recostado en una cucha y con una manta de cuadros cubriéndolo hasta la cabeza, se hallaba considerablemente recuperado del infarto. Su dueño lo había llevado al veterinario y este había hecho maravillas. Tanto es así que el perro se hallaba riendo a carcajadas tras una hermosa noche en vela junto a su mejor amigo, Gandalf, quien carcajeaba otro tanto, haciendo un escándalo, contándose mutuamente chistes e historias que no vienen al caso.

Draco, por su lado, corría.

Corría con todas sus fuerzas. Tenía una oreja doblada sobre su cabeza, exponiendo todo aquello tan sensible para un perro. La otra rebotaba torpemente sobre su cráneo, como si fuera la mano de una

reina loca saludando al aire. Llevaba un ojo empapado en lágrimas y el otro abierto cuan grande era, expresando una mirada de dolor, pánico y ganas de vivir.

Hacía rato no escuchaba nada. No escuchaba los bocinazos de los autos, que ahí donde él estaba, una de las principales arterias porteñas, ya comenzaban a cantar en su tóxico y contaminante coro. No escuchaba a la gente, que empezaba a poblar las calles cada vez más. No escuchaba siquiera la gélida brisa que lo golpeaba inclemente haciendo de su cuerpo una alfombra helada. Todo lo que Draco oía era un leve y sin embargo insoportable chirrido, un «piiiiiii» alargado, que era como el que hacen esas máquinas conectadas al corazón.

Solo un grave, pavoroso estruendo lo devolvió a su precaria realidad. El grito de las llantas, la incesante bocina y el rugido feroz del motor de un colectivo le hizo girar la cabeza mientras corría. Todo aquello mezclado con otro sonido que no iba a olvidar jamás: el chillido de Tatiana, al ser pulverizada entre las ruedas y la pesada maquinaria del colectivo.

«Ese podías haber sido vos», le dijo una voz extraña en su cabeza, una cruel, oscura epifanía, un pensamiento que lo sacó de la agonía impuesta por su cuerpo, que cada vez se terciaba más a traicionarlo.

«¡VENÍ, PIMPOLLO! ¡VENÍ!».

Poder era el peso, volumen y tamaño que tenía Jerjes.

Pero poder era, todavía más, la consecuencia de su llamado: los perros en formación que iban detrás de Tatiana todavía estaban abocados a atraparlo. A hincarle el diente si eso significaba echarle sus restos destajados a Jerjes con el fin de calmar su furia. Y la muerte de Tatiana no los iba a frenar ni siquiera para tener la cortesía de una breve reflexión ante una camarada caída en acción.

Draco jadeaba y gemía en una serie de pitidos y sollozos patéticos que, solo en su cabeza, eran acompañados por un tercer instrumento: los monstruosos latidos de su corazón, que estaba por volar en pedazos.

La única razón por la que no lo habían atrapado aún era porque la respuesta ensamblada tras el llamado de Jerjes y la huida del obeso rottweiler había cronometrado con el tiempo que le tomó a este último en salir a tiempo del cementerio de trenes. Lo que ocurría ahora era, muy a pesar de Draco, quien en su vasta, bien engrasada xenofobia, reservaba un lugar especialmente lleno de bilis para los seres humanos, algo que el grotesco perro tendría por siempre que reconocer: no lo habían atrapado gracias a la gente.

Una jovencita gritó, y tiró su vaso de polietileno lleno de café al suelo mientras intentaba subir el trasero a un cesto de basura para abrir paso a la tropa marcial de perros y gatos que iba en persecución de

Draco. Un señor tuvo que hundir una generosa porción de su pierna dentro del «freno» para evitar atropellar a unos cuantos animales. Y un pobre sujeto de bigotes tuvo que soltar las jarras llenas de café y chocolate, junto a un montón de vasitos de plástico, con los que hacía negocio todas las mañanas.

Eso, y muchas cosas más, retrasaban bastante la persecución. Y cada vez era bastante peor, dado que ya estaban virtualmente en la terminal de ómnibus de Retiro, nombre que es sinónimo de muchedumbre.

No esperaba que su llegada fuera a ser tan dramática. Pero al fin y al cabo, era su último bastión para salvarse, y debía estar agradecido por ello…

Las pelotas. Draco, que apenas lograba recuperar algo de consciencia, algo más que el puro, descarnado instinto de escapar, fue volviendo en sí como la válvula de un avión que por fin logra remontar vuelo.

Empezó a putear, en orden: a quienes lo perseguían, a la vida, a su mala suerte, a su madre y «a la puta que lo parió» en un todo. Su cerebro era una suerte de Windows biológico cargando luego de una crisis.

Se desplazó a toda velocidad por uno de los senderos que llevaba a una de las tantas entradas en el patio principal de la terminal y, finalmente, coincidiendo con un grupo de turistas arrebolados y con frío que abrían una de las puertas, se entremetió entre todos ellos abriéndose paso.

El cambio de temperatura fue notable. Los humanos lograban mantener caliente cualquier lugar. De hecho, el olor a comida lo relacionó con esperanza. Esperanza que alternó por la idea de que quizá lo habían dejado de perseguir. Se permitió detenerse por primera vez en lo que había sido ya un rato insoportablemente largo. Miró detrás de él, convulsionando como un cacharro *steampunk* descompuesto, y entonces vio que el ejército de perros y gatos venía corriendo, como una tropa infernal, en dirección a la estación. Con suerte, nadie estaría ahí para abrirles las puertas por un rato.

Draco reanudó su dolorosa marcha. No le tomó mucho darse cuenta de que estaba en el piso de arriba de la terminal. Echó un vistazo a través de las escaleras y vio que abajo la cantidad de gente era mucho mayor. Y lo que era, por mucho, más importante… Allá afuera, detrás de aquellas enormes paredes de vidrio… ¡Los ómnibus, en fila! ¡Con sus faros de luz encendidos, y aquel humo blanco de maquinaria arremolinándose en torno!

El perro se echó escaleras abajo. Sus patas le fallaron. Hicieron un *ballet* macabro, trastabillaron, y no tardó en caer y rodar pesadamente

tosiendo y chillando todo el camino.

Gritos humanos, exclamaciones de ambos sexos. Un señor de lentes soltó el periódico para abocarse a ayudar al perro. Una señora también se acercó. A pesar del amable gesto, ninguno de los dos, amén de todas las miradas sorprendidas, podría hacer nada si aquellas más de setenta bocas, colmillos y zarpas lo llegaban a atrapar.

Draco se hallaba de espaldas. Su visión era doble. Estaba al límite.

Logró rodar, levantarse… o no, más bien algo así como «levantaaaaaaaaaaaarse» en un dolor inenarrable. Dos terrores insoportables se conjugaron con una crueldad que amenazaba con dar el último, fatal tirón a su cansado, maltrecho corazón. Sus huesos estaban malheridos. No rotos, pero cerca. Y por un segundo ruin y lleno de agonía, creyó que su cuerpo no le iba a responder. Que no iba a poder ponerse de pie.

En cuanto al otro terror, bueno… Si sus oídos no le fallaban, los perros y gatos de Jerjes estaban ya dentro de la estación.

No, no realmente. Estaban adentro, sí… pero *continuaban entrando*…

Miró hacia arriba, enloquecido. Docenas de ojos llenos de infinito odio le devolvieron la mirada.

Draco terminó de levantarse y, como si su cabeza fuera demasiado pesada para el resto de su cuerpo, trastabilló de manera patética hacia una puerta plegadiza que, afortunadamente, era automática.

Era todo un logro… porque a pesar de su calvario físico, y sería justo decir, incluso, de estar más cerca de la muerte de lo que nunca había estado, caso extraordinario en un perro sedentario, roñoso pero muy muy especial como él, había sucedido algo mágico en ese momento. Algo de hecho extraordinario.

Draco había tenido una idea.

XXV

En la gran, larga tropa leal a Jerjes, el gato Freddy era el segundo al mando. Pero el primerísimo y más temido era él, a pesar de llamarse Bizcocho.

Bizcocho era un perro negro de pezuñas larguísimas que hacía rato estaba envejeciendo. Tenía sarna, un ojo nublado y, en términos generales, un aspecto tan temible como desafortunado. Y, sobre todo, era malo. Le producía placer la cantidad de humanos que habían enfermado por tan solo recibir una mordida suya.

Sin embargo, estaba en un punto bisagra de su vida. Un momento clave. Si no traían de vuelta a ese perro gordo, no solo iba a perder su estatus de líder… sino que sería de los primeros en morir. Él, de una manera particularmente brutal e inenarrable, porque recibiría la versión más recalcitrante de la depravación de Jerjes.

El cementerio de trenes era el único lugar donde tenía comida asegurada. Cualquier otro lugar era lo desconocido. Se lo estaba jugando todo.

Bizcocho bajó ágilmente por las escaleras. Le gruñó a una niña que quiso tocarlo. Lo cual produjo que su madre se abocara a abrazarla, como si eso pudiera protegerla de él.

Había podido ver que «ese maldito perro gordo» estaba abajo. Pero tener que correr por el pasillo para acceder a las escaleras había hecho que lo perdiera de vista por cuestión de segundos. ¡Segundos! ¡¿Adónde había ido?!

Freddy y todos los otros perros y gatos que se arremolinaban rápidamente en el piso de abajo jadeaban, gemían y siseaban. Parecían la legión de algún demonio que domina a los animales.

—¡¿ADÓNDE FUE?! —aulló con furia. Giró el cuello para arrancarle la oreja a un joven perro que estaba a su lado. Este gruñó, pero después lloró, y trastabilló contra la vitrina de un local, manchándola de sangre.
—¡¿ADÓNDE FUE?! —gritó, aterrado y enloquecido.

Giró de manera violenta, ocasionando que todos los animales detrás de él se hicieran a un lado. Las miradas de horror, de pánico se conjugaban en un concierto patético y lastimoso.

Bizcocho se dio vuelta. Miró con furia asesina a los pasajeros, a los vendedores tras los locales, quienes le devolvían miradas llenas de miedo y confusión. Incluso un policía particularmente asustado se hallaba subido sobre una de las sillas de espera, como si aquello pudiera hacer que no lo mordiera.

Todo aquello, que en circunstancias normales le habrían producido un placer colosal, no tenía sentido alguno… Draco no estaba por ningún lado.

—¿Adónde fue? —gimió esta vez de manera patética, al borde de las lágrimas.

Otro perro se le adelantó, y corrió hacia la puerta plegable que se abrió automáticamente. Su esperanza era pasar desapercibido, cosa difícil con su tamaño y torpeza. Aquel era un microcosmos terrible de animales en el que cada uno intentaba quitarle el liderazgo al otro. Y si conseguía hacer que Jerjes asesinara a Bizcocho para ascender él, ¡fabuloso! Aquel perro tenía la idea correcta: si Draco no estaba adentro (y por su tamaño, imposible que hubiera ido demasiado lejos), eso quería decir… ¡que estaba afuera! ¡Estaba afue…!

Chilló. Bizcocho le mordió el cuello y lo lastimó terriblemente.

El perro negro entonces corrió hasta el andén. Gritos, expresiones de seres humanos… El cristal de la puerta plegadiza rompiéndose cuando la tropa de perros y gatos que lo seguía detrás la hizo añicos.

El aliento de Bizcocho se levantaba en un remolino blanco, que se deshacía en la brisa. El viento helado removía su pelaje. Un conductor tiró al piso su pancho con kétchup del solo susto de verlo aproximarse.

Los perros ocupaban, poco a poco, la totalidad del andén. Los humanos, asustados, retrocedían de vuelta a la estación, y había cientos de personas, muchas de ellas apuntando con la cámara de sus teléfonos celulares, apretados contra el vidrio.

Sin duda, aquel fenómeno ocuparía una página central en los diarios. Y sería una curiosa, y muy espeluznante sensación en redes sociales de todo el mundo. Se conjugaría muy bien, además, con el terrible suceso que se había desarrollado en el zoológico durante la madrugada.

La mañana era gris, el infinito manto de nubes se movía ominosamente, y ahí, liderando a su ejército cada vez más aterrorizado, en apariencia derrotado, se hallaba Bizcocho, cuyo pelaje negro era salpicado por un visitante extraño en Buenos Aires: la aguanieve.

—¿Dónde estás? —gimió por última vez, antes de que un ómnibus

casi lo arrollara.

La bocina se alargó por varios segundos… El perro no le prestó ninguna atención. Simplemente se quedó ahí, como se quedarían todos, por horas, hasta que por fin lograran correrlos y tuvieran que enfrentarse al peor, más cruel destino…

Bizcocho gemía, llamaba a su presa como si fuera un retoño perdido… y se alejaba lentamente en la nada… No porque él se moviera, sino porque quien lo observaba, iba a bordo de ese ómnibus que, de hecho, por poco, había conseguido aplastarlo.

Draco se atrevió a levantar la cabeza un poco más.

Había conseguido ponerse moderadamente cómodo entre un lote de equipajes mullidos. Era un milagro que tan solo dos humanos lo hubieran visto saltar antes de que cerraran el inmenso baúl al costado. Dos niños, hermano y hermana, tomados de la mano, que lo miraron echar medio cuerpo hacia adentro, pedalear en el aire torpemente con las patas traseras y, finalmente, meterse y esconderse adentro.

Draco entonces se permitió toser tanto como quiso. Cerrar los ojos, y poner un poco de orden en esa cabeza que le daba vueltas.

Y mientras podía ver, desde aquella sucia rendija con hilos de araña, a la estación alejarse, y tras ella, al cabo de un rato, a la ominosa Buenos Aires, Draco pensó fugazmente en todos y cada uno de los seres que había visto a lo largo de la noche… como espíritus, amigos e incluso enemigos que, por última vez, lo saludaban, antes de desvanecerse por siempre de su vida.

Cerró los ojos por largo rato, pensando que se iba a desmayar. Pero no…

Tenía, eso sí, mucho, muchísimo sueño. Y se iba a entregar a él dentro de poco, pero no sin antes sonreír.

«¿Te acordás, Draco, de cuando estabas en un camión, huyendo por fin, de San Isidro? Si el 'vos' de aquel entonces hubiera sabido todo lo que le esperaba aún…».

Draco cerró los ojos nuevamente. Su cabeza se bamboleó un poco. Volvió a abrirlos. Miró por la rendija una vez más… Sonrió.

¿Había valido la pena?

Tal vez sí… porque aun en el escape más descarnado, más terrorífico, más desesperado de su vida (y tal vez, la vida de cualquier perro que como mínimo haya habitado esa ciudad, quizá ese continente, ¡tal vez, ese lado del mundo!), pudo permitirse elegir un ómnibus.

Y en la terminal de ómnibus de Retiro, elegir el ómnibus era elegir el destino.

Seleccionó el que tenía marcado el cartel con el nombre que más lo

sedujo. Uno que hacía alusión al calor. A ese clima cálido que él tanto, pero es que tanto tanto deseaba…

Draco se hizo un ovillo, una enorme bola negra, dispuesto a soñar con un mejor mañana, dispuesto a dejarse arropar por la fantasía de dormir muchas muchas horas de camino y despertar con calorcito.

Abrió un ojo y leyó por última vez el cartel que indicaba el nombre de ese lugar idílico. El nombre que tendría su próximo hogar, en lo que él soñaba y, desde luego, asumía que sería cálido y tropical.

—¡Tierra del Fuego, allá voy!

Notas finales

Todo empezó con «Escape de San Isidro» (año 2009), que continuó en esta monstruosidad que tienes entre manos. Monstruosidad porque Draco es un personaje monstruoso pero que (según me han contado) se hace querer «de alguna manera». Lo considero un logro literario del que estoy orgulloso.

Empecé «Escape de Buenos Aires» un 11 de marzo del año 2017… Fue un viaje divertidísimo a pesar de lo accidentado, porque pasé meses sin tocar el manuscrito. Y entonces, en dos o tres sentadas, lo terminé, escribiendo de tiro más del 70 % de la obra. No había de otra: tenía que esperar a que la musa me cantara el resto. Si uno escribe por escribir, y no se enamora y emociona de lo que escribe, estamos en el horno.

Le doy un agradecimiento muy grande a dos personas importantes en mi vida: a Heather Ann Cook, gran amiga, con quien comparto mi amor por los tiburones. Y a Jamie Cartagena Mejía, quien me ayudó con las canciones de Jerjes, el caimán.

Agradezco mucho a María José Ferrari (Majo), mi editora, por estar siempre ahí y bancarme todo el camino hasta acá.

Y te agradezco a ti también, lector, por permitirme llegar hasta ti y contarte esta historia. Muchas gracias, y un abrazo infinito.

¡Oh! De paso, pido excusas a la buena gente de la ciudad de Buenos Aires… Habrán notado que cambié un poco la geografía para que se adaptara a esta historia. Espero que sepan disculparme.

Gracias por leer.

Este es Jerjes. Conocido como «Jerjes, el Abominable», «Jerjes, el Horror Verde», «Jerjes, el que se comió 287 empanadas y a un repartidor de RAPI en una sola noche», o simplemente «Jerjes, el Caimán»…
Ni mierda que les voy a decir qué fue de su vida…

Grupo Planeta

¡Seguinos!

¿Te gustó este libro? Te recomendamos...